

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



La deuda de América Latina

Nueva época / Febrero de 1984

publicaciones
El Colegio de México

estudios sociológicos ④

Revista
cuatrimestral

Vol. 2

enero-abril 1984

núm. 1

Número conmemorativo del X aniversario del
Centro de Estudios Sociológicos

ARTICULOS

Lourdes Arizpe, **Pluralismo cultural y desarrollo social en América Latina: elementos para una discusión**

Ilán Bizberg y Francisco Zapata, **Conciencia obrera y participación sindical en Las Truchas**

Viviane B. de Márquez, **Proceso organizacional y políticas estatales: un acercamiento metodológico**

Orlandina de Oliveira y Brígida García, **Migración a grandes ciudades del Tercer Mundo: algunas implicaciones sociodemográficas**

Vania A. Salles, **Una discusión sobre las condiciones de la reproducción campesina**

Rodolfo Stavenhagen, **Notas sobre la cuestión étnica**

Hugo Zemelman, **Conocimiento sociológico y actualidad del ensayo**

COYUNTURA, RESEÑAS E INFORMACION

estudios sociológicos ④

Revista cuatrimestral

Adjunto cheque o giro bancario
núm. _____ del
banco _____

a nombre de **El Colegio de México,
A.C.**, por la cantidad de _____,

importe de mi suscripción por _____
años a **Estudios Sociológicos**.

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____

Estado _____

Código Postal _____

País _____ Tel. _____

Suscripción anual

En México: 1,200 pesos

En E.U.A., Canadá, centro y sur de América: 20 U.S. Dls

En otros países: 29 U.S. Dls

Favor de enviar este cupón a **El Colegio de México**, Departamento de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Sta.
Teresa, 10740 México, D.F.

Novedades:

LA MUJER DELINCUENTE.

Coordinador: **Javier Piña y Palacios**

**LA JURISPRUDENCIA Y LA FORMACION
DEL IDEAL POLITICO.**

(Introducción histórica a la ciencia jurídica)

Rolando Tamayo y Salmerón

**INTERPRETACION DEL CONCEPTO
EXPERIENCIA EN LOS PROLEGOMENOS.**

Laura Mues de Schrenk

LA LITERATURA ESPAÑOLA A

LA LUZ DE LA CRITICA

FRANCESA 1898-1928.

Dietrich Rall

**CORRESPONDENCIA DE NICOLAS LEON
CON JOAQUIN GARCIA ICAZBALCETA.**

Ignacio Bernal

**BIBLIOGRAFIA SOBRE
EDUCACION SUPERIOR
EN AMERICA LATINA.**

Compilación:

Alicia C. de Salmerón, et al.

**ETNOLOGIA DEL ISTMO
VERACRUZANO.**

Guido Münch Galindo

**MITOLOGIA Y SIMBOLISMO DE
LA FLORA EN EL MEXICO
PREHISPANICO.**

Doris Heyden

**TABLAS PARA EXPERIMENTOS
ESTADISTICOS.**

Felipe Pardinás Illanes

**RELACIONES
HISTORICO-GEOGRAFICAS
DE LA GOBERNACION
DE YUCATAN.**

(Mérida, Valladolid y Tabasco) I, II
M. de la Garza, et al.



Maestros y alumnos universitarios
con credencial 50% de descuento
en ediciones UNAM.

EXTENSION UNIVERSITARIA



**DISTRIBUIDORA DE LIBROS
DE LA UNAM**



SUMARIO

Volumen XXXIX, Nueva Epoca, número 34, Febrero / 1984

- Joseph Brodsky:** Complacer a una sombra: **2**
Marco Antonio Montes de Oca: Estampa: **11**
Jorge Edwards: Chile: el difícil retorno a la
democracia: **12**
Samuel Beckett: Pasos: **16**
Horacio Costa: Brasil, 1933: *Serafim, Caetés y*
Casa-Grande: **19**
Juan Arturo Brennan: Nobilissima visione: **23**
Berta Taracena: José Luis Cuevas: una
tradición recobrada: **25**
Pedro-Pablo Kuczynski: La deuda latinoamericana: **29**

RESEÑAS

LIBROS

- James Valender:** Viajeros transatlánticos (*Pasajeros de*
Indias, de José Luis Martínez): **41**
Jaime G. Velázquez: Si todo fuera amor... (*La feria*
del progreso, de Gabriel Zaid): **44**
Eduardo Milán: Pacheco: la letra del mar (*Los trabajos*
del mar, de José Emilio Pacheco): **46**

ACTUALIDADES

- Horacio Crespo:** Crónica de una ausencia: **47**

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Dr. Octavio Rivero Serrano / Secretario General: Lic. Raúl Béjar Navarro / Secretario
General Administrativo: C. P. Rodolfo Coeto Mota / Secretario de la Rectoría: Dr. Luis F.
Aguilar Villanueva / Abogado General: Lic. Cuauhtémoc López Sánchez / Coordinador de
Extensión Universitaria: Lic. Alfonso de María y Campos

Revista de la Universidad de México

Organo de la Universidad Nacional Autónoma de México

Directora: Julieta Campos

Jefe de Redacción: Danubio Torres Fierro

Diseño: Bernardo Recamier

Administración: Carlos Angeles

Corrección: Jaime G. Velázquez

Oficinas: Avenida Universidad 3002, 04510 México, D. F.
Teléfonos 550 02 36 y 550 43 83

El pago a los colaboradores se realiza en Avenida Universidad 3002, México 20, de lunes a viernes entre las 10 y las 14 horas

Precio del ejemplar sencillo: \$ 100.00 / Precio del ejemplar doble: \$ 200.00

Suscripción anual: \$ 1,000.00 (35 Dls. en el extranjero).

JOSEPH BRODSKY

COMPLACER A UNA SOMBRA

I

Cuando un escritor recurre a un idioma distinto a su lengua materna, lo hace ya sea por necesidad, como Conrad, o debido a una ardiente ambición, como Nabokov, o por lograr un mayor extrañamiento, como Beckett. Perteneciente a otro bando, en el verano de 1977, en Nueva York, y después de haber vivido cinco años en Estados Unidos, me compré en una pequeña tienda de la Sexta Avenida una Lettera 22 portátil y me puse a escribir en inglés (ensayos, traducciones y ocasionalmente algún poema) por una razón que tenía muy poco que ver con las anteriores. Mi único propósito entonces, como ahora, era sentirme más cerca del hombre al que consideraba el más grande del siglo XX: Wystan Auden.

Por supuesto que era perfectamente consciente de la futilidad de mi empresa, no tanto por haber nacido en Rusia y en su lenguaje (que nunca abandonaré —y espero que viceversa), sino por la inteligencia de este poeta que, en mi opinión, no tiene rival. Era consciente de la futilidad de este esfuerzo, además, porque Auden había muerto hacía entonces cuatro años. Sin embargo y para mí, escribir en inglés era la mejor manera de acercarme a él, de trabajar en sus términos, de ser juzgado si no de acuerdo con su código de conciencia al menos por lo que tiene el idioma inglés que hizo posible ese código de conciencia.

Estas palabras, la misma estructura de estas oraciones, muestran a cualquiera que haya leído una simple estrofa o un simple párrafo de Auden en qué medida puedo fallar. Pero, para mí, un fracaso en sus términos es preferible a un éxito en los términos de otros. Por otra parte, desde el principio sabía que estaba destinado a fallar; ya no puedo decir si este tipo de sobriedad es mía o si la he tomado prestada de su escritura. Lo único que deseo al escribir en su lengua es no rebajar su nivel de operación mental, su plano de atención. Esto es todo lo que uno puede hacer por un hombre mejor: continuar en su vena; esto es, creo, de lo que tratan las civilizaciones.

Sabía que por temperamento y por otras cosas yo era un hombre diferente, y que en el mejor de los casos posibles sería considerado como imitador suyo. Aun así, eso sería para mí un halago. También tenía una segunda línea de defensa: siempre podría retroceder a mi escritura en ruso, de la cual estaba bastante seguro y que incluso él, si hubiera conocido el idioma, probablemente habría apreciado. Mi deseo de escribir en inglés no tenía nada que ver con ningún tipo de seguridad, satisfacción o comodidad; era simplemente el deseo de complacer a una sombra. Por supuesto que donde él estaba entonces, las barreras lingüísticas importaban muy poco,

pero de alguna manera yo pensaba que le gustaría más que yo me hiciera entender por él en inglés. (A pesar de que cuando lo intenté, en los verdes pastos de Kirchstetten hace once años, no funcionó; mi inglés en esa época era mejor para leer y escuchar que para hablar. Menos mal.)

En otras palabras, al ser incapaz de devolver todo lo que se ha recibido, uno trata por lo menos de pagar con la misma moneda. Después de todo, él mismo lo hizo al tomar prestada la estrofa del *Don Juan* para su "Carta a Lord Byron" o los hexámetros para su "Escudo de Aquiles". El cortejo siempre requiere un grado de autosacrificio y asimilación, sobre todo si uno está cortejando a un espíritu puro. Cuando vivía, este hombre hizo tanto que resulta inevitable creer en la inmortalidad de su alma. Lo que nos dejó equivale a un evangelio que surge y está lleno de un amor que es todo menos finito —es decir, un amor que de ninguna manera puede ser amparado en su totalidad por la carne y que, por lo tanto, requiere de palabras. Si no hubiera iglesias, fácilmente se habría podido crear una con este poeta, y su precepto fundamental sería algo como lo que él dijo:

If equal affection cannot be,
Let the more loving one be me.

(Si el afecto igual no puede ser,/ que sea yo el que más ame.)

II

Si alguna obligación tiene el poeta hacia la sociedad, es la de escribir bien. Al pertenecer a una minoría no tiene otra opción. Si fracasa en esta obligación, se hunde en el olvido. La sociedad, por otra parte, no tiene ninguna obligación hacia el poeta. Siendo por definición una mayoría, la sociedad se piensa a sí misma con otras opciones que la de leer versos, no importa cuán bien escritos estén. No tener opciones da como resultado el rebajarse a ese nivel de locución mediante el cual la sociedad es presa fácil para un demagogo o un tirano. Este es el equivalente del olvido para la sociedad; un tirano puede, por supuesto, tratar de salvar a su sociedad del olvido por medio de un espectacular derramamiento de sangre.

Leí a Auden por primera vez hace veinticuatro años, en Rusia, en unas traducciones bastante flojas y desapañadas que encontré en una antología de poesía inglesa contemporánea subtitled "De Browning a nuestros días". 'Nuestros días' eran los de 1937, cuando el volumen fue publicado. Para qué decir que casi todo el equipo de traductores, junto con su editor, M. Gutner, fue arrestado poco tiempo después y muchos murieron. Para qué decir que en los siguientes cuarenta años ninguna otra antología de poesía inglesa contemporánea se publicó en Rusia y el volumen mencionado se convirtió en una especie de objeto de colección.

Sin embargo, un verso de Auden en esa antología atrajo mi atención. Perteneecía, como me enteré después, a la última estrofa de uno de sus primeros poemas, "Ningún cambio de lugar", que describía un paisaje un tanto claustrofóbico donde "no one goes / Further than railhead or the ends of piers, / Will neither go nor send his son..." (Nadie va / más allá de los rieles o el final de los muelles, / no irá ni mandará a su hijo...) Esta última parte, "no irá ni mandará a su hijo..." me impresionó con su mezcla de extensión negativa y sentido común. Criado con la dieta esencialmente enfática y autoafirmativa del verso ruso, pude reconocer rápidamente esta receta cuyo ingrediente principal era la autorestricción. Aun así, los versos poéticos tienen la manía de vagar de un contexto a una significación universal, y el amenazante toque de absurdo contenido en "no irá ni mandará a su hijo" empezaba a vibrar en el fondo de mi mente cada vez que me decidía a escribir algo.

Esto es, supongo, lo que llaman una influencia, excepto que el sentido del absurdo nunca es una invención del poeta sino un reflejo de la realidad; las invenciones pocas veces se pueden reconocer. Lo que uno puede deberle al poeta no es el sentimiento mismo sino su tratamiento: silencioso, sin énfasis, sin demasiado esfuerzo, casi como *en passant*. Este tratamiento fue especialmente significativo para mí justamente porque me topé con esta tendencia a principios de los sesenta, cuando el Teatro del Absurdo estaba en pleno apogeo. El manejo del tema en Auden destacaba contra ese fondo, no sólo porque había tumbado a muchos de un sólo golpe, sino debido a un mensaje ético considerablemente distinto. La manera como manejaba el verso decía, por lo menos a mí, algo como "No grites ¡el lobo!" — aunque el lobo esté en la puerta. (Yo añadiría, aunque sea exactamente como tú: especialmente por eso no grites ¡el lobo!)

A pesar de que para un escritor mencionar sus experiencias en presidio —o, para el caso, cualquier tipo de penuria— equivale a soltar nombres en el caso de la gente normal, sucedió que mi siguiente oportunidad de mirar más de cerca a Auden tuvo lugar cuando estuve preso en el norte, en un pequeño poblado perdido entre pantanos y bosques, cerca del círculo polar. Esta vez la antología que tenía era en inglés, enviada por un amigo de Moscú. Tenía bastantes cosas de Yeats, a quien entonces yo consideraba demasiado retórico y descuidado en sus metros, y de Eliot, que en esos tiempos reinaba soberanamente en Europa Oriental. Yo estaba tratando de leer a Eliot.

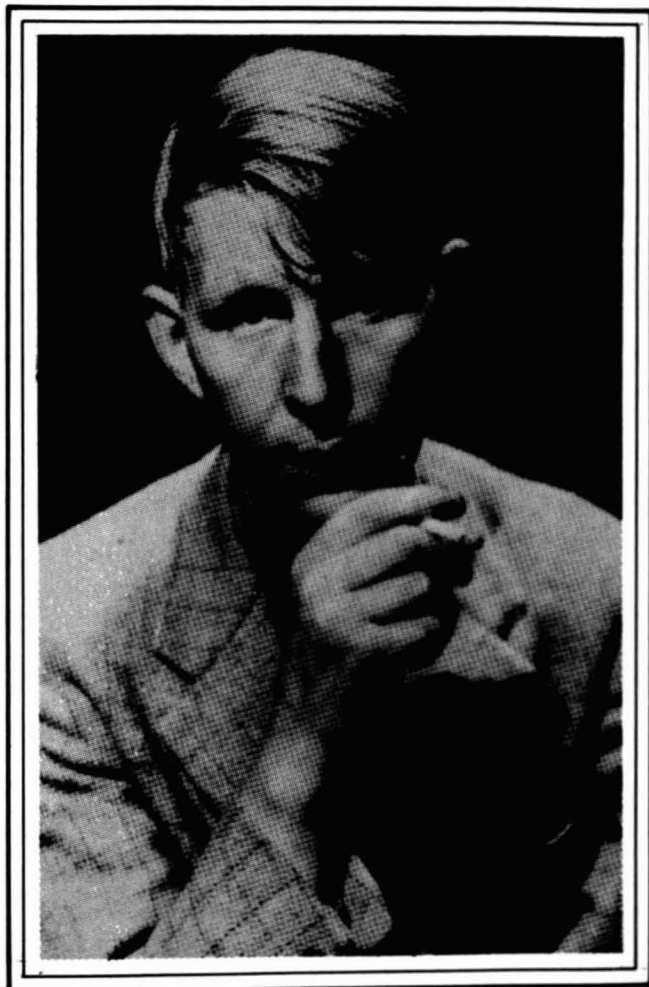
Pero por mera casualidad, el libro se abrió en "A la memoria de W.B. Yeats", de Auden. Entonces yo era joven y por lo tanto particularmente entusiasta de las elegías como género, sin tener cerca a alguien que se muriera para escribirle una. Por eso las leía quizás con más avidez que cualquier otra cosa, y frecuentemente pensaba que el rasgo más interesante del género era el esfuerzo inconsciente de los autores por autorretratarse con que casi cada poema "in memoriam" está salpicado —o manchado. Por muy comprensible que sea esta tendencia, muchas veces hace que un poema se convierta en la meditación del autor sobre el tema de la muerte, por lo cual aprendemos más de él que del fallecido. El poema de Auden no tenía nada de esto; es más, pronto me di cuenta que aun su estructura estaba diseñada para rendir homenaje al poeta muerto, imitando en un orden invertido las formas de desarrollo estilístico propias del gran hombre irlandés, desde las últimas a las primeras: los trimetros de la tercera —y última— parte del poema.

Debido a estos trimetros, y en particular a ocho versos de

esta tercera parte, entendí a qué clase de poeta estaba leyendo. Estos versos ensombrecían para mí aquella asombrosa descripción de "el oscuro día frío", el último de Yeats, con su estremecedor:

The mercury sank in the mouth of the dying day. (El mercurio se hundió en la boca del día moribundo.) Ensombrecían esa inolvidable rendición del cuerpo derribado como una ciudad cuyos suburbios y plazas se han vaciado gradualmente después de una rebelión aplastada. Ensombrecían aun la declaración de la era:

...poetry makes nothing happen...
(la poesía no hace que nada suceda)

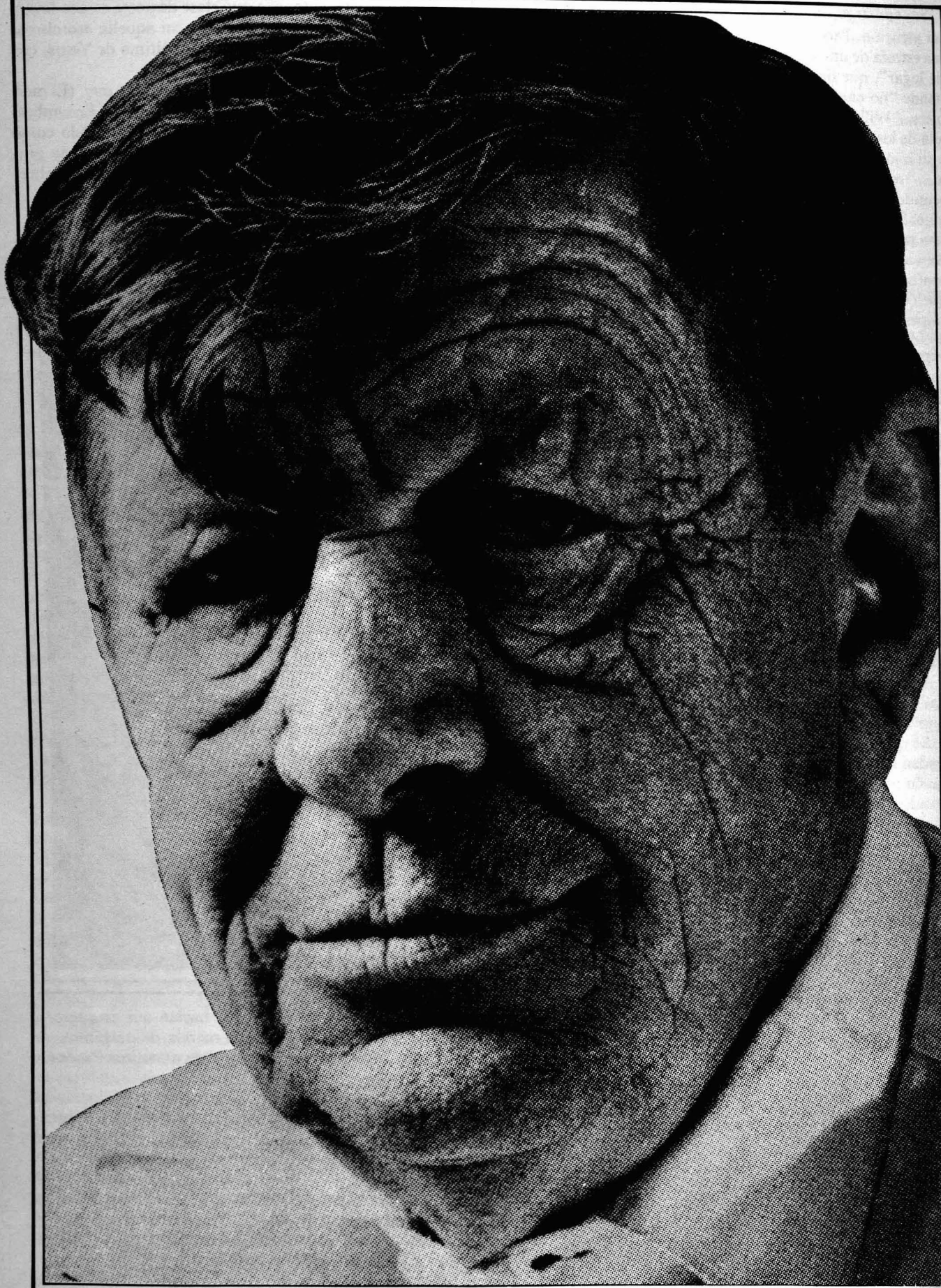


Esos ocho versos en trimetros que hacían que esta tercera parte del poema sonara como la mezcla de un himno del Ejército de Salvación, un canto fúnebre y una canción de cuna, decían así:

Time that is intolerant
Of the brave and innocent,
And indifferent in a week
To a beautiful physique,

Worships language and forgives
Everyone by whom it lives;
Pardons cowardice, conceit,
Lays its honours at their feet.

(El tiempo que es intolerante/ con los valientes y los inocentes)



tes,/ e indiferente en una semana/ a un físico hermoso,// adora al lenguaje y perdona/ a cualquiera que vive por él;/ perdona la cobardía, la arrogancia,/ pone sus honores a sus pies.)

Recuerdo haber estado sentado allí, en la pequeña cabaña de madera, mirando a través del tragaluz el camino mojado y lodoso y algunos pollos extraviados, sin saber si creer lo que acababa de leer o dudar si mi comprensión del inglés estaba haciéndome trampa. Tenía conmigo un enorme diccionario de inglés-ruso y revisaba sus páginas una y otra vez, verificando cada palabra, cada alusión, esperando que me ayudara a evitar el significado que me miraba desde la hoja. Creo que simplemente me rehusaba a creer que tiempo atrás, en 1939, un poeta inglés hubiera dicho, "El tiempo... adora al lenguaje", y que aun así el mundo a mi alrededor siguiera siendo lo que era.

Pero esta vez el diccionario no triunfó sobre mí. Auden había ciertamente dicho que el tiempo adora el lenguaje, y la serie de pensamientos que esa declaración puso en movimiento en mí sigue vigente hasta hoy. Porque "adorar" es una actitud de lo más pequeño hacia lo más grande. Si el tiempo adora al lenguaje, quiere decir que el lenguaje es más grandioso, o más viejo, que el tiempo, el cual es, a su vez, más viejo y grandioso que el espacio. Así me enseñaron y realmente así lo sentía. De modo que si el tiempo —que es sinónimo de, mejor dicho, que hasta absorbe lo divino— adora al lenguaje, ¿de dónde entonces surge el lenguaje? Pues el regalo es siempre más pequeño que el que lo ofrece. Y además, ¿no es el lenguaje un depositario del tiempo? ¿Y no es por ello que el tiempo lo adora? ¿Y no es una canción, un poema, o sin duda el habla misma, con sus cesuras, pausas, espondeos, etc., un juego que juega el lenguaje para reestructurar el tiempo? ¿Y no son aquellos gracias a quienes el lenguaje "vive" los mismos por los que también vive el tiempo? Y si el tiempo los "perdona", ¿lo hace por generosidad o por necesidad? ¿Y no es la generosidad de todos modos una necesidad?

Cortos y horizontales como eran, estos versos me parecían increíblemente verticales. También eran muy espontáneos, casi locuaces: la metafísica disfrazada de sentido común, el sentido común disfrazado de estrofa de canción de cuna. Por sí mismas estas capas de disfraces me estaban diciendo lo que el lenguaje es, y me dí cuenta de que estaba leyendo a un poeta que hablaba la verdad —o a través de quien la verdad se hacía escuchar. Por lo menos se parecía más a la verdad que cualquier otra cosa que pude entender en esa antología. Y quizás me lo parecía precisamente debido al toque de irrelevancia que percibí en la descendiente entonación de "perdona/ a cualquiera que vive con él;/ perdona la cobardía, la arrogancia,/ pone sus honores a sus pies". Pensé que estas palabras estaban ahí simplemente para compensar la ascendente gravedad de "El tiempo... adora al lenguaje".

Pude seguir y seguir con estos versos, pero sólo puedo hacerlo de verdad ahora. Entonces y en ese lugar estaba simplemente pasmado. Entre otras cosas, lo que me resultó evidente era que había que tener cuidado cuando Auden hace sus ingeniosos comentarios y observaciones, pendiente de la civilización sin importar cuál sea su tema (o su condición) inmediato. Pensé que estaba tratando con un nuevo tipo de poeta metafísico, un hombre de tremendas dotes líricas que se disfrazaba de observador de la moral pública. Y sospechaba que esta elección de una máscara, la elección de esta habla, tenía menos que ver con problemas de estilo y tradición que con la humildad personal impuesta, no tanto por un cre-

do particular, como por su sentido de la naturaleza del lenguaje. La humildad nunca se escoge.

Todavía tenía que leer a Auden. Sin embargo, y después de "A la memoria de W.B. Yeats", supe que estaba frente a un autor más humilde que Yeats o Eliot, con un alma menos petulante que cualquiera de ellos, pero, me lo temía, no menos trágica. Gracias a la perspectiva del tiempo puedo decir ahora que no estaba del todo equivocado, y que si alguna vez hubo un drama en la voz de Auden, no era su drama personal sino un drama público y existencial. Él nunca se habría puesto en el centro del cuadro trágico; en el mejor de los casos habría solamente reconocido su presencia en la escena. Me faltaba todavía escuchar de su propia boca que "J.S. Bach fue tremendamente afortunado. Cuando quería alabar al señor, escribía una coral o una cantata dirigiéndose al Todopoderoso directamente. Hoy, si un poeta quiere hacer lo mismo, tiene que emplear el discurso indirecto". Lo mismo, supongo, podría decirse de la plegaria.

III

Mientras escribo estas notas, descubro a la primera persona del singular asomando su horrible cabeza con una frecuencia alarmante. Pero el hombre es lo que lee; en otras palabras, al descubrir este pronombre detecto a Auden más que a ningún otro: la aberración refleja simplemente la proporción de mi lectura de este poeta. Por supuesto que los perros viejos no aprenden nuevos trucos, pero los propietarios de perros acaban pareciéndose a sus perros. Los críticos, y especialmente los biógrafos de escritores con un estilo característico, suelen adoptar, por más que lo hagan inconscientemente, la forma de expresión de esos autores. Simplificando, uno se ve transformado por lo que ama, a veces hasta el grado de perder la propia identidad. No quiero decir que esto es lo que me sucedió a mí; lo único que trato de sugerir es que estos yos que podrían parecer cursis son, a su vez, formas de un discurso indirecto cuyo objeto es Auden.

Para aquellos de mi generación que estaban interesados en la poesía en lengua inglesa —y no puedo asegurar que hubiera muchos— la década de los sesenta fue la era de las antologías. Cuando regresaban a casa, los estudiantes extranjeros y los académicos que habían ido a Rusia en programas de intercambio trataban, con justa razón, de librarse de peso extra, y los libros de poesía eran los primeros en desaparecer. Los vendían, casi por nada, a librerías de segunda mano que subsecuentemente los revendían por sumas extraordinarias al que quisiera comprarlos. La razón de estos precios era muy sencilla: impedir al pueblo comprar estos artículos occidentales; en cuanto al extranjero, obviamente ya se habría ido y no podría darse cuenta de la disparidad.

Aun así, si uno conocía a un vendedor, lo que sucede inevitablemente cuando se frecuenta un lugar, podía lograrse ese tipo de trato que cualquier cazador de libros conoce: cambiar una cosa por otra, o dos o tres libros por uno, o comprar un libro, leerlo, y devolverlo a la tienda recuperando el dinero. Además, cuando fui liberado y regresé a mi ciudad de origen, ya me había hecho de cierta reputación y en algunas librerías me trataban bastante bien. Gracias a esa reputación, a veces me visitaban estudiantes de los programas de intercambio, y como se supone que no se puede llegar a una casa ajena con las manos vacías, me traían libros. Con algunos de estos visitantes logré muy buenas amistades, gracias a lo cual mi biblioteca aumentó considerablemente.

Me gustaban mucho estas antologías, y no sólo por su

contenido sino también por el olor dulzón de sus portadas y sus hojas bordeadas de amarillo. ¡Se sentían tan norteamericanas! y en realidad eran tamaño de bolsillo. Se podían meter dentro del bolsillo en un tranvía o en un parque público, y aunque el texto fuera comprensible sólo a medias o en una tercera parte, desdibujaba instantáneamente la realidad local. Sin embargo, mis favoritas eran la de Louis Untermeyer y la de Óscar Williams, porque tenían fotografías de sus colaboradores que llenaban la imaginación como lo hacían los versos mismos. Por horas y horas me sentaba revisando escrupulosamente fotografías en blanco y negro con tales o cuales rasgos de un poeta, tratando de descubrir qué tipo de persona era, tratando de darle vida, de hacer coincidir la cara con sus versos entendidos a medias o a tercias. Más tarde, acompañado de amigos, intercambiábamos nuestras locas conjeturas y los fragmentos de chismes que en ocasiones llegaban a nosotros para, después de haber llegado a un común denominador, pronunciar nuestro veredicto. Una vez más con el beneficio de la retrospectiva, puedo decir que nuestras intuiciones no estaban tan lejos de la realidad.

Así fue como vi la cara de Auden por primera vez. Era una fotografía tremendamente reducida —un poco estudiada, con un manejo de la sombra demasiado didáctico: decía más del fotógrafo que de su modelo. De esa foto se tenía que concluir, o bien que el primero era un esteta ingenuo, o que los rasgos del segundo eran demasiado neutros tratándose de un poeta. Preferí la segunda versión, en parte porque la neutralidad del tono era un rasgo muy de la poesía de Auden, en parte porque la postura antiheroica era la *idée fixe* de nuestra generación. La idea era parecerse a todos los demás: zapatos sencillos, gorra de trabajador, chamarra y corbata, de preferencia grises sin barba ni bigote. Wystan era reconocible.

También reconocibles, hasta el punto de causar escalofríos, eran los versos de "Septiembre 10, 1939", que explicaban claramente los orígenes de la guerra que había acunado a nuestra generación pero que, efectivamente, nos describía a nosotros mismos con la misma justeza de una fotografía en blanco y negro:

I and the public know
What all schoolchildren learn,
Those to whom evil is done
Do evil in return.

(El público y yo sabemos/ lo que todos los niños aprenden:/ aquellos a los que se hace mal/ hacen mal a cambio.)

Sin duda este cuarteto se salía de contexto, igualando a los vencedores y a las víctimas, y creo que debería ser tatuado por el gobierno federal en el pecho de cada recién nacido, no sólo por su mensaje sino por su entonación. El único argumento aceptable contra tal procedimiento sería que hay mejores versos de Auden. ¿Qué podría hacerse con los siguientes?:

Faces along the bar
Cling to their average day:
The lights must never go out,
The music must always play,
All the conventions conspire
To make this fort assume
The furniture of home;
Lest we should see where we are,
Lost in a haunted wood,
Children afraid of the night
Who have never been happy or good.

(Las caras a lo largo de la barra/ se aferran a su día normal:/ las luces nunca deben apagarse,/ la música debe sonar siempre,/ todas las convenciones conspiran/ para que esta fortaleza adopte/ el amueblado del hogar:/ para que no sepamos dónde estamos,/ perdidos en un bosque embrujado,/ niños con miedo a la noche/ que nunca han sido felices ni buenos.)

O si consideran que esto suena demasiado a Nueva York, demasiado norteamericano, intentemos con este pareado de "El escudo de Aquiles" que, para mi gusto, suena un poco como epitafio dantesco a un puñado de naciones de Europa Oriental:

...they lost their pride
And died as men before their bodies died.

(...perdieron su orgullo/ y murieron como hombres antes de que sus cuerpos murieran.)

O si todavía están contra tal barbaridad, si quieren librar a la piel tierna de esta herida, hay otros siete versos en el mismo poema que deberían grabarse en las rejas de todo estado existente, sin duda en las rejas del mundo entero:

A ragged urchin, aimless and alone,
Loitered about that vacancy; a bird
Flew up to safety from his well-aimed stone;
That girls are raped, that two boys knife a third,
Were axioms to him, who'd never heard
Of any world where promises were kept,
Or one could weep because another wept.

(Un niño harapiento, sin rumbo y solo,/ vagaba por ese baldío; un pájaro/ voló para escapar de su bien dirigida piedra:/ que las niñas son violadas, que dos niños acuchillan a un tercero,/ eran axiomas para él, que nunca había oído hablar/ de algún mundo donde se mantuvieran las promesas,/ o que alguien pudiera llorar porque otro llora.)

De esta manera, el recién llegado no se engañará sobre la naturaleza de este mundo; de esta manera, el habitante del mundo no tomará a los demagogos por semidioses.

No es preciso ser un gitano o un Lombroso para creer en la relación entre la apariencia de un individuo y sus acciones: después de todo, en esto se basa nuestro sentido de la belleza. Sin embargo, ¿qué aspecto tendría que tener el poeta que escribió esto?:

Altogether elsewhere, vast
Herds of reindeer move across
Miles and miles of golden moss,
Silently and very fast.

(Del todo en otra parte, vastas/ manadas de renos cruzan/ millas y millas de musgo dorado,/ en silencio y muy rápidamente.)

¿Qué aspecto tendría que tener un hombre al que le gustaba tanto traducir verdades metafísicas al lenguaje pedestre del sentido común como detectar a las primeras en el segundo? ¿Qué aspecto tendría que tener alguien que siendo muy cuidadoso sobre la creación dice más del Creador que cualquier agonista impertinente que toma un atajo a través de las esferas? ¿No sería que una sensibilidad única en su combinación de honestidad, alejamiento clínico y lirismo controlado tendría que dar por resultado, si no un arreglo único de los rasgos faciales, entonces, por lo menos, una expresión específica, fuera de lo común? ¿Y esos rasgos o esa expresi-

sión podrían ser captadas por un pincel? ¿Registrados por una cámara?

Me gustaba mucho el proceso de extrapolación a partir de esa pequeña fotografía. Uno siempre busca a ciegas una cara, siempre se quiere tener un ideal que materializar, y en ese tiempo Auden estaba muy cerca de representar un ideal. (Otros dos eran Beckett y Frost, pero yo ya sabía cómo eran; aunque fuera aterrador, la correspondencia entre sus rostros y sus acciones era obvia.) Por supuesto que tarde o temprano llegué a ver otras fotografías de Auden: en una revista de contrabando o en otras antologías. Pero no agregaban nada; el hombre eludía las lentes, o éstas se rezagaban detrás de él. Empecé a preguntarme si una forma de arte era capaz de describir a otra, si lo visual podía aprehender lo semántico.

Entonces un día —creo que fue en el invierno de 1968 o 1969—, en Moscú, Nadezhda Mandelstam, a quien fui a visitar, me dio otra antología más de poesía moderna, un libro muy bonito ilustrado generosamente con grandes fotografías en blanco y negro de, si mal no recuerdo, Rollie McKenna. Encontré lo que estaba buscando. Unos meses más tarde, alguien me pidió prestado el libro y nunca volví a ver la fotografía; aun así, la recuerdo bastante bien.

La foto parecía haber sido tomada en algún lugar de Nueva York, en algún paso a desnivel —ya fuera el que está cerca de Grand Central o el de la Universidad de Columbia que llega hasta la avenida Amsterdam. Ahí estaba Auden parado, como si lo hubieran agarrado desprevenido, de paso, con las cejas levantadas en expresión de aturdimiento. Los ojos mismos, sin embargo, eran terriblemente serenos y penetrantes. Era, probablemente, el final de la década de los cuarenta o el principio de los cincuenta, antes de que la famosa etapa de las arrugas —de la “cama sin hacer”— triunfara sobre sus rasgos. Todo, o casi todo, me pareció claro.

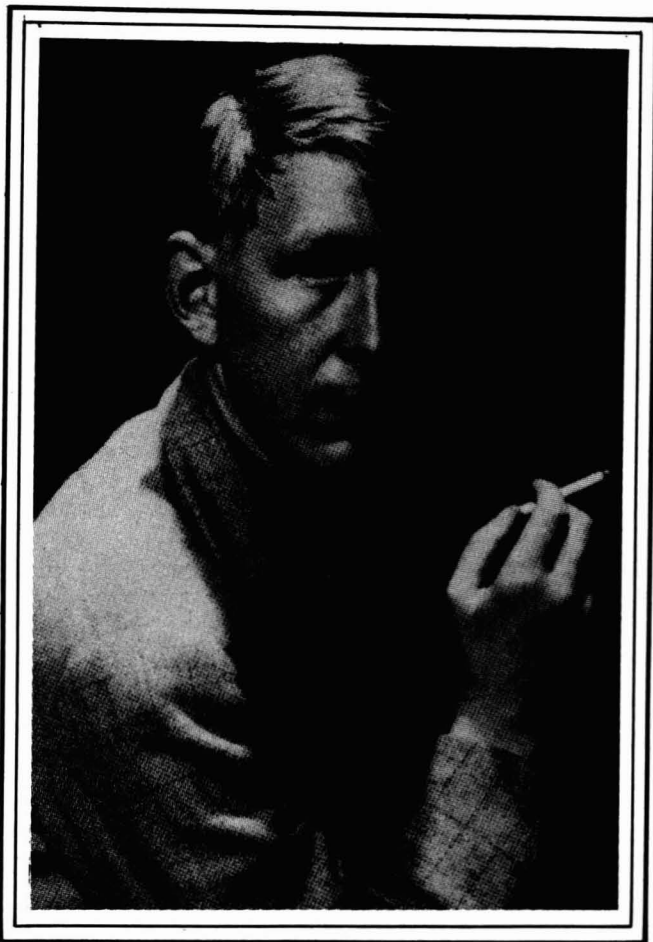
El contraste o, mejor aún, el grado de disparidad entre esas cejas levantadas con un aturdimiento formal y lo penetrante de su mirada correspondía, a mi modo de ver, a los aspectos formales de sus versos (dos cejas levantadas — dos versos) y a la deslumbrante precisión de su contenido. Lo que me miraba desde la hoja era el equivalente facial de un pareado, de la verdad que el corazón conoce mejor. Los rasgos eran normales, hasta muy simples. No había nada específicamente poético en su cara, nada byronesco, demoníaco, irónico, aguileño, romántico, herido, etc. Más bien era la cara de un médico que está interesado en nuestra historia a pesar de saber que estamos enfermos. Una cara bien preparada para todo, la suma total de una cara.

Era un resultado. Su mirada en blanco era el producto directo de esa cegadora proximidad de cara a objeto que producía expresiones como “no un fracaso importante”, “asesinato necesario”, “oscuridad conservadora”, “tumba apática” o “desierto bien administrado”.

Daba la impresión de un miope cuando se quita los anteojos, excepto que la mirada penetrante de ese par de ojos no tenía nada que ver ni con la miopía ni con la pequeñez de los objetos a su alrededor, sino con sus firmemente arraigadas amenazas. Era la mirada de un hombre que sabía que no sería capaz de desyerbar esas amenazas, pero que se inclinaba a describir los síntomas así como la enfermedad misma. No era lo que se llamaba “crítica social” —aunque sólo fuera porque la enfermedad no era social: era existencial.

En términos generales, creo que como comentarista social o diagnosticador o algo semejante, este hombre estaba terri-

blemente equivocado. El cargo que se le ha hecho con más frecuencia es que no ofrecía un remedio. Creo que en parte él se lo buscó al recurrir primero a la terminología freudiana, luego a la marxista y finalmente a la eclesiástica. El remedio, sin embargo, radicaba precisamente en su empleo de estas terminologías, porque son simplemente dialectos diferentes con que se puede hablar de una y la misma cosa: el amor. Es el tono con que uno habla a los enfermos lo que puede curarlos. Este poeta se movía entre los casos graves y a veces terminales del mundo, no como cirujano sino como enfermera, y todo paciente sabe que son las enfermeras y no las incisiones las que tarde o temprano hacen que uno vuelva a caminar. Es la voz de una enfermera, es decir, la del



amor, la que se escucha en el último diálogo de Alonso y Ferdinando en “El mar y el espejo”:

But should you fail to keep your kingdom
And, like your father before you, come
Where thought accuses and feeling mocks,
Believe your pain...

(Pero si fracasaras en conservar tu reino/ y, como tu padre antes que tú, llegaras/ donde el pensamiento acusa y el sentimiento burla,/ cree en tu dolor...)

Ni un médico ni un ángel, ni —menos aún— un amante o pariente, diría esto en el momento de nuestra derrota final; sólo una enfermera o un poeta, a partir de la experiencia y también a partir del amor.

Y yo me maravillaba ante ese amor. No sabía nada de la vida de Auden: nada sobre su homosexualidad, ni sobre su

matrimonio por conveniencia (para ella) con Erika Mann, etc. —nada. Una cosa que intuía muy claramente era que este amor rebasaría su objeto. En mi mente —más bien, en mi imaginación— se trataba del amor desplegado o acelerado por el lenguaje, por la necesidad de expresarlo; y el lenguaje —eso ya lo sabía yo— tiene su propia dinámica y es capaz, especialmente en la poesía, de usar sus propios recursos de autogeneración: metros y estrofas que llevan al poeta mucho más allá de su destino original. Y la otra verdad sobre el amor en la poesía que uno recoge de la lectura es que los sentimientos de un escritor se subordinan inevitablemente a la progresión lineal e irreversible del arte. Este hecho garantiza, en el arte, un mayor grado de lirismo; en la vida, un equivalente en el aislamiento. Aunque sólo fuera por su versatilidad estilística, este hombre debe haber conocido un grado de desesperación extraordinario, como lo demuestran muchos de sus más bellos y hechizantes poemas. Porque en el arte los rasgos de ligereza surgen, con mucha frecuencia, de la misma oscuridad de su ausencia.

Y sin embargo, era de todos modos amor, perpetuado por el lenguaje, olvidado —porque el lenguaje era el inglés— del género, asistido de la más profunda agonía, porque la agonía, a fin de cuentas, tendría que ser articulada. El lenguaje, después de todo, es consciente de sí mismo por definición, y quiere apropiarse de cada nueva situación. Mientras miraba la fotografía de Rollie McKenna, me agradaba que el rostro no revelara una tensión neurótica ni de ningún otro tipo, que fuera pálido, ordinario, que no expresara, sino al contrario, que absorbiera lo que tenía lugar frente a esos ojos. Qué maravilloso sería, pensé, tener esa cara, y traté de imitar su gesto en el espejo. Obviamente fallé, pero sabía que fallaría porque una cara así estaba destinada a ser una en su género. No había necesidad de imitarla: ya existía en el mundo, y el mundo me parecía de algún modo más agradable debido a que esa cara estaba en alguna parte.

Son cosas raras las caras de los poetas. En teoría, el aspecto de los autores debería de ser irrelevante para sus lectores: la lectura no es una actividad narcisista, ni tampoco lo es la escritura, pero sucede que cuando a uno le gusta un buen número de los versos de un poeta se empieza a preguntar sobre la apariencia del escritor. Esto seguramente tiene que ver con la sospecha de que gustar de una obra de arte es reconocer la verdad, o el grado de verdad, que el arte expresa. Inseguros por naturaleza, queremos ver al artista, al que identificamos con su obra, para que la próxima vez podamos saber a qué se parece la verdad en la vida real. Sólo los autores de la antigüedad escapan a este escrutinio, y es por eso, en parte, que son considerados clásicos, y sus generalizados rasgos de mármol esparcidos en nichos de bibliotecas están en relación directa con el significado absolutamente arquetípico de su *oeuvre*. Pero cuando leemos:

...To visit

The grave of a friend, to make an ugly scene,
To count the loves one has grown out of,
Is not nice, but to chirp like a tearless bird,
As though no one dies in particular
And gossip were never true, unthinkable...

(...Visitar/ la tumba de un amigo,/ hacer una escena desagradable,/ contar los amores de los que uno se ha desprendido,/ no es placentero, pero piar como un ave sin lágrimas,/

como si nadie en particular se muriera/ y la murmuración nunca fuera verdad, impensable...) empezamos a sentir que detrás de estos versos se encuentra no un autor concreto, rubio, castaño, pálido, moreno, arrugado o de piel lisa, sino la vida misma; y *eso* quisiéramos conocer, con eso nos gustaría encontrarnos en proximidad humana. Detrás de este deseo no hay vanidad sino cierta física humana que empuja una partícula pequeña hacia un gran imán, aunque podamos terminar repitiendo con Auden: "He conocido a tres grandes poetas, cada uno un gran hijo de puta". Yo: ¿Quiénes? Él: "Yeats, Frost, Brecht". (Pero con Brecht se equivocaba: Brecht no era un gran poeta.)

IV

El 6 de junio de 1972, unas cuarenta y ocho horas después de dejar Rusia algo precipitadamente, me encontré con mi amigo Carl Proffer, profesor de literatura rusa en la universidad de Michigan (que había volado a Viena para reunirse conmigo), frente a la casa de veraneo de Auden en el pequeño pueblo de Kirchstetten, explicando a su propietario la razón por la que estábamos allí. Este encuentro por poco no tuvo lugar.

Hay tres Kirchstettens en Austria del norte, habíamos pasado por los tres y estábamos a punto de regresar cuando el coche pasó por una angosta y silenciosa pradera donde vimos una flecha de madera que decía: "Audenstrasse". Antes se había llamado (si mal no recuerdo) "Hinterholz", porque la pradera daba, detrás del bosque, al cementerio local. El darle un nuevo nombre tenía seguramente mucho que ver con la disposición de los habitantes a deshacerse de este *memento mori*, así como con su respeto por el gran poeta que vivía entre ellos. El poeta consideraba la situación con una mezcla de orgullo y de vergüenza. Sentía, sin embargo, mucho aprecio por el sacerdote local, que se llamaba Schickelgruber: Auden no podía resistir la tentación de llamarlo "Padre Schickelgruber".

De todo eso me enteraría más tarde. Por el momento, Carl Proffer estaba tratando de explicar la razón de nuestra visita a un hombre rechoncho que sudaba abundantemente, con camisa roja y tirantes anchos, una chamarra sobre el brazo y una pila de libros debajo de ella. Acababa de llegar de Viena por tren y, tras subir la colina, le faltaba el aliento y no tenía ganas de conversar. Estábamos a punto de darnos por vencidos cuando de pronto entendió lo que Carl Proffer decía, exclamó "¡Imposible!" y nos invitó a la casa. Era Wystan Auden, y sucedió menos de dos años antes de su muerte.

Déjenme tratar de aclarar cómo surgió todo esto. En 1969, George L. Kline, un profesor de filosofía de Bryn Mawr, me había visitado en Leningrado. El profesor Kline estaba traduciendo mis poemas al inglés para la editorial Penguin y mientras revisábamos el contenido del futuro libro me preguntó a quién escogería idealmente para escribir la introducción. Sugerí a Auden —porque Inglaterra y Auden eran sinónimos para mí. Pero, en aquel momento, todo el proyecto de que mi libro se publicara en Inglaterra era bastante irreal. Lo único que confería una apariencia de realidad a esta aventura era su total ilegalidad bajo la ley soviética.

Aun así, las cosas se echaron a andar. Se le dio a Auden el manuscrito para que lo leyera y le gustó lo suficiente como para escribir la introducción. Así que cuando llegué a Viena, llevaba conmigo la dirección de Auden en Kirchstetten. Al recordar y pensar en las conversaciones que sostuvimos durante las tres semanas siguientes en Austria y más tarde en

Londres, escucho más su voz que la mía, a pesar de que, debo decirlo, lo atormenté demasiado extensamente con el tema de la poesía contemporánea, especialmente sobre los poetas mismos. Aun así, esto era bastante comprensible, ya que la única frase inglesa con la que sabía que no me estaba equivocando era "Sr. Auden, ¿qué piensa usted sobre...?" seguida de un nombre.

Quizás era lo mejor, porque ¿qué podía yo decirle que él no supiera ya de una u otra manera? Por supuesto podía decirle cómo había traducido algunos poemas suyos al ruso para llevarlos a una revista en Moscú; pero resulta que el año había sido 1968, los soviéticos habían invadido Checoslovaquia y una noche la BBC transmitió: "El Ogro hace lo que los ogros pueden..." de Auden, y ahí había terminado mi aventura. (La historia probablemente habría provocado su simpatía hacia mí, pero de todos modos yo no tenía muy buena opinión sobre esas traducciones.) ¿Que nunca había leído ninguna buena traducción de su obra en alguna de las lenguas que conocía? Eso él ya lo sabía, quizá demasiado bien. ¿Que me había entusiasmado enterarme un día de su devoción a la tríada kierkegaardiana, que también para muchos de nosotros era la clave de la especie humana? Pero temía que no sería capaz de articularlo.

Era mejor escuchar. Como yo era ruso, Auden hablaba de los escritores rusos. "No me gustaría vivir bajo el mismo techo con Dostoyevsky", decía. O: "El mejor escritor ruso es Chejov" —"¿Por qué?" "Es el único de ustedes que tiene sentido común". O me preguntaba sobre lo que parecía asombrarlo más de mi tierra: "Me dijeron que los rusos siempre se roban los limpiaparabrisas de los coches estacionados. ¿Por qué?" Pero mi respuesta —porque no venden piezas sueltas— no lo satisfacía: obviamente él pensaba en una razón más inescrutable, y después de haberlo leído yo mismo empecé a pensarlo. Entonces se ofreció a traducir algunos de mis poemas. Esto me impresionó sobremanera. ¿Quién era yo para ser traducido por Auden? Yo sabía que gracias a sus traducciones algunos de mis compatriotas habían logrado más de lo que sus versos merecían; sin embargo, no podía permitirme pensar que él trabajaría para mí. Por eso dije "Sr. Auden, ¿qué piensa usted de... Robert Lowell?" "No me gustan los hombres", respondió, "que dejan tras ellos un rastro fresco de mujeres llorando".

Durante esas semanas en Austria cuidó de mis asuntos con la diligencia de una mamá gallina. En primer lugar, empezaron a llegarme, inexplicablemente, cartas y telegramas a la dirección de Auden. Después escribió a la Academia de Poetas Norteamericanos pidiendo que me otorgaran alguna ayuda financiera. Así fue como recibí mi primer dinero norteamericano —mil dólares, para ser exacto— que me duró hasta mi primer día de pago en la Universidad de Michigan. Me había recomendado con su agente, me había instruido sobre quién conocer y a quién evitar, presentado amigos, protegido de los periodistas, y explicado con tristeza que había dejado su departamento en St. Mark's Place —como si yo planeara vivir en su Nueva York. "Sería bueno para ti. Aunque sólo fuera porque hay una iglesia armenia muy cerca, y la misa es mejor cuando no se entienden las palabras. ¿No sabes armenio, verdad? Yo no sabía armenio.

Entonces llegó de Londres —a la dirección de W. H. Auden— una invitación para que yo participara en el encuentro de Poesía Internacional en el Queen Elizabeth Hall, y reservamos el mismo vuelo en British European Airways. Aquí tuve la oportunidad de pagarle un poco en especie. Sucedió que durante mi estancia en Viena había sido protegido por

la familia Razumovsky (descendientes del Conde Razumovsky de los Cuartetos de Beethoven). Un miembro de esa familia, Olga Razumovsky, trabajaba entonces con la Austrian Airlines. Cuando supo que W. H. Auden y yo volaríamos juntos a Londres, habló a BEA y sugirió que les dieran a estos dos pasajeros un trato real. Naturalmente lo recibimos. Auden estaba contento y yo estaba orgulloso.

En esa época me pidió varias veces que lo llamara por su primer nombre. Por supuesto me resistí —y no sólo por lo que sentía por él como poeta, sino también por nuestra diferencia de edades: los rusos son muy respetuosos de esas cosas. Finalmente me dijo en Londres: "No podemos seguir así. O tú me dices Wystan, o yo tendré que llamarte Mr.



Brodsky". Esta amenaza me sonó tan grotesca que me di por vencido. "Sí, Wystan", respondí. "Lo que tú digas, Wystan". Después fuimos a la lectura. Se inclinó sobre el atril y durante una media hora llenó la habitación con los versos que conocía de memoria. Si alguna vez deseé que el tiempo se detuviera, fue entonces, dentro de aquella gran habitación oscura en la orilla sur del Támesis. Desgraciadamente no fue así. Sin embargo, un año después, tres meses antes de que muriera en un hotel austriaco, leímos juntos otra vez. En la misma habitación.

V

En aquel tiempo, tenía casi sesenta y seis años. "Tuve que venir a Oxford. Tengo buena salud, pero necesito tener a alguien que me cuide". Lo que yo pude ver cuando fui a visitarlo, en enero de 1973, era que lo cuidaban únicamente las

cuatro paredes de la cabaña del siglo XVI que le había dado la universidad, y la sirvienta. En el comedor, los miembros de la facultad lo empujaban fuera de la barra. Supuse que simplemente era la costumbre en las escuelas inglesas —los chicos siempre son chicos. Sin embargo, al verlos no pude evitar recordar una más de esas frases deslumbrantes de Wystan: “trivialidad en la arena”.

Esta bobería no era más que una variación sobre el tema de que la sociedad no tiene ninguna obligación hacia el poeta, especialmente hacia un poeta viejo. Es decir que la sociedad puede escuchar a un político de edad madura, o hasta viejo, pero no a un poeta. Hay una serie de razones para esto, desde las antropológicas hasta las del servilismo. Pero la conclusión es simple e inevitable: la sociedad no tiene derecho a quejarse si un político la engaña. Porque, como Auden escribió una vez en su “Rimbaud”,

But in that child the rhetorician's lie
Burst like a pipe: the cold had made a poet.

(Pero en ese niño la mentira del retórico/ explotó como una cañería: el frío había creado a un poeta.)

Si la mentira explota de esta manera en “ese niño” ¿qué pasa con ella en el viejo que siente el frío más agudamente? Por muy presuntuoso que suene viniendo de un extranjero, el logro trágico de Auden como poeta fue precisamente haber deshidratado a su verso de cualquier tipo de engaño, sea retórico o bárdico. Este tipo de cosas aleja a uno no sólo de los miembros de la facultad, sino también de los colegas en el área, porque cada uno de nosotros albergamos a ese joven con espinillas sediento de la incoherencia de la elevación.

Esta apoteosis de barros, al volverse crítica, considera la ausencia de elevación como debilidad, descuido, charlatanería, decadencia. A este tipo de gente no se le ocurriría que un poeta envejecido tiene el derecho de escribir peor —si en realidad lo hace—, que no hay nada tan desagradable como la vejez que “descubre el amor” y los trasplantes de glándula de mono. Entre la impetuosidad y la sabiduría, el público siempre escogerá la primera (y no porque esa opción refleje su composición demográfica o por la costumbre “romántica” de los poetas de morir jóvenes, sino debido a la aversión innata de la especie por pensar en la vejez, sin hablar de sus consecuencias). Lo triste de este aferrarse a la inmadurez es que la condición misma está lejos de ser permanente. ¡Ah, si por lo menos lo fuera! Entonces todo podría explicarse por el miedo de la especie a la muerte. Entonces todos esos “Poemas selectos” de tantos poetas serían inofensivos como los ciudadanos de Kirchstetten que rebautizaron su “Hinterholz”. Si sólo se tratara del miedo a la muerte, los lectores, y especialmente los críticos agudos tendrían que haberse suicidado uno tras otro, siguiendo el ejemplo de sus queridos autores jóvenes. Pero eso no sucede.

La verdadera historia del aferramiento de nuestra especie a la inmadurez es mucho más triste. Tiene que ver no con la renuencia del hombre a saber de la muerte, sino con su no estar dispuesto a oír hablar de la vida. Sin embargo, la inocencia es lo último que puede sostenerse naturalmente. Por eso es que los poetas —especialmente los que han vivido mucho— deben ser leídos en su totalidad, no en selecciones. El comienzo tiene sentido sólo en la medida en que hay un final. Porque a diferencia de los escritores de ficción, los poetas nos cuentan toda la historia: no sólo en términos de sus propias experiencias y sentimientos, sino —y esto es lo más importante para nosotros— en términos del lenguaje mismo, en términos de las palabras que escogen finalmente.

Un hombre que envejece, si todavía sostiene una pluma, tiene una opción: escribir sus memorias o llevar un diario. Por la misma naturaleza de su arte, los poetas son diaristas. Muchas veces contra su propia voluntad, siguen la pista de lo que está sucediendo: a) a sus almas, ya sea la expansión de un alma o —con más frecuencia— su encogimiento, y b) a su sentido del lenguaje, porque son los primeros para quienes las palabras se comprometen o se devalúan. Nos guste o no, estamos aquí para aprender no sólo lo que el tiempo le hace al hombre, sino lo que el lenguaje le hace al tiempo. Y los poetas, no hay que olvidarlo, son aquellos “por los cuales (el lenguaje) vive”. Esta es la ley que le enseña a un poeta mayor rectitud que cualquier credo.

Es por esto que se puede construir mucho con W. H. Auden. No sólo porque murió cuando tenía el doble de la edad de Cristo o debido al “principio de repetición” de Kierkegaard. Simplemente estuvo al servicio de una infinidad mayor de la que normalmente reconocemos, y es testigo de su disponibilidad; lo que es más, él hizo que fuera hospitalaria. Lo menos que se puede decir es que cada individuo debería conocer por lo menos a un poeta de principio a fin: si no como un guía en el mundo, entonces como un patrón para medir el lenguaje. W. H. Auden serviría muy bien para ambos fines, aunque sólo fuera por sus respectivas semejanzas con el Infierno y el Limbo.

Fue un gran poeta (lo único que está mal en esta oración es el tiempo, ya que la naturaleza del lenguaje pone los logros personales invariablemente en el presente), y yo me considero inmensamente afortunado de haberlo conocido. Pero aunque no lo hubiera conocido, siempre estaría la realidad de su trabajo. Uno debería sentirse agradecido con el destino por haber sido expuesto a esta realidad, por la prodigalidad de estos dones, aún más inapreciables por no haber sido designados a nadie en particular. Se puede llamar a esto una generosidad del espíritu, excepto que el espíritu necesita a un hombre a través del cual refractarse. No es el hombre el que se vuelve sagrado debido a esta refracción: es el espíritu el que se vuelve humano y comprensible. Esto —y el hecho de que los hombres son finitos— es suficiente para que uno idolatre a este poeta.

Cualesquiera que sean las razones por las cuales cruzó el Atlántico y se hizo norteamericano, el resultado fue que fusionó ambas lenguas inglesas y se convirtió —para parafrasear uno de sus propios versos— en nuestro Horacio trasatlántico. De una u otra manera, todos los viajes que emprendió —por tierras, cuevas de la psique, doctrinas, credos— sirvieron no tanto para mejorar su razonamiento como para expandir su dicción. Si alguna vez la poesía fue para él un medio de ambición, vivió lo suficiente para que se convirtiera simplemente en un medio de existencia. De ahí su autonomía, su cordura, su equilibrio, su ironía, su desprendimiento —en suma, su sabiduría. Sea lo que sea, leerlo es una de las pocas maneras (si no la única) a nuestro alcance para poder sentirnos decentes. Me pregunto, sin embargo, si ese fue su propósito.

Lo vi por última vez en julio de 1973, en una cena en casa de Stephen Spender, en Londres. Wystan estaba ahí sentado a la mesa, con un cigarro en su mano derecha y una copa en la izquierda, hablando sobre el tema del salmón frío. Como la silla era demasiado baja, la dueña de casa le había puesto dos viejos volúmenes del *Oxford English Dictionary* para sentarse. Pensé entonces que estaba viendo al único hombre que tenía derecho de usar esos volúmenes como asiento.

MARCO ANTONIO MONTES DE OCA

ESTAMPA

No anda ni vuela,
salta, piedra con fuelle,
el ave que busca
entre rescoldos del alba
un solo grano de vida inmortal.

Rebota en la yerba,
bebe cielo en el agua,
un poco de noche
en el pozo del girasol
y como quien limpia una navaja
su pico restriega
contra la roca negra:
así borra la sangre seca
de la pasada estación.

Su cuerpo mínimo arrasa
el velo de la transparencia quemada,
nada puede separarlo
de la repentina verdad
que lo hace eterno.

JORGE EDWARDS

CHILE: EL DIFÍCIL RETORNO A LA DEMOCRACIA

El viernes 18 de noviembre del año pasado, a partir de las cuatro de la tarde, la elipse del parque O'Higgins, el antiguo parque Cousiño, el sitio donde se celebran tradicionalmente los desfiles militares de la fiesta nacional chilena, empezó a llenarse con un flujo continuo de manifestantes. El gobierno había ofrecido hacía tiempo ese lugar a la oposición y ésta lo había rechazado. Parecía una trampa gobiernista muy bien organizada. La elipse es un espacio demasiado amplio, de más de 140 mil metros cuadrados. Llenarla era un desafío muy difícil, sobre todo cuando el gobierno cuenta con todos los medios de presión necesarios. Además, es un espacio cerrado, y esto aumentaba las inquietudes de la oposición.

Frente a la falta de alternativas, los dirigentes opositores terminaron por aceptar el terreno que les ofrecía el oficialismo. El acto fue convocado por la Alianza Democrática, que une desde la llamada Derecha Republicana hasta el Bloque Socialista, pasando por los grandes conglomerados de centro: Democracia Cristiana y diversos grupos radicales y socialdemócratas. En la Alianza no participan los comunistas ni las facciones prosoviéticas del socialismo, dirigidas desde el exilio por el ex Ministro de la Unidad Popular Clodomiro Almeyda. Estas, no obstante, acordaron asistir y aceptaron la consigna general, que consistía en no llevar emblemas ni lanzar gritos partidistas: sólo banderas chilenas y llamados de rechazo de la dictadura y de retorno a la democracia.

Lo que hacía dos meses parecía una astucia del gobierno, terminó convertido en un serio boomerang. A las siete y media de la tarde del 18 de noviembre, la elipse del parque, una imagen tradicional para cualquier chileno, estaba repleta de manifestantes. Muchos creen que fue la concentración política más grande de la historia del país. El orador único, Enrique Silva Cimma, jefe del Partido Radical, pidió la "resignación" de su cargo al general Pinochet y reiteró la proposición básica de la Alianza: que se forme cuanto antes una Asamblea Constituyente y que se instale un Gobierno Provisional. Era una situación que no habría podido concebirse cuatro o cinco meses atrás: la culminación de un año de protestas y de toma de conciencia a nivel nacional. Los chilenos habían perdido el miedo. Fueron al parque O'Higgins en masa, en forma notablemente pacífica, sin incurrir en provocaciones de ninguna clase, y se retiraron en orden, con alegría, con la sensación de que el país, ahora sí, había empezado a cambiar de un modo irreversible. Bastaba con mirar a la gente reunida en la elipse. Había señoras de poblaciones, que enarbolaban los retratos de sus hijos desaparecidos, jóvenes de extrema izquierda, obreros del cobre que hacían colectas para sus compañeros despedidos del trabajo, empleados bancarios, intelectuales, estudiantes, caballeros burgueses que habían sido ministros, en el pasado, del gobierno de Eduardo Frei y hasta del gobierno conservador de

Jorge Alessandri.

Todo 1983 ha sido un año de manifestaciones, de protestas crecientes y de apertura tímida, concedida a la fuerza, malhumorada, mañosa, llena de retrocesos. A comienzos del mes de agosto, el gobierno daba la impresión de estar en su punto más bajo. La economía, destruida por una aplicación extraordinariamente dogmática del monetarismo de la escuela de Chicago, no mostraba ningún síntoma de reacción. Muchos simpatizantes del régimen expresaban en público su desengaño, incluso su deseo de un cambio rápido. La protesta popular era cada vez más ruidosa. Había aparecido un líder sindical joven, valiente, dotado de indudable carisma, que la prensa comparaba con Lech Walesa: Rodolfo Seguel. La oposición política sacaba la voz con fuerza en la Alianza Democrática. Empezaban a llegar periodistas extranjeros para cubrir el décimo aniversario del régimen y algunos pensaban que podrían quedarse para presenciar su caída.

En la protesta nacional organizada por la oposición para ese mes de agosto, el gobierno sacó las tropas a la calle y hubo muchos muertos y heridos a bala. En ese momento, el general Pinochet, que actúa con mayor astucia de lo que se piensa en el extranjero, jugó una carta política hábil. Nombró Ministro del Interior a un viejo representante de la derecha tradicional, Sergio Onofre Jarpa, que hasta entonces era embajador en Buenos Aires. Jarpa introdujo de inmediato un lenguaje que los chilenos ya habían olvidado: el de la negociación, el compromiso, el antiguo manejo parlamentario. Habló de diálogo y aceptó la invitación del Arzobispo de Santiago, Juan Francisco Fresno, a sentarse en una mesa a dialogar con los jefes de la Alianza Democrática. La Alianza concurrió a ese primer encuentro, seguido de dos más, con la sola abstención de los socialistas. Las fotografías de Jarpa con los jefes de la oposición sentados en una mesa, bajo la mirada del Arzobispo de Santiago, produjeron una primera sensación de respiro, de distensión, de renovación. Las listas de exiliados autorizados a volver al país fueron largas y se notó cierta liberalización en la prensa y hasta en la televisión.

Las ilusiones duraron bastante poco. Después de la tercera reunión entre Jarpa y la Alianza, el general Pinochet declaró que "esos señores" podían conversar todo lo que quisieran, pero que los plazos establecidos en la Constitución de 1980, que aseguran su presidencia hasta 1989 y permiten reelegirlo, se mantendrían. La Alianza no tuvo más remedio que dar por terminadas las conversaciones, en una situación bastante incómoda, que parecía justificar la abstención inicial de su ala izquierda.

En esas semanas se había podido tener la impresión de que Jarpa era un Ministro del Interior fuerte, dotado de apoyos sólidos en el pinochetismo y que deseaba desempeñar un

papel como figura de la transición. En las conversaciones con los jefes de la Alianza les había pedido insistentemente que tuvieran paciencia, que le dieran tiempo para actuar. Después de la ruptura, pareció que se había retrocedido al punto de partida. Hubo claras demostraciones de un nuevo endurecimiento. Por ejemplo, personas que habían aparecido en las listas de exiliados autorizados a regresar fueron devueltas desde el aeropuerto a sus países de origen.

Se tenía la impresión de que el gobierno recuperaba el poder y de que la oposición perdía la iniciativa. La imagen del Ministro del Interior de la transición se transformaba en la de un personaje domesticado, que utilizaba su vieja astucia parlamentaria para servir mejor a su jefe. Sin embargo, la actual situación chilena es esencialmente cambiante, dinámica, impredecible. El triunfo electoral de Raúl Alfonsín, en Argentina, ya tuvo su efecto estimulante para la oposición democrática, cuyas cabezas se preparan para viajar a las ceremonias de la transmisión del mando, invitadas oficialmente por el presidente electo. Poco tiempo después se produjo la gran manifestación del viernes 18 de noviembre. Sin duda fue un hecho político de primera magnitud, que marcará las etapas próximas. La oposición habla ahora de pasar a un estado de "protesta permanente" y de revivir el proceso histórico de los cabildos abiertos, decisivos en los años de la independencia.

El tema constitucional

Es importante saber algo del marco jurídico y constitucional en que se desarrolla el conflicto chileno. En líneas muy generales, el pinochetismo se aferra a la Constitución de 1980, admitiendo, con diferentes matices, la posibilidad de reformar ese texto y de acelerar algunos plazos. La oposición plantea con toda claridad, de un modo que fue reafirmado en el acto del día 18, la salida de Pinochet y la formación de una Asamblea Constituyente. En este aspecto, se puede sostener que Chile continúa teniendo reflejos de país legalista, a pesar de que sólo conoce una caricatura de estado de derecho. El régimen ha tenido necesidad de levantar esa fachada de legalidad y esto, por sí solo, es significativo. Sin embargo, también es un fenómeno peligroso, de doble filo, que puede conducir a una división insalvable. La guerra civil de 1891, una de las más sangrientas de la historia de América del Sur, tuvo su pretexto y su origen, precisamente, en un problema de interpretación constitucional.

El régimen chileno, en un recurso que ya es clásico, no admite jamás su condición política real. El sistema opresivo consiste, antes que nada, en una manipulación del lenguaje. Se practica el maquillaje y la violencia verbal. No existió "golpe militar" sino "pronunciamiento" de las Fuerzas Armadas. No hay dictadura sino régimen autoritario de origen constitucional. No se admite que la acción política está monopolizada por el gobierno: existe "receso político", en espera de que el país se "normalice". Toda la teoría de la legitimidad del régimen se apoya en la Constitución Política de 1980, aprobada por un plebiscito de ese año.

La oposición hizo la crítica del plebiscito desde el primer instante. Fue un acto enteramente manejado por el gobierno, realizado con la prensa controlada, con la televisión al servicio absoluto del oficialismo, sin partidos políticos, sin verdadera información a los electores. El régimen eligió el momento con habilidad, aprovechando la coincidencia de dos factores: el auge del modelo económico neoliberal y un control policial y político que todavía no mostraba fisuras graves. Eran días en que la política de la zanahoria y del ga-

rrote, con su simple y reconocida eficacia, todavía funcionaba a la perfección. Los frutos de la economía monetarista, neoliberal, representaban, naturalmente, la zanahoria. Pinochet decía que uno de cada siete chilenos podría adquirir pronto un automóvil y que uno de cada cinco podría comprar un televisor y una máquina lavadora. Los palos, a todo esto, variados y feroces, caían sobre el lomo del burro testarudo y opositor.

De hecho, en septiembre de 1980, mientras el voto era secreto, el recuento contó con la relativa garantía de ser público, a pesar de que los integrantes de las mesas receptoras de sufragios habían sido nombrados por las autoridades. El carácter público del recuento fue más o menos real y eficaz, desde el punto de vista del control ciudadano, en los centros urbanos de mayor desarrollo y tradición política. En las mesas del barrio de Ñuñoa, por ejemplo, en Santiago, uno podía pedir que le mostraran los votos y llevar su propia contabilidad. Las cifras oficiales de apoyo a la Constitución, cercanas al 70% de los votos emitidos, fueron exageradas, pero el país interior, en septiembre de 1980, dentro de las condiciones de una propaganda abrumadora, de cierta euforia económica, del exilio de una parte importante de la izquierda, de un miedo generalizado y profundo a disenter, había votado en una relativa mayoría por la Constitución del pinochetismo.

La Constitución entró en vigencia en marzo de 1981, junto con un artículo transitorio que pasará a la historia como símbolo del periodo, el 24, obra maestra de lo que podríamos llamar casuística autoritaria. El famoso artículo 24 transitorio deja en suspenso, en la práctica, la totalidad de las garantías constitucionales, otorgando al gobierno facultades de restringir la libertad de expresión y las principales libertades individuales en forma puramente administrativa, sin admitir, siquiera, la intervención de los dóciles tribunales de justicia. Estos lo hicieron en el caso de los llamados "recursos de protección", una innovación jurídica de la propia Constitución, pero siempre fueron reacios a dictar sentencias que limitaran las facultades amplísimas y discrecionales contempladas en esa disposición. ¡El artículo 24 también había sido aprobado por el pueblo soberano!

En esta forma, a pesar de sus vicios de origen, la Constitución de 1980 presta grandes servicios. En su crisis actual, el pinochetismo encuentra en ella un refugio aparentemente seguro. El gran debate de estos días se centra en el problema de acortar los plazos constitucionales. Es un debate lleno de ambigüedades. Los pinochetistas, incluyendo al Ministro del Interior, parecen aceptar en su mayoría el principio de la reducción de los plazos, pero Pinochet, cada cierto tiempo, anuncia que se cumplirá estrictamente el calendario "aprobado por el pueblo". El populismo, como ha sucedido también en otras latitudes, pasa a ser la última tabla de salvación de la dictadura.

El problema del acortamiento de los plazos, por otra parte, es enfocado de diferente manera por pinochetistas y opositores. Los primeros hablan de adelantar la fecha de instalación del Congreso, prevista para 1990, pero no se refieren para nada a una salida anticipada del Jefe del Estado. Con respecto al Congreso, surgen dos posiciones entre los partidarios del régimen. Algunos, reunidos en la Unión Democrática Independiente, dirigida por el ex Ministro del Interior Sergio Fernández, proponen que se instale pronto un Congreso designado por una Comisión *ad hoc* y ratificado por plebiscito. Aunque parezca extraño, algunos miembros de la oposición centrista no han rechazado esta posibilidad

en forma categórica. El maximalismo del pasado, que causó tanto daño a la democracia chilena, provoca ahora, como reacción, un posibilismo excesivo. Sin embargo, personajes importantes de la derecha, como es el caso de Sergio Diez, antiguo parlamentario del Partido Nacional y ex embajador del régimen militar en las Naciones Unidas, piensan que una elección del poder legislativo sería necesaria para conocer la opinión real del país, sin que las conclusiones de una elección así deriven inevitablemente en "la renuncia del Presidente de la República".

Perspectivas

En resumen, el momento político chileno es extremadamente confuso y cambiante. No se pueden hacer profecías a corto y ni siquiera a mediano plazo. No cabe duda de que el país terminaría por recuperar sus libertades, pero es imposible saber cuándo. Los sectores duros del pinochetismo se aferran al poder y parecen dispuestos a cambiar algo para que no cambie nada. Lo único evidente es que 1983 ha sido el año de la pérdida del miedo en grandes sectores, del despertar de la conciencia, de la invención de formas inéditas y constantemente renovadas de lucha pacífica contra la dictadura.

El dinamismo de las protestas, que culminó en la enorme manifestación de masas de la tarde del 18 de noviembre, se une en estos días al ejemplo contagioso de Argentina. El ambiente está dominado por la nueva situación. Hace dos semanas, los santiaguinos veían y discutían una película sobre Giordano Bruno, el gran herejearca renacentista, quemado en las hogueras de la Inquisición. Ahora hacen colas para ver *Mephisto*, película de Istvan Szabo que describe la evolución de un actor alemán que partió de la izquierda y se hizo colaborador del régimen nazi. Un año atrás, las conciencias estaban embotadas. En el momento actual se practica una lectura apasionada y lúcida de todos estos mensajes.

Uno de los temas candentes de ahora es el de la inserción del Partido Comunista, que siempre representó en el país una minoría fuerte, con bases obreras e intelectuales, en la política criolla. El PC se ha unido con los socialistas prosoviéticos de Clodomiro Almeyda, ex Ministro del gobierno de Salvador Allende, en el exilio en Alemania Oriental, para formar el Movimiento Democrático Popular. El Bloque Socialista, incorporado a la Alianza, pide públicamente el ingreso de los comunistas. Pero el comunismo chileno, en lugar de abrirse en estos años a posiciones más independientes, menos sectarias, como ocurrió en España en las etapas finales del franquismo, se ha endurecido, ha propiciado la vía violenta de lucha contra la dictadura y se ha alineado con Moscú en forma aparentemente incondicional.

En una respuesta de Gabriel Valdés, presidente de la Democracia Cristiana, a la petición del Bloque Socialista de ingreso de los comunistas, éste sostiene que la presencia del PC en la Alianza "sólo provocaría confusiones, desacuerdos y malos entendidos". Después enumera cuatro discrepancias "esenciales" con el PC, relacionadas con el tema de los derechos humanos, con las instituciones políticas de la democracia futura, con la política internacional, que exigirá una "opción nacional, original e independiente", lo cual supone el rechazo de las "políticas de bloques", y con el problema de los métodos de lucha contra la dictadura. La carta de Valdés asegura que la posición del PC en este último punto es "moralmente errónea y equivocada en el orden práctico".

A pesar de todo, los comunistas acudieron a la manifesta-

ción del parque O'Higgins y estuvieron juntos con los miembros de la Alianza Democrática. No podía ser de otra manera, puesto que el llamado estaba abierto a todos los chilenos que quieren ver el fin de la dictadura. Por lo demás, los comunistas obedecieron en forma disciplinada las instrucciones generales de no llevar emblemas ni consignas de partidos. Sólo se divisaron algunos retratos de Salvador Allende, llevados probablemente por las juventudes socialistas. El ministro Jarpa, de todos modos, aprovechó para declarar que la manifestación había demostrado que "en el fondo la Alianza Democrática y el Partido Comunista actúa en la misma línea, realizan la misma campaña y coinciden en los mismos planteamientos".

A todo esto, ningún análisis de la situación chilena habla en forma seria del papel del Ejército. Lo que ocurre es que el



Ejército, al menos frente al mundo exterior, mantiene un silencio y una disciplina jarráquica totales. El general Fernando Matthei, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea, ha manifestado su deseo de que se reduzcan los plazos constitucionales, pero ya hemos visto que la reducción de los plazos, dentro del marco de la Constitución de 1980, es una alternativa aceptada por sectores oficialistas. Muchos generales en retiro adoptan posiciones francamente disidentes, sobre todo con motivo de la nueva ley del cobre, destinada a dar garantías extremas a los capitales extranjeros, pero un oficial en retiro, en el sistema chileno, pierde toda influencia sobre el Ejército activo.

Lo que se ve con claridad, a fines de este primer año de reacción de las bases del país, es división profunda, impa-



ciencia, conflicto creciente, posibilidades no excluidas de nuevos retrocesos. Un plebiscito realizado hoy con un mínimo de honestidad seguramente daría una importante mayoría contraria al régimen. La oposición gana las últimas elecciones de directivas estudiantiles, a pesar del control interno en las universidades. El país está francamente cansado del régimen militar y el cansancio se manifiesta de diferentes maneras en todas las clases de la sociedad. Sin embargo, aunque el pinochetismo probablemente se encuentre en minoría, mantiene fuerza. Tampoco hay signos visibles de crisis en el Ejército.

La situación económica es insostenible, con índices peligrosos de desocupación y con precios internacionales del cobre que obligarán a nuevas reducciones presupuestarias. Ya se vislumbra el sentido de estas reducciones. Baja el presupuesto de las universidades, sobre todo en la investigación científica y en los ramos humanistas, ya drásticamente limitados, y aumentan las subvenciones al fútbol y a algunos programas masivos de la televisión. Las medidas antidemocráticas se adoptan bajo ropaje populista.

El país tiende a dividirse en dos mundos: el de los barrios burgueses y el de las poblaciones hambrientas y desocupadas de las periferias de las ciudades. No se puede negar que es un fenómeno latinoamericano, pero la realidad chilena de hace quince años se caracterizaba por el crecimiento de la clase media. Ahora observamos empobrecimiento y polarización. En la medida en que la reactivación económica no llega, algunos analistas no descartan del todo el fantasma de la guerra civil, que había hecho su aparición en los meses finales del gobierno de Allende. En realidad, existen algunas semejanzas externas entre los meses finales del allendismo y el momento actual, pero concurren dos diferencias esenciales: la actitud del Ejército y la de los sectores financieros internacionales. Chile no soluciona su problema económico interno, pero ha conseguido acuerdos importantes con el Fondo Monetario y con la banca extranjera. Puede que estos acuerdos sólo sirvan para prolongar y profundizar la crisis. En todo caso, le dan tiempo al gobierno y le permiten esperar que la reactivación de la economía mundial empiece a producir efectos en el país.

Se habla mucho de un conflicto latente entre el Ministro del Interior, Sergio Onofre Jarpa, que desea una recuperación económica rápida, y el Ministro de Hacienda, Carlos Cáceres, que enmienda los rumbos impuestos por los "Chicago boys" en forma moderada, ortodoxa, alcanzando acuerdos sólo sirvan para prolongar y profundizar la crisis. En todo caso, le dan tiempo al gobierno y le permiten especulaciones de prensa. Ambos ministros, en el fondo, dentro de sus respectivos sectores, tratan de ganar tiempo y hasta ahora lo consiguen.

La tesis truculenta de la guerra civil parece menos realista que la de un descontento cada vez mayor, más desesperado, que hará aumentar en el país los brotes ya muy extendidos de anarquía. ¿Podrá imponerse, todavía, un mínimo de razón? ¿Se volverá al diálogo? Enrique Silva Cimma, en declaraciones posteriores a su discurso del día 18, no lo excluye en forma absoluta. ¿Es posible una salida pacífica en el Chile de hoy sin concesiones mutuas muy importantes? Son preguntas difícilísimas, preguntas que todavía no tienen ni un comienzo de respuesta. Ellas se replantean a cada rato en una situación dinámica, que tiene vuelcos sorprendentes, dentro de un evidente proceso de aceleración histórica y de salida del país real, que siempre amó su sistema democrático de vida, desde las catacumbas a la superficie.

SAMUEL BECKETT

PASOS

Escrita especialmente para Billie Whitelaw, Pasos constituye una destilación poética en movimiento, una especie de partitura verbal en la que Beckett aborda, con recuerdos e imágenes venidos del inconsciente, un diálogo entre una mujer profundamente desamparada y su madre a quien no se ve, o ha muerto, o está en ella misma. La precisión formal y la belleza del lenguaje hacen de esta pequeña pieza una experiencia teatral extraordinaria.

Pasos se presentó por primera vez en el Royal Court Theater en la primavera de 1976 durante la temporada que se montó para celebrar el septagésimo cumpleaños del autor.

May (M): pelo gris desgreñado, andrajos grises hasta los pies, se arrastran por el suelo.

Voz de mujer (V): al fondo de la escena, desde la oscuridad.

Área del recorrido: al frente de la escena, paralelo a la rampa, de nueve pasos de largo, un metro de ancho, un poco descentrado hacia la derecha (visto desde la sala).

I $\frac{d8765432d}{i2345678i}$ D

Recorrido: Empezando con el pie derecho (d) de derecha (D) a izquierda (I), con el pie izquierdo (i) de izquierda a derecha.

Pasos: claramente audibles, muy rítmicos.

Media vuelta: a la izquierda sobre I, a la derecha sobre D.

Texto con el recorrido: como se indica, la media vuelta siempre en silencio.

Luz: tenue, fría. Sólo se ilumina el área del recorrido y el personaje, el piso más que el cuerpo, el cuerpo más que la cara. Tenue spot sobre la cara durante los momentos de suspensión del movimiento en D y en I. Al fondo y a la izquierda una fina raya vertical (R) de 3 metros de altura.

Voces: bajas, elocución lenta.

Telón: Escenario a oscuras. Tenue y breve sonido de campana. Eco. Sube la luz lentamente sobre el área, R inclusive. Aparece M. dirigiéndose con pasos lentos hacia I, da media vuelta en I, hace tres recorridos más, se inmoviliza mirando al frente en D. Pausa.

M. — Madre. (Pausa. Mismo tono.) Madre.

V. — Sí, May.

M. — ¿Estabas dormida?

V. — Profundamente dormida. (Pausa) Te escuché en mi sueño profundo. (Pausa) No hay un sueño tan profundo que me impida escucharte. (Pausa. M. reanuda su recorrido. Cuatro vueltas. Después de la segunda sincroniza con los pasos.) Siete, ocho, nueve, vuelta. (Con la cuarta) ¿No quieres tratar de dormir un poco? (M. se inmoviliza mirando al frente en D. Pausa.)

M. — ¿Quieres que te inyecte... otra vez?

V. — Sí, pero es demasiado pronto.

(Pausa)

M. — ¿Quieres que te cambie de lado... otra vez?

V. — Sí, pero es demasiado pronto.

(Pausa)

M. — ¿Que enderece tu almohada? (Pausa) ¿Que cambie tus sábanas? (Pausa) ¿Que te dé la bacinica? (Pausa) ¿El calentador? (Pausa) ¿Que te cure las llagas? (Pausa) ¿Que te pase la esponja? (Pausa) ¿Que humedezca tus pobres labios? (Pausa) ¿Que rece contigo? (Pausa) ¿Por ti? (Pausa) Otra vez.

V. — Sí, pero es demasiado pronto.

(Pausa. M. reanuda su recorrido. Una vuelta. Se inmoviliza mirando al frente en I. Pausa)

M. — ¿Qué edad tengo... ahora?

V. — ¿Y yo? (Pausa. Mismo tono) ¿Y yo?

M. — Noventa.

V. — ¿Tantos?

M. — Ochenta y nueve, noventa.

V. — Te tuve tarde. (Pausa) En mi vida. (Pausa) Perdóname... otra vez. (Pausa. Mismo tono) Perdóname... otra vez.

(Pausa)

M. — ¿Qué edad tengo... ahora?

V. — Unos cuarenta.

M. — ¿Apenas?

V. — Me temo. (Pausa. M. reanuda su recorrido. Cuatro vueltas. Con la segunda.) May (Pausa. Mismo tono) May.

M. — (con la tercera vuelta) Sí, madre.

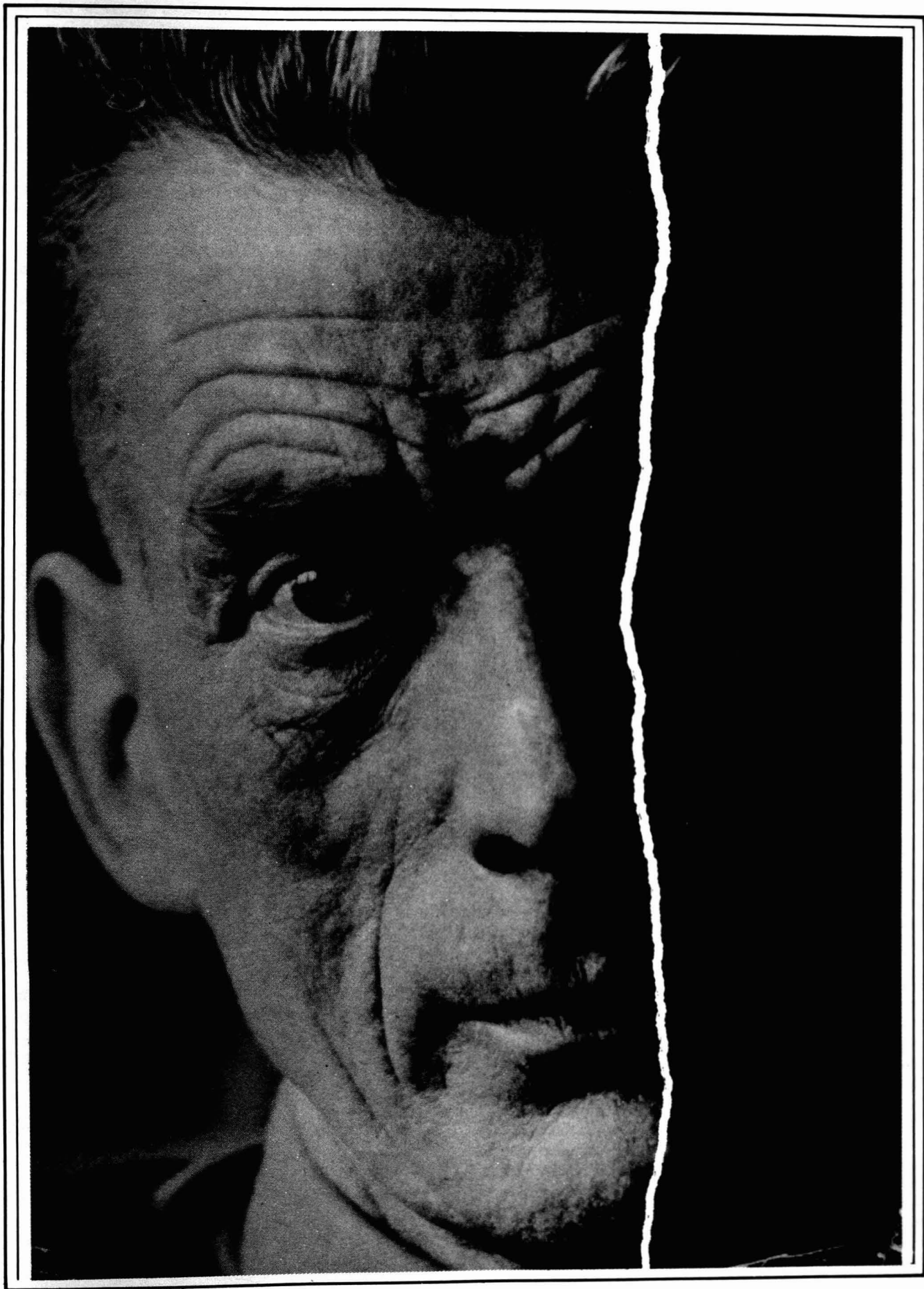
V. — (con la tercera vuelta) ¿Nunca terminarás? (Con la cuarta) ¿Nunca terminarás de revolver todo eso?

(M. se inmoviliza mirando al frente en I)

M. — ¿Eso?

V. — Todo eso. (Pausa) En tu pobre mente. (Pausa) Todo eso. (Pausa) Todo eso.

(Pausa. M. reanuda su recorrido. Una vuelta. La luz se apaga lentamente menos en R.; M. se inmoviliza mirando en D, en la oscuridad.



Larga pausa.

Sonido de campana un poco más tenue. Eco. La luz vuelve un poco más suave. M. Inmóvil mirando al frente en D. Pausa.) V.— Camino aquí ahora. (Pausa) Más bien vengo y me... planto. (Pausa) Al anochecer. (Pausa) Ella cree que está sola. (Pausa) Miren qué quieta está, con la cara hacia el muro. (Pausa) ¡Qué inmovilidad! ¡Qué impasible aparece! (Pausa) No ha vuelto a salir desde la infancia. (Pausa) Sin salir desde la infancia. (Pausa) Dónde está, se podría preguntar. (Pausa) Pues en la vieja casa, la misma donde ella— (Pausa) La misma donde ella comenzó. (Pausa) Donde eso comenzó. (Pausa) Todo eso comenzó. (Pausa) Pero esto, esto, ¿cuándo comenzó esto? (Pausa) Cuando otras niñas de su edad estaban afuera jugando a... a ese juego del cielo y el infierno, ella ya estaba aquí. (Pausa) Ya comenzaba esto. (Pausa) El suelo en este lugar, desnudo ahora, estuvo alguna vez— (M. reanuda su recorrido. Pasos un poco más lentos. Cuatro vueltas. Con la primera) Pero admiremos su porte, en silencio. (Fin de la segunda vuelta) Con qué destreza da la media vuelta. (En el tercer recorrido sincroniza con los pasos.) Siete, ocho, nueve y vuelta. (M. se inmoviliza mirando al frente en D.) Decía pues, que el suelo en este lugar, desnudo ahora, estuvo alguna vez alfombrado, con lana espesa. Hasta el día en que, la noche más bien, hasta la noche en que, apenas más que una niña, llamó a su madre y le dijo, Madre, esto no es suficiente. La madre: ¿No es suficiente? May— nombre de pila de la niña— May: No es suficiente. La madre: ¿Qué quieres decir, May, no es suficiente, qué puedes querer decir, May, no es suficiente? May: Quiero decir, madre, que necesito el sonido de los pasos, por más leve que sea. La madre: ¿El movimiento por sí solo no es suficiente? May: No, madre, el movimiento por sí solo no es suficiente, necesito el sonido de los pasos, por más leve que sea. (Pausa. M. reanuda su recorrido. Seis vueltas. Con la segunda.) ¿Duerme todavía, se podría preguntar? (Con la tercera) Sí, algunas noches duerme, a ratos, apoya su pobre cabeza contra el muro y duerme un poco. (Con la cuarta vuelta.) ¿Habla todavía? Sí, a veces, cuando cree que nadie escucha. (Con la quinta vuelta) Dice cómo fue, trata de decir cómo fue. (Pausa) Todo eso. (Principio de la sexta vuelta.) Todo eso.

(La luz se apaga lentamente menos en R.; M. se inmoviliza mirando al frente en D, en la oscuridad.)

Larga pausa.

Sonido de campana un poco más tenue aún. Eco.

Vuelve la luz un poco más suave aún. M. inmóvil mirando al frente. Pausa.)

M.— Epílogo. (Pausa. M. reanuda su recorrido. Pasos un poco más lentos. Dos vueltas. Se inmoviliza mirando al frente en D. Pausa.) Epílogo. Un poco más tarde, cuando ya había sido totalmente olvidada, se puso a— (Pausa) Un poco más tarde, cuando ya era como si ella nunca hubiera sido, eso nunca hubiera sido, empezó a caminar. (Pausa) Al anochecer. (Pausa) Se escabullía al anochecer dentro de una pequeña iglesia, por la puerta de atrás, siempre cerrada a esa hora, y caminaba, iba y venía, iba y venía, a lo largo de su pobre brazo salvador. (Pausa) Ciertas noches se inmovilizaba, como alguien congelado por un estremecimiento del espíritu, y se quedaba infinitamente quieta hasta que podía recuperar el movimiento. Pero muchas también eran las noches en que caminaba sin tregua, yendo y viniendo, yendo y viniendo, antes de perderse por donde había llegado. (Pausa) Ningún sonido. Al menos ninguno que pudiera oírse. (Pau-

sa) El semblante. (Pausa. Reanuda su recorrido. Dos vueltas. Se inmoviliza mirando al frente en D.) El semblante. Pálido, aunque de ninguna manera invisible, bajo cierta luz. (Pausa) Bajo una luz adecuada. (Pausa) Gris más que blanco, gris pálido. (Pausa) Harapienta. (Pausa) Una maraña de harapos. (Pausa) Una tenue maraña de harapos gris pálido. (Pausa) Míralos pasar—. (Pausa) Mírala pasar delante del candelabro, cómo sus llamas, su luz... como la luna a través de niebla pasajera. (Pausa) Poco después, entonces, de haberse ido, como si nunca hubiera estado, empezó a caminar, iba y venía, iba y venía a lo largo de aquel pobre brazo. (Pausa) Al anochecer. (Pausa) Es decir, en ciertas estaciones del año, durante Vísperas. (Pausa) Inevitablemente. (Pausa. Reanuda su recorrido. Una vuelta. Se inmoviliza mirando al frente en I. Pausa.) La vieja señora Winter, que el lector recordará, la vieja señora Winter, un domingo en la tarde al final del otoño, sentada a la mesa con su hija después de la misa, tomó con desgano unos cuantos bocados, dejó tenedor y cuchillo y agachó la cabeza. Qué pasa madre, dijo la hija, una joven muy extraña, aunque a decir verdad ya no tan joven... (con voz cortada)... terriblemente infe... (Pausa. Voz normal) ¿Qué pasa, madre, no te sientes tú misma? (Pausa) La Sra. Winter no respondió de inmediato. Pero finalmente levantó la cabeza, miró fijamente a Amy— nombre de pila de la niña, como el lector recordará— miró a Amy fijamente a los ojos y dijo— (pausa)— y murmuró, miró a Amy fijamente a los ojos y murmuró, Amy. (Pausa. Mismo tono) Amy. (Pausa) Amy: Sí, madre. Sra. Winter: Amy, ¿observaste algo... extraño en Vísperas? Amy: No, madre, nada. Sra. Winter: Tal vez lo imaginé solamente. Amy: ¿Qué es exactamente, madre, lo que tal vez imaginaste solamente? (Pausa) ¿Qué es exactamente ese algo... extraño que tal vez imaginaste solamente? Sra. Winter: ¿Tú misma no observaste nada... extraño? Amy: No, madre, yo misma nada, por decir lo mínimo. Sra. Winter: ¿Qué quieres decir, Amy, por decir lo mínimo, qué puedes querer decir, Amy, por decir lo mínimo? Amy: Quiero decir, madre, que decir que no observé nada... extraño, es en verdad decir lo mínimo. Porque no observé nada absolutamente, ni extraño ni de otro tipo. No vi nada, no escuché nada de ningún tipo. No estaba allí. Sra. Winter: ¿No estabas allí? Amy: No estaba. Sra. Winter: Pero te oí responder. (Pausa) Te oí decir Amén. (Pausa) ¿Cómo podías responder si no estabas allí? (Pausa) ¿Cómo hubieras podido decir Amén, si como pretendes, no estabas allí. (Pausa. Salmodiado) El amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con vosotros, ahora y para la eternidad. Amén. (Pausa. Voz normal) Te oí claramente. (Pausa. Reanuda su recorrido. Una vuelta. Después de cinco pasos se inmoviliza de perfil. Larga pausa. Reanuda el recorrido. Se inmoviliza mirando al frente en D. Larga pausa.) Amy. (Pausa. Mismo tono) Amy. (Pausa) Sí, madre. (Pausa) ¿Nunca terminarás? (Pausa) Nunca terminarás de revolver todo eso? (Pausa) ¿Eso? (Pausa) Todo eso. (Pausa) En tu pobre mente. (Pausa) Todo eso. (Pausa) Todo eso.

(Pausa. La luz se apaga lentamente menos en R.

Oscuridad total

Larga pausa. Sonido de campana un poco más tenue aún. Eco.

La luz vuelve un poco más suave aún.

Ningún rastro de May. 10 segundos. La luz se apaga lentamente, R inclusive. Oscuridad total.

Telón.

HORACIO COSTA

BRASIL, 1933: SERAFIM, CAETÉS Y CASA-GRANDE

El tiempo crea y borra sus huellas. Partiendo de la premisa de que es un trabajo de Sísifo rescatarlas, me planté como objetivo en este ensayo una reflexión sobre tres obras brasileñas publicadas en 1933. Esta fecha es doblemente atractiva. Por un lado, el número redondo —50 años— que nos separa de ella nos invita a hacer un corte longitudinal que nos revele el lugar que ocupan esas obras dentro de la literatura brasileña reciente. Por otro, si el tiempo crea y borra sus huellas, cabe al intelectual proceder de igual manera en relación a las suyas para situarse y dialogar con el tiempo para en él interactuar. Se me podrá acusar de que es altisonante, si no fuera de lugar, la idea de rescate anteriormente señalada. En primer lugar, porque la *forma-mentis* de un determinado momento histórico no se puede reconstruir y cuando nos dirigimos a ella es apenas especular y especulativamente. Además, tanto el *Serafim Ponte-Grande* de Oswald de Andrade cuanto el *Caetés* de Graciliano Ramos, como *Casa Grande e Senzala* de Gilberto Freyre, dispensan tal esfuerzo dado que son libros llenos de vigor. Sin embargo, todos sabemos que una cultura es un todo significativo que necesita revisiones continuas para que pueda mantener viva la atención, y de sucesivos rescates para que la estimulante parcela de la tarea de construcción que nos toca a cada uno se prosiga, extendiéndonos su universo de nexos.

Decía en una entrevista reciente Haroldo de Campos que su relación con la tradición es “musical”. Usando su terminología, y también otra, originaria de la Antropología —desde mi punto de vista, la metáfora mayor de este siglo en la cultura brasileña— me atrevo a decir que mi relación es *fágico-musical*. Fágico-musical: a la voracidad omnidireccional se suma la ligereza contrapuntística; a la saña, la sensibilidad crítica; al trabajo de procesarnos, el placer. De esta forma reunimos una variante fundamental que nos lleva a poder apropiarnos del mito según nuestra conveniencia— inclusive porque, como bien explican los teóricos de la americanidad, éste apenas es parcialmente nuestro y podemos hacer con él lo que queramos. De esta manera “nuestro” Sísifo cargará rocas como si fueran copos de algodón, al subir cuesta arriba una montaña que en vez de ser pedregosa estará revestida de lujuriosa vegetación. A partir de esta pequeña pero importante subversión —de este espíritu que, para volver al marco original, estaba muy distante del Brasil del 1933— paso ahora a tratar las obras y los autores en juego.

Es el propio Oswald de Andrade, en el final de *Serafim*, el que data la composición de su novela “de 1929 (era de Wall-Street y Cristo) para atrás”. Ahora bien, su difícilmente continuo *patchwork* de once unidades-episodios¹ —que parodia hasta saciarse los “estilos” vigentes entonces y que nos cuenta, sea en la primera o en la tercera persona, las aventuras de un paulista tan experimentalista en su vida cuanto lo es el

autor en su escritura— este *patchwork*, decía, es un libro que se inserta en la mentalidad arriesgada y anarquizante del primer modernismo brasileño. De hecho, aunque sean cuatro los años que separan el *crack* del 29 al año que aquí tratamos, la distancia entre ellos tal vez sea mayor que entre 1933 y 1983, a los cuales une el estigma de la crisis. Esta, sin duda, es la palabra adecuada para sintetizar la transformación de la mentalidad de los modernistas de primera hora, como Mário y Oswald de Andrade, con el advenimiento de la nueva década. De pronto ellos se expusieron —o fueron violentamente expuestos, mejor dicho— a una concientización acelerada de los mecanismos históricos y a una creciente presión de alineamiento político e ideológico, a la cual cada uno respondió a su manera. Un lenguaje distópico es el que sucede a la utopía modernista de los años veinte del café, basada esta última en una enorme autoconfianza que se reflejaba en una sensación de total libertad cradora. A la juvenil vanguardia, florecida a la sombra de una República oligárquica y anacrónica, sucedió un puñado de jóvenes preocupados con el presente del “país del futuro”, sonriente y eterno. Es en los fragmentos de una imagen nacional dividida, entre contradicciones que se acumulaban por todas partes y que la Revolución del 30 sólo había intensificado con la instauración de la dictadura de Vargas, que debemos leer el prólogo de *Serafim*, escrito y publicado en 1933. La relación de odio-amor que el autor mantiene con su obra queda esclarecida en aquellas frases en que Oswald declara que *Serafim* pertenece a una fase de su vida en la que él se comportaba como un “clown de la burguesía” —cuando por ejemplo el *enfant-terrible* escribe las *Memórias sentimentais de João Miramar* (1923)— y que todo el libro sin retoques debería ser tomado como el “Epitafio” de lo que su autor fue. Oponiéndose a su propia obra con tanta pasión como la que lo llevara a su escritura —como avergonzándose de ella—, Oswald en un gesto parece ignorar sus reales conquistas literarias y centraliza sus preocupaciones en una justificación/detracción del contenido de su novela, dejando de lado su estructura narrativa y sus hallazgos estilísticos. Estos dos últimos manifiestan una agilidad metonímica sorprendente y una diseminación del nivel paródico del discurso, y siguen ofreciendo un patrón de capacidad inventiva en la elección de los recursos literarios. Tanto el montaje de las unidades del libro —que debe mucho al lenguaje cinematográfico y a la estética cubista—, como la disposición del nivel de “silencio semántico” donde se ejercita el lector y que viene diseminado a lo largo del libro, son operaciones de genio indiscutible. Además de eso, cabe decir que existe otro punto en pro de *Serafim*: al ser un experimento lingüístico-literario, fácilmente se lo podría insertar en un linaje ibérico de libros de viajes. El ancestro visible de *Serafim* es el ex soldado, ex pirata y ex es-

clavo Fernão Mendes Pinto, cuya *Peregrinação* es la mayor obra portuguesa en prosa del Siglo de los Descubrimientos. Detrás del humor irreverente que desprenden los epígrafes tomados de la *Historia de la conquista espiritual de América*, del jesuita Montoya —que en el libro precede al festín antropofágico, última de las unidades —episodio y final— y reinicio posible de *Serafim*— o de la *Historia trágico-marítima*, de Gomes de Brito, viene enmascarada una conciencia de *gênero* que enriquece al relato.

El héroe, o anti-héroe si así lo prefieren, pasa buena parte del tiempo narrado explorando continentes, puertos y costumbres exógenos, en una búsqueda de la novedad y del placer como sólo es dado a aquellos que de estos se mantuvieron alejados. Abrumado marido convencional, Serafim Ponte-Grande se enriquece con los despojos de una revolución liberal para después embarcarse rumbo a Europa y allí gastar sus fondos adquiridos a regañadientes. A partir de este momento el héroe está en el mar, en una “utopía del viaje permanente y redentor, en busca de la plenitud a través de la movilidad”, como dice acertadamente António Cândido.²

Si Oswald tenía definida esta prodigalidad de aspectos admirables en su obra, ¿por qué entonces en contra de ella lanza su bilis *partisan*? Excluyendo la posibilidad de que el prólogo a *Serafim* se haya constituido en otra *boutade* más, nos enfrentamos con el siguiente cuadro: Oswald se vio paralizado por la tensión creada entre el vanguardismo que había practicado hasta entonces y una explosiva conciencia del subdesarrollo brasileño, viendo en este caso los términos “vanguardia artística” y “subdesarrollo nacional” como irremediabilmente antagónicos o excluyentes. Sin embargo, lo que estos cincuenta años aclaran es que la fábrica del libro supera totalmente la confusión oswaldiana de aquel momento, y viene navegando a nuestro encuentro a través de aguas calmas. El “gran no —libro de fragmentos de libros”— como dice Haroldo de Campos—, inclusive por ejemplificar la discusión apuntada arriba, continúa ejerciendo un poder de atracción no menos que magnético en las generaciones actuales.

También Graciliano tenía una relación complicada con su *Caetés*. Este, como *Serafim*, fue escrito en la década de los veinte y no apareció sino hasta 1933. Es un libro de estreno literario, publicado a instancias de otros escritores amigos de Graciliano y, todavía más que *Serafim*, no llamó la atención fuera de restrictos círculos literarios. Los paralelos entre los dos libros no van más lejos. Si *Serafim* tiende al más arrojado modernismo y tiene su filiación estilístico-formal en una contemporaneidad vanguardizante internacional, si, en una palabra, su matriz (sin ningún sentido peyorativo) se encuentra en París, y palabras como “surrealismo”, “dadá” y “bricolage” están en el horizonte de su concepción, *Caetés* presenta un corte literario formalmente conservador, decimonónico. Al contrario de los modernistas del sur, preocupados por la invención de una “lengua brasileña” autónoma de la portuguesa, Mestre Graça quiere *escribir bien*; por esto el arsenal expresivo acumulado en la ex metrópoli le servía perfectamente y de ahí que no nos sorprenda verificar allí la presencia de un Eça de Queirós. Con el pasar de los años y la definitiva conquista por Graciliano Ramos del arte de la novela en obras que suceden a *Caetés*, como *San Bernardo* y *Angústia*, la sombra del gran escritor portugués se irá disipando, hasta volverse un residuo detectable en el cuidadoso ordenamiento sintáctico del discurso que siempre fue un rasgo dominante en su obra. En *Caetés*, a pesar de todo, la presencia de Eça es fundamental. En este libro, el personaje João Valério está es-

cribiendo una novela histórica que se desarrolla como un segundo plano narrativo que ejerce una función irónica en el texto. El esquema es análogo en *La ilustre casa de Ramírez*, libro póstumo del portugués publicado en 1900. Sin embargo —y fuera del ya mencionado corte decimonónico— las semejanzas terminan ahí. El queiroso Hidalgo de Ramírez ve publicada su novela histórica con éxito. La popularidad que ésta logra le garantiza no sólo un cargo representativo sino también una lucrativa encomienda colonial en África, después que sus raíces familiares son alegóricamente recuperadas en un antológico episodio. De acuerdo con la novela histórica como *gênero*, en Eça de Queirós asistimos a un proyecto de valorización de las fuentes nacionales.³ Lo contrario pasa en Graciliano.

Empero, el propio título de su novela nos remite a una realidad histórica (Caetés era la tribu indígena que practicó por primera vez el canibalismo, devorando a un jerarca portugués, el obispo Sardinha, que naufragó en las costas nortestinas en 1554) y la novela que escribe el personaje João Valério de *Caetés* está predestinada al fracaso, a no ser jamás completada, a la inversa de lo que ocurre en *La ilustre casa de Ramírez*. ¿Qué habrá querido significar con eso el autor?

La respuesta es compleja y exige una explicación más amplia y definida del mensaje de Caetés. Como intentaré aclarar, el libro se basa en una triple negación. La primera, como pudimos observar, está dirigida en contra del modelo de Eça de Queirós. Para Graciliano, la novela histórica no restituye el presente— o sea que no es suficiente un origen histórico-mítico para resolver el presente del personaje. En la novela, João Valério, corregidor mediocre de una casa comercial y habitante de una ciudad de provincia igualmente mediocre, se enfrenta con una pasión arrebatada por la mujer de su patrón. La clásica historia del triángulo se repite, llevando a los protagonistas a un final trágico, dado que el patrón termina por suicidarse e inexplicablemente los amantes se separan cuando todo parecía estar corriendo a su favor. El triángulo funciona como foco central de una narración enormemente preocupada por el nivel de reportaje, de representación de la vida provinciana. La novela histórica que el personaje intenta escribir aparentemente nada tiene que ver con la estructura del libro —la discrepancia entre el asunto antropofágico y la mezquindad del ambiente social en que transitan los personajes “reales” es tajante.

La antropofagia de los *Caetés* no puede ser practicada por João Valério a no ser figurativamente, pues, como bien señaló Rui Mourão,⁴ la función narrativa del plano histórico es la de trabajar como catalizador de las frustraciones del personaje-autor. Este termina por convertirse en antropófago imaginario al dar canibalísticamente fin a todas las figuras humanas de su medio social en su novela histórica inacabada, empezando por su patrón rival amoroso, presagiando o deseando su muerte.

La segunda negación implícita en *Caetés* va directamente dirigida al Modernismo sureño, y notoriamente a la corriente “antropofágica” liderada precisamente por Oswald de Andrade, autor del *Manifiesto Antropófago* de 1928. Como sabemos, el evento del obispo Sardinha, mencionado anteriormente, está en la base del *Manifiesto* que Oswald, en su estilo, data “del 374 aniversario de la deglución” del infeliz portugués. El *Manifiesto*, bebiendo en fuentes europeas —acordémonos del *Manifiesto Caníbal* de Francis Picabia de 1920⁵— bregó por un retorno al primitivismo amerindio, lejano de la moral cristiana y occidental, en una búsqueda de una “Edad de Oro” mítica, en la cual estarían

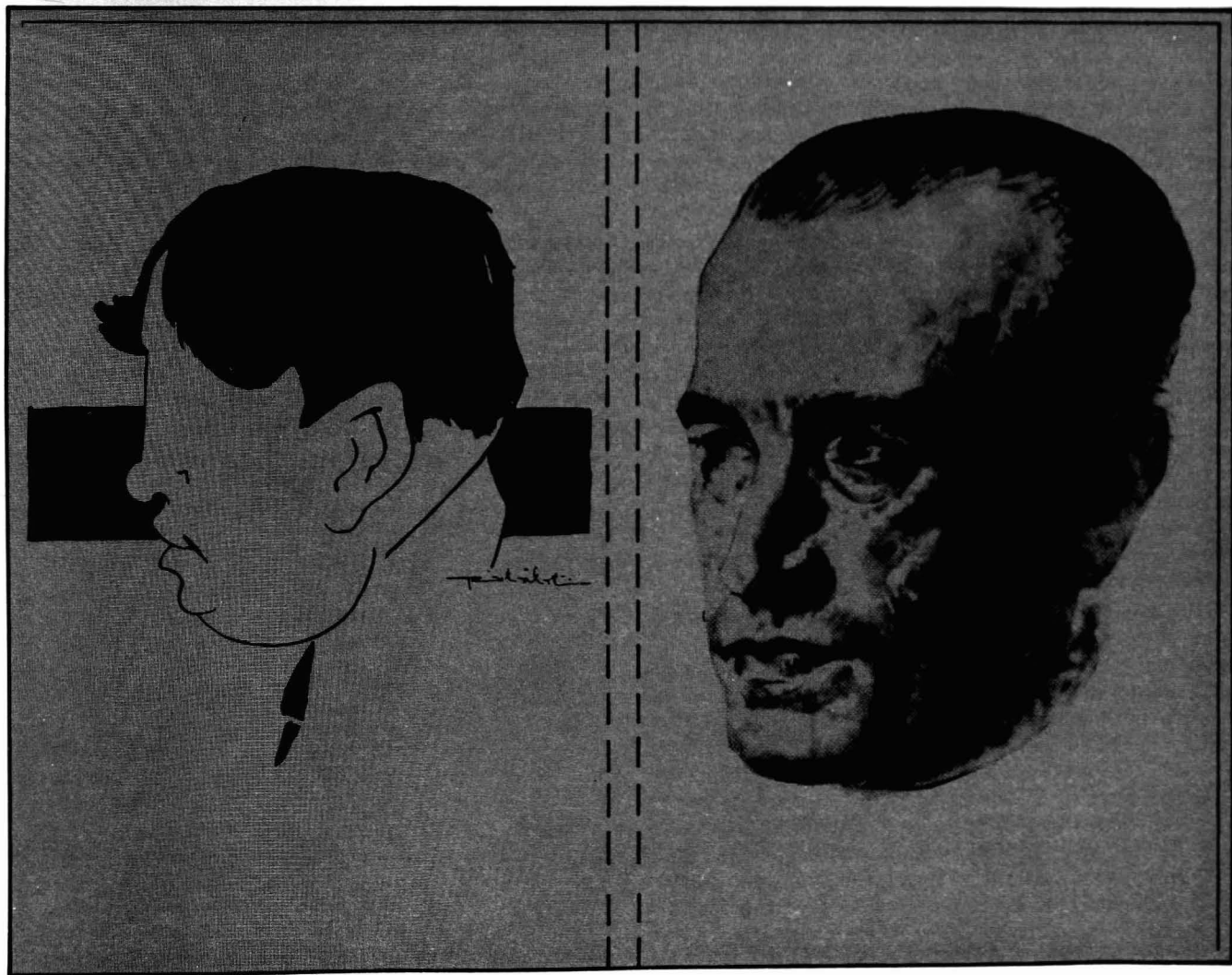
ausentes todas las represiones, neurosis y conflictos del mundo contemporáneo. Teniendo en cuenta el fracaso de la novela histórica en *Caetés*, esa postura anarco-modernista pasa por puro dandismo intelectual alentado por los sureños "importadores de Marinetti", como dice ácidamente Graciliano.⁶ La metáfora antropofágica en términos oswaldianos carece de fundamento porque está demasiado distante de la realidad experimentada por Graciliano e igualmente ausente de su universo estético. Al signo positivo con que el modernismo valorizó esta metáfora, Mestre Graça antepone uno negativo: João Valério "canibaliza" a una ciudad entera, mas sin ningún *glamour* (el *glamour* que está presente en todas las acciones —antropofágicas o no— de *Serafim Ponte Grande*).

El tercer "No" de Graciliano exige una atención especial del lector para ser detectado. En un reciente trabajo sobre el autor de *Caetés*, Rodríguez Monegal apunta el engaño en que caen aquellos que tienden todavía hoy a ver en Graciliano un escritor "regionalista".⁷ Se puede entender, considerando hoy el marco de la publicación de *Caetés*, que la clasificación de Mestre Graça haya incidido dentro de los límites del regionalismo de los años treinta. Desde la aparición del *Manifesto Regionalista* de Recife en 1926, imaginado por Gilberto Freyre y firmado por nombres prominentes de la intelectualidad nordestina, la producción novelística brasileña parecía sufrir una polarización entre "regionalistas" y "urbano-experimentalistas" (a imagen y semejanza de los "southerners", como el Faulkner de *Absalom, Absalom* y los

metropolitanos, como el Dos Passos de *Manhattan Transfer*).

En este caso, todo lo que vendría del calcinado nordeste brasileño cabría naturalmente en una categoría que, por basarse en una definición bastante geográfica, simplifica las diferencias de origen literario que singularizan autores y obras. *Caetés* fue visto, por ser entre los libros de Graciliano aquel que significa en el nivel topográfico, de nomenclatura, como una obra integrante del movimiento liderado por Freyre que quería afirmar y defender los valores locales. Desde mi punto de vista, Graciliano pretendía todo lo contrario. A la visión neo-romántica de Freyre —como veremos en seguida, cuando nos detengamos en *Casa-Grande*—, preocupada en trascender todo lo que fuese regional, Mestre Graça contrapone en *Caetés* un retrato conciso y sórdido de la mezquindad provinciana absolutamente "intrascendentalizable". Tácticamente, Graciliano solapa la base del discurso regionalista al destituir de la "región" todo interés específico, al no "emocionarse" por ella.

Caetés tiene así, para Graciliano, un papel fundamental que el escritor una y otra vez no supo o no quiso valorizar. Para él, *Caetés* era un sublibro, un esfuerzo mal acabado de principiante. Empero, sin el apuntado tripié de negaciones —al modelo europeo y a un género concreto, el de la novela histórica, donde el pasado es la llave del futuro, al vanguardismo cosmopolita del sur de Brasil, que en su versión oswaldiana pedía el retorno mítico a una edad "matriarcal" apagada en el presente de la sociedad y, finalmente, a la postura



regionalista en la literatura que, al intentar recuperar una memoria inefable ve, subrepticamente, una vez más la ascendencia del pasado sobre el presente—, Mestre Graciliano quizá jamás hubiese llegado a precisar la especificidad de su escritura dentro de la literatura brasileña, pues, como bien apuntó Wilson Martins, el centro de la preocupación de Graciliano coincide con una posición de moralista pertinente a la universalidad de la manifestación del “bien” y del “mal” en el presente de sus personajes, muy lejos de estrictos límites regionales.⁸ Sin *Caetés* no habría *San Bernardo* o *Angustia*, y sin este libro documento definidor de un lugar literario, Graciliano no podría ser considerado “sin concesiones”, como bien precisa Rodríguez Monegal, el eslabón entre Machado de Assis y Guimarães Rosa.

¿Y *Casa-Grande*? Podrá parecer fuera de lugar hablar de un libro de sociología en el ámbito de un ensayo sobre literatura. Estoy en desacuerdo. Lo que hace que una obra sea literaria, a mi modo de ver, no es propiamente su origen literario, sino el uso que los escritores hacen de ella en el universo de la literatura, como también su calidad en el empleo del lenguaje. En resumen, lo que hace literaria a una obra es su “literaridad” y no su rotulación. En *Casa-Grande* hay una intención literaria que es ilustrada tanto por el hecho de que su autor prefiera ser considerado como escritor y no como sociólogo cuanto por el papel de catalización literaria que esta obra presenta junto a un grupo de intelectuales nortescos “regionalistas”. Hubo, entonces, una lectura literaria de *Casa-Grande*. Pero antes que pasemos a ella, es preciso abreviadamente contextualizar al libro en un contexto sociológico.

Escaparía de la naturaleza de este ensayo precisar todo el impacto de *Casa-Grande*. En pocas palabras, ésta se constituye en un marco que está en contra del raciocinio sociológico imperante en lo relativo a las relaciones raciales en el Brasil en el periodo que va de 1880 a 1920, clasificado como “racismo científico”. En el horizonte de *Casa-Grande* está el deseo de ver de frente la realidad brasileña, llevando a colación términos entonces chocantes como sexualidad y relaciones extraconyugales entre blanco y negro. *Casa-Grande e Senzala* es parte, en lo que toca a lo que indaga el proceso de formación de la identidad nacional, del ciclo del libros contemporáneos que se preocupan por trazar “retratos” del Brasil.⁹ No obstante, en términos sociológicos, se puede señalar a pesar de todos sus aspectos innovadores una gran falta en el libro: la inexistencia de un análisis de clase para iluminar cuestiones raciales, como bien observó Dante Moreira Leite.¹⁰ Este desliz se vuelve más evidente si comparamos el análisis freyriano al de Caio Prado Jr., también en un libro de 1933, la *Formación económica del Brasil* que, por motivos obvios, supera los límites de este ensayo.

La ascendencia de Freyre, como vimos anteriormente, data de la aparición del *Manifesto Regionalista* de 1926. El *Manifesto* cristaliza inquietudes que tienen su origen en la estadía de Freyre en el sur de los Estados Unidos y se constituye en el puente para la escritura de *Casa-Grande*. Alrededor de él están reunidos nombres como Raquel de Queirós, José Lins do Rêgo y Jorge de Lima, todos embarcados en un proyecto de autoidentificación y de recuperación de las fuentes regionales. Este proyecto generacional debe tanto al naturalismo —en su preocupación de retención mimética de la realidad del medio social y geográfico—, cuanto a un abordaje más psicológico que podríamos remitir al esfuerzo literario proustiano en la búsqueda de un tiempo perdido. Es precisamente a través de Jorge de Lima que Gilberto

Freyre lee a Proust, y, sin duda alguna, el punto de vista de *Casa-Grande e Senzala* está marcado por la noción de la *durée* proustiana. En Freyre, la intención de hacer cohabitar un discurso científico con uno literario resulta evidente. Si con relación al primero se puede argumentar que *Casa-Grande* deja pasar o disminuye la importancia de sistemas analíticos lógicamente pertinentes al asunto tratado —esclavitud—, con relación al segundo lo que se observa es una inversión de la ecuación proustiana. El interrogante e interlocutor de Proust es el Tiempo; lo que busca el francés es su esencia y su dimensión. Gilberto Freyre no va tan lejos: cuestiona el producto del tiempo, su aspecto aparente, su materialidad. ¿Qué hay detrás de esta inversión?

Varias generaciones de intelectuales brasileños, que han estudiado con *Casa-Grande*, enfatizan su carácter “clasista enmascarado”. No existe en Freyre la demostración del desgaste temporal; a la *recherche* freyriana le faltó el esencial último volumen de la *recherche* proustiana —*Le Temps Retrouvé*—, en donde el tiempo reencontrado muestra el reverso de una evocación constante y deformadora. En Freyre, por detrás del discurso para-científico, existe una aproximación nostálgica al fenómeno temporal que, en términos estilísticos, está asociada a una difícilmente controlada prolijidad. Si en *Serafim* vimos un uso experimental del lenguaje al control de los recursos lingüísticos, que será la tónica de Graciliano en su madurez como escritor, en Freyre, en cambio, hay un desbordamiento que, si en momentos parece vivaz y elegante, en otros se vuelve aburrido y reiterativo. A pesar de sus reales contribuciones al pensamiento brasileño de este siglo, *Casa-Grande* y *Senzala* es leída tanto por lo que muestra cuanto por lo que esconde. Por detrás de su máquina discernimos un designio *revivalist*, al fin y al cabo negador del devenir temporal —como en todas las manifestaciones del *revival*, sea en la arquitectura, las artes plásticas o en la literatura. Por todo esto, de los tres libros publicados hace cincuenta años, y tratados aquí, *Casa-Grande*, que fue un éxito inmediato, al contrario de *Serafim* o de *Caetés*, aparece como el menos resistente al examen del tiempo.

Notas

1. Sigo la división apuntada por Haroldo de Campos en su “Serafim: Um grande No —Livro”, prólogo a la 6a. edición publicada de *Oswald de Andrade — Obras completas Vol. II*, Civilização Brasileira, Rio de Janeiro, 1980; págs. 101-125;

2. in: Antonio Cândido, *O Observador Literário*, Comissão de Literatura, São Paulo, 1959, pág. 91, cit. in Haroldo de Campos, *op. cit.*;

3. Sobre *La ilustre casa de Ramírez* véase el capítulo V— “The Temptations of Pastoral” — del amplio estudio de John Alexander Coleman sobre *Eça de Queirós: Eça de Queirós and European Realism*, Gotham Library of the New York University Press, New York, 1980, pág. 247-284;

4. Rui Mourão —*Estruturas. Ensaios sobre o romance de Graciliano Ramos*. 2a. ed., Rio de Janeiro, Arquivo Editora e Distribuidora, 1971; págs. 27-52 (“Caetés”);

5. Véase a este propósito Benedito Nunes, *Oswald Canibal*, São Paulo, Perspectiva, 1979, especialmente el primer capítulo “Antropofagia e Vanguarda —Acerca do Canibalismo Literário”, págs. 7-39;

6. Léase *Fortuna Crítica*, editada por Sonia Brayner, Rio de Janeiro, José Olympio Ed., 1977;

7. Vide — Emir Rodríguez Monegal: “Graciliano Ramos y el regionalismo nortescos” in: Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Época, No. 30, octubre de 1983; págs. 34-42;

8. in Wilson Martins: “Graciliano Ramos, o Cristo e o Grande Inquisidor”, apéndice a la 12a. edición de *Caetés*, Rio de Janeiro, Livraria Martins Editora, 1976;

9. Véase la periodización estipulada por Carlos Guilherme Mota, en *Ideologia da Cultura Brasileira*, São Paulo, Atica, 1977, in “As Marcas do Progresso” —Redescobrimiento do Brasil (1933-37), págs. 27 y ss;

10. cit. in Carlos Guilherme Mota, *op. cit.*, pág. 31 y ss;

JUAN ARTURO BRENNAN

NOBILISSIMA VISIONE

A Gabriela

Era la alborada de los brujos, y un sol gris y nebuloso asomaba tras la montaña; Torvaldo y Dorliska despertaban apenas de su sueño. El viaje a través de la tierra de temporal había sido largo y cansado, y apenas la noche anterior habían abandonado el carnaval de Aix. Dorliska conservaba aún la máscara que la dama blanca había colocado sobre su rostro; alrededor del cuello de Torvaldo colgaban las tres piezas en forma de pera que había ganado en los juegos acuáticos.

Torvaldo se levantó y rodeó lentamente la roca tras la cual se habían refugiado para pasar la noche. Tendió la vista hacia el horizonte y la opaca luminosidad hirió sus ojos.

—Cuán bello brilla el lucero matutino —murmuró.

Sin apresurarse, volvió donde Dorliska. Ella se había quitado ya la máscara, y su pálida piel despedía difusas fluorescencias. Torvaldo se acercó a ella y le acarició la frente, diciéndole:

—Amor che deggio far...

Dorliska sonrió dulcemente, tomó la mano de Torvaldo y la colocó sobre su pecho. Cerrando los ojos, murmuró:

—Con ché soavitá.

Permanecieron así largo tiempo, hasta que la sombra de la roca comenzó a desaparecer. Dorliska abrió los ojos, soltó la mano de Torvaldo y se levantó. La alborada, en su inexorable evolución, dejaba paso al canto de las colinas.

Descendieron la ladera de la montaña y llegaron al paraje de Egdon, donde la multitud estaba congregada creando un ambiente festivo más alegre que el del carnaval que habían dejado atrás. A la entrada del paraje, se jugaban los juegos venecianos a la sombra de la estatua de Almira. Mientras las parejas jugaban, la hija del tambor mayor llevaba el compás en un enorme timbal de bronce. Torvaldo dijo al verla:

—Mucho ruido y pocas nueces.

Abriéndose paso entre la muchedumbre, Torvaldo y Dorliska se acercaron al Santo Sepulcro, que estaba rodeado de peregrinos y penitentes. Sobre la enorme lápida, la Péri entonaba las letanías a la virgen negra; la cacofonía se mezclaba con el cántico de los tres adolescentes, que más allá del sepulcro llevaban a cabo sus juegos tonales. Torvaldo y Dorliska se apartaron rápidamente, tapándose los oídos.

En el otro extremo del paraje de Egdon, sobre una pequeña colina, Magister Josephus impartía cátedra, pero sólo las piedras del camino lo escuchaban. Torvaldo y Dorliska se sentaron frente a él para oír. En la túnica de Magister Josephus estaban grabadas tres pequeñas liturgias de la presencia divina, y su larga barba cobriza estaba hecha de expresiones contrastadas. La voz de Magister Josephus era como un canto de Orfeo, y decía:

—Génesis, la más arcana de las muertes, la vida breve apenas armonizada por las canciones amorosas, y las metamorfosis que se convierten en redes que atrapan a la conciencia y que hacen que todas vuestras meditaciones sobre el Eclesiastés se conviertan en una toccata giocosa a la memoria de un caminante. ¡Oíd! ¡Oíd los gritos del mundo y las derivaciones del tiempo!

Magister Josephus descendió entonces de la colina y se acercó a Torvaldo y Dorliska. Los envolvió con su dulce mirada y les dijo:

—Buscad y hallaréis. Abrid las puertas y os será dado entrar. Preguntad y se os responderá todo en el viento de primavera. Despertad y tendréis en vuestras manos las metábolos y los pétalos caídos.

Después de decir esto, Magister Josephus dio la vuelta y comenzó a alejarse lentamente, hasta desaparecer. Torvaldo lo siguió con la vista y luego volvió la mirada confusa hacia Dorliska. Pero ella sí había comprendido. Señalando hacia el infinito, le dijo a Torvaldo:

—Ese es el camino del jardín del paraíso.

Entonces, ambos se levantaron y emprendieron el vuelo nocturno en busca de nuevas aventuras.

Transcurrieron las horas seculares e instantáneas y volvió a amanecer. Torvaldo y Dorliska habían hallado la ruta de Magister Josephus y se encontraban ya en el centro del Octandro. Ante ellos había dos cajas en forma de tetragono. La primera era de marfil blanco; la segunda, de ébano negro. Torvaldo abrió la caja de marfil; en su interior halló seis metamorfosis según Ovidio. Dorliska se asomó a la caja, hizo un gesto negativo y la cerró. Luego abrió la caja de ébano y sonrió: en la segunda caja estaban los cinco manuscritos pnakóticos. Dorliska sacó los manuscritos, y en ese instante, las dos cajas desaparecieron. Torvaldo y Dorliska se dirigieron entonces a la cueva de Santa Ana para descifrar los manuscritos. El interior de la cueva estaba oscuro, pero al entrar ellos se iluminó con una incandescencia azulosa y fría. Ambos se sentaron sobre una roca y tomaron entre sus manos el primer manuscrito. En la cubierta había un hexagrama y un título: DE NATURA SONORIS. Abrieron el manuscrito y las imágenes salieron como un torrente.

En un gran anfiteatro de plata, los enanos bailaban tientos, acompañados por una extraña orquesta que interpretaba una fantasía casi rossiniana. En el coro, sobre el anfiteatro, un grupo de gárgolas interpretaba selecciones del Musick's Handmaid, al tiempo que las cariátides coreografiaban las danzas de Galanta. El estruendo crecía, y el bullicio amenazaba con romper la disonancia del concierto galante. Entonces, Dorliska cerró el manuscrito y lo dejó a un lado.

Torvaldo tomó el segundo manuscrito; sobre la primera página, en letras doradas, había una inscripción: COMMOTIO. Un tanto temeroso, Torvaldo abrió el manuscrito.

En el interior, la confusión era enorme; en lo que parecía un campo de batalla, Pierrot Lunaire cabalgaba frenéticamente sobre un caballo de bronce. Detrás de él, los Bandar-Log formaban un grotesco cortejo. A coro, los Bandar-Log recitaban proverbios alemanes de vida y muerte, creando un horrible estruendo. Afortunadamente, Pierrot Lunaire y su séquito se perdían en la bruma, y Torvaldo aprovechó esto para cerrar el manuscrito y dejarlo a un lado.

La incandescencia de la cueva comenzó a disminuir; Torvaldo y Dorliska debían darse prisa en conocer los manuscritos restantes. Dorliska tomó el tercer manuscrito y lo colocó sobre su regazo. El título del manuscrito estaba configurado por suaves letras líquidas que cambiaban constantemente de forma, y decían: LACRYMAE. Dorliska abrió el manuscrito; ella y Torvaldo se inclinaron para ver mejor.

En el salón principal de una mansión de cristal, dos semi-dioses dialogaban suavemente. Uno de ellos era el Burgués Gentilhombre; el otro era el llamado Chanticleer por su dulce y diáfana voz. Cerca de ellos, la sirvienta, como ama, recostada en un diván de mármol rosáceo cantaba tres canciones de Carlos de Orléans, y las repetía una y otra vez. El Burgués Gentilhombre quería cambiar el amor por tres naranjas. Pero Chanticleer le pedía los diamantes de la corona. El diálogo continuaba y no se ponían de acuerdo; la sirvienta comenzaba la enésima repetición de las canciones. Entonces, Dorliska se aburrió y dejó el manuscrito a un lado.

Torvaldo ya tenía entre sus manos el cuarto manuscrito y observaba su cubierta. Las letras de arena decían sencillamente: TRIPLUM. En efecto, al abrir el manuscrito, vieron

tres escenas.

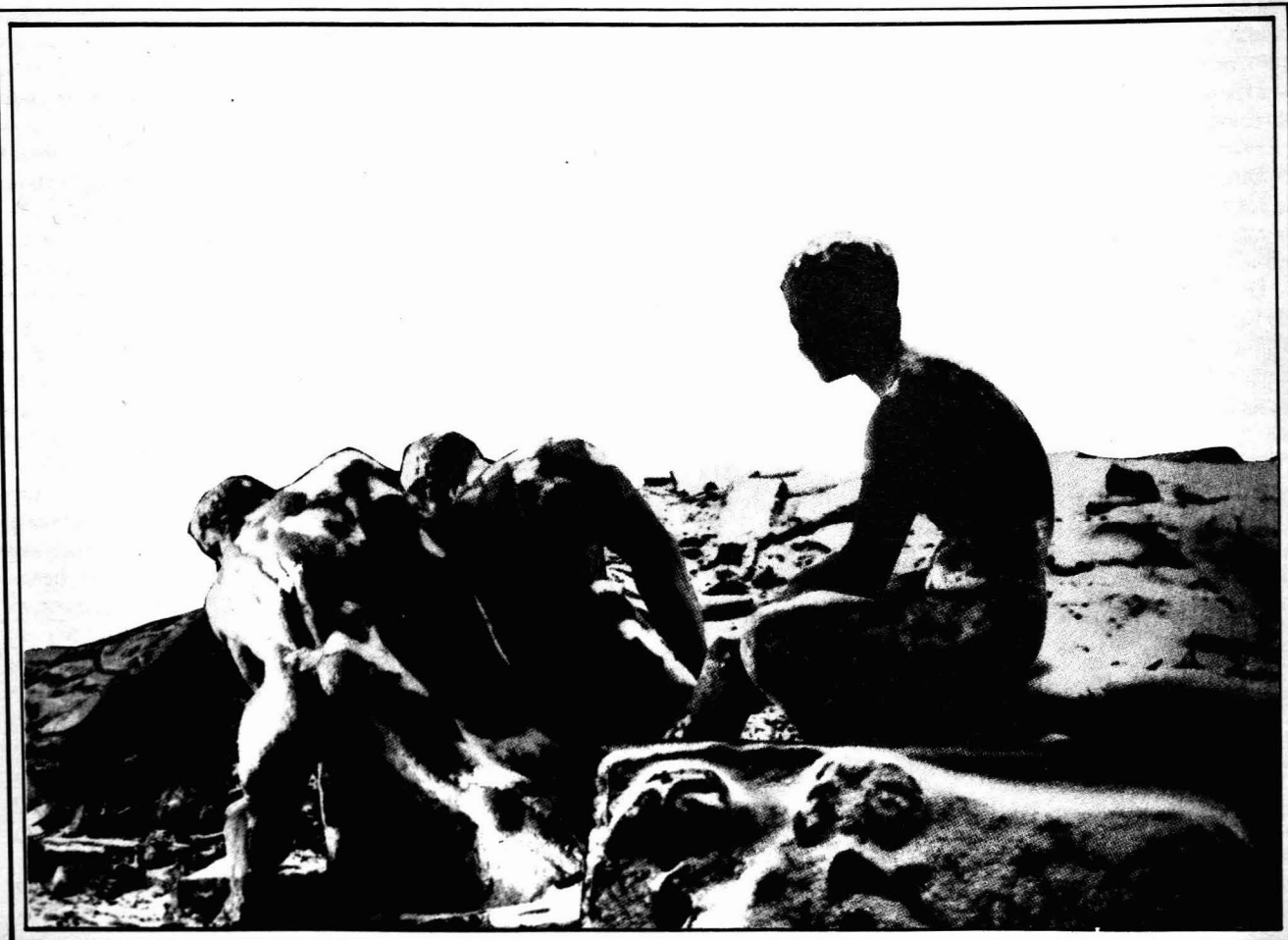
En la primera, sobre una playa de trigo segado, un pescador murmuraba un poema para una pequeña concha marina. En la segunda, Rita la tejedora observaba la campiña húngara a través de una ventana. En la tercera escena, Rita y el pescador estaban juntos, entregados a sus penúltimos pensamientos; cada uno de ellos llevaba una espiga de trigo en la mano y estaban sumergidos en un mar de pequeñas conchas marinas. Torvaldo cerró el manuscrito al tiempo que la incandescencia de la cueva comenzaba a disminuir con mayor rapidez.

Dorliska levantó el último manuscrito y miró el título; las negras letras góticas destacaban sobre el fondo purpúreo: DONA NOBIS PACEM. Torvaldo la apuró, y Dorliska abrió el manuscrito.

En el interior del manuscrito había una cueva iluminada por una incandescencia decreciente; sentados en una roca, Torvaldo y Dorliska miraban un manuscrito en cuyo interior había una cueva iluminada por una incandescencia decreciente; sentados en una roca, Torvaldo y Dorliska miraban un manuscrito en cuyo interior había una cueva iluminada por una incandescencia decreciente; sentados en una roca, Torvaldo y Dorliska miraban un manuscrito...

La incandescencia se desvaneció del todo y la cueva quedó sumida en la oscuridad. Torvaldo y Dorliska se levantaron y salieron, dejando tras de sí los manuscritos.

En el exterior de la cueva, todo cambiaba de forma, de color, de lugar. La diacronía se hizo presente y la Nada se precipitó sobre ellos. Era el ocaso de los dioses y el amanecer de la luz.



BERTA TARACENA

JOSÉ LUIS CUEVAS: UNA TRADICIÓN RECOBRADA



Página de estudios para *Intolerancia*, 1983

Por ser un gran maestro del signo, la obra gráfica de José Luis Cuevas constituye una aportación al arte del grabado contemporáneo. Su genio para exaltar el objeto e interpretarlo con los efectos visuales llamados “fuera de campo”, lo hacen destacar como un renovador del grabado de las últimas décadas a través de la imagen superreal.

Enclavada su obra en la antigua tradición gráfica de las estampas religiosas y de la ilustración profana que llegó de Europa a América al servicio de la colonización española y lusitana, Cuevas hereda un rico legado en formas y contenidos. Desde principios de la Colonia se practican en México y en América Latina técnicas preciosas: grabado a buril, punta seca, aguafuerte, mezzotinta, aguatinata, apareciendo

más tarde a fines del siglo XVIII la litografía basada en procedimientos diferentes.

Es fácil advertir tras un grabado de Cuevas toda esta tradición pulida y fantástica, una de cuyas cúspides es José Guadalupe Posada. Posada es uno de los primeros artistas americanos en crear un grabado afirmativo en sus raíces populares al ilustrar los sucesos cotidianos con un sentido brillante y traducible. Él encontró el camino hacia el pueblo con las hojas volantes, popularidad que es mantenida por Cuevas, considerándose su obra gráfica un arte esencialmente popular, de comunicación inmediata.

Esto ocurre sobre todo porque Cuevas coincide con Posada y con otros grabadores anónimos en su tarea crítica desmitificadora de lo establecido. También es paralela su obra a la de los muralistas, conservándose en su obra gráfica el más alto de los ideales revolucionarios, o sea: la originalidad de un arte propio. Dice Orozco en su *Autobiografía* que “en las épocas pasadas el mexicano fue un pobre sirviente colo-

Texto publicado en inglés en el catálogo de la exposición de obra gráfica de Richard Hamilton (Inglaterra), James Rosenquist (Estados Unidos), Akira Kurosaki (Japón) y José Luis Cuevas (México) titulada: *Contemporary Masters: The World Print Awards*. (Consejo Mundial del Grabado / Museo de Arte Moderno de San Francisco, octubre-diciembre de 1983).



Las Cuevas de Zugarramurdi, 1983

cierto carácter festivo. La calavera no asusta a nadie, puede ser de azúcar o puede servir de adorno en la mesa del estudiante de medicina y en México, además, esta imagen se usa para burlarse de las celebridades. “Todas las calaveras son iguales, desprovistas de carácter humano, individual, por eso no me conmueven”, dice el artista. Él, en cambio, como algunos expresionistas alemanes y como algunos románticos del siglo pasado, pinta el cadáver, es decir el hombre poco después de su muerte. En esto es muy español y se siente más próximo a Goya (gran pintor de cadáveres) y alejado de Posada (que sólo dibujó calaveras).

Orden revolucionario

La humilde observación de los datos de la realidad es rasgo característico del grabado mexicano de los años posteriores a Posada (1920-45). Este arte de hecho observó la misma voluntad que la pintura y el dibujo de su tiempo, es decir, describir, afirmar el paisaje de México y sus caracteres humanos. Más tarde (1945-80) el grabado también fue un reflejo de transformaciones ocurridas en la pintura, adaptando a sus propios medios las necesidades expresivas que aquella denota, aunque con la aparición de nuevos talleres y otras ideas se pone el interés estético por delante del simple contenido, buscando los artistas involucrarse en problemas formales más complejos. En esta dirección, Cuevas es el gran innovador del grabado mexicano, al extraerle a las técnicas más diversas —litografías, aguafuerte, serigrafía— nuevos símbolos y una expresión similar a la barroca.

Sus aportaciones a la litografía, al combinarla con otras técnicas —grabado en madera, dibujo a pluma, collage— son importantes porque se consigue por estos medios mayor au-

tonomía formal y, por ende, independencia en el arte del grabado, que deja de ser una expresión secundaria limitada a producciones de difusión popular o a la ilustración para convertirse en obra maestra. Cuevas aporta igualmente un nuevo sentido a la gama figurativa de la temática del arte contemporáneo con los valores espirituales de su interpretación individualista, idea barroca y cósmica que se conecta directamente con los antecedentes plásticos del arte virreinal y precolombino, siendo esta trayectoria de largo alcance a la que los artistas mexicanos aspiran en décadas recientes. Por fin, en la obra de Cuevas se recaptura la tradición a través de la fantasía monstruosa y primitiva, propia del simbolismo de las esencias culturales mexicanas y por este camino el artista deja de ser regional para convertirse en universal, en enorme testigo de su tiempo.

En los años sesenta los grabadores jóvenes empezaron a participar en los eventos de gráfica internacional, destacando Cuevas a quien se le presenta en Washington en 1962 en una exposición retrospectiva de su estampa (1947-62) y quien obtiene dos importantes premios de grabado en Suiza y en la India. Desde entonces se suceden sus obras maestras como grabador. Obras en el nivel de cualquiera otra expresión plástica resultan *La gigante en el estudio de Matisse* (grabado, litografía y linóleo, 1971), *Los gigantes* (litografía en cinco secciones, 1971), *La rue des mauvais garçons* (litografía y grabado en madera, 1972), *La chambre étrange* (litografía, 1971) y otros grabados recientes como *La Renaudiere* (aguafuerte, 1976), *Los actores* (aguafuerte en color, 1976) *Cuadernos de París* (serigrafías, 1977), *Diez autorretratos* (técnicas diversas, 1978), *Autorretrato de 1978* (mixografía retocada). Son todas, escamas de un universo calenturiento y tenebroso, sacudido por un perpetuo movimiento.

PEDRO-PABLO KUCZYNSKI

LA DEUDA LATINOAMERICANA

I

¿Es este rumor que se escucha el presagio de una inminente segunda crisis de los países latinoamericanos y de otros países deudores, o es el inicio de la recuperación económica del mundo, que habrá de apartar gradualmente a los acreedores y deudores por igual del borde de un abismo financiero?

En este artículo empezaré por hacer un breve análisis de los elementos que hacen de la deuda latinoamericana un problema mucho más grave que el de la deuda de los países en desarrollo (o socialistas) de otras áreas. En seguida examinaré los acontecimientos ocurridos a partir del otoño pasado, que llevan a la conclusión de que actualmente se vislumbra una verdadera brecha entre los déficit de las cuentas corrientes de los países latinoamericanos y las fuentes de financiamiento externo que son necesarias para balancear esos déficit. A este planteamiento del problema le sigue una evaluación de los requerimientos generales y específicos para adoptar acciones concretas, incluyendo una revisión de las propuestas existentes y mis propias sugerencias específicas. Estas últimas incluyen medidas que podrían adoptarse a corto plazo para mejorar las perspectivas de una recuperación duradera. Mi tesis central es que el problema sigue siendo grave y que se necesita urgentemente tomar medidas adicionales y elaborar planes para prevenir posibles eventualidades.

II

El problema de la deuda de los países en desarrollo es principalmente un problema latinoamericano. El tamaño relativo de la deuda de la región es mucho mayor que en el caso de otras áreas en desarrollo; su composición (dos terceras partes proceden de la banca comercial) le confiere vencimientos a corto plazo y tasas de interés comerciales; los ingresos por conceptos de exportación con los cuales se pudiera dar servicio a la deuda son modestos en relación con el monto de ese servicio. Estos factores demuestran que es poco probable que los graves problemas económicos que la mayor parte de

Pedro-Pablo Kuczynski es presidente de la First Boston International y director administrativo de la First Boston Corporation. De 1980 a 1982 fue Ministro de Energía y Minas del Perú. Anteriormente prestó sus servicios en el Banco Mundial, en el Fondo Monetario Internacional (FMI) y en la Corporación Financiera Internacional; en el sector privado ha sido socio de Kuhn, Loeb y Co. International, y presidente de Halco Mining, Inc., en Pittsburgh. Es autor de *Peruvian Democracy under Economic Stress: An Account of the Belaunde Administration, 1963-68*. Las opiniones expresadas en este artículo son personales. El autor agradece a la Dra. Elizabeth K. Rabitsch, de la First Boston, por la ayuda proporcionada en relación con los antecedentes de este artículo.

© Foreign Affairs

los países latinoamericanos han enfrentado en el último año se extiendan, al menos con la misma fuerza, a otras áreas en desarrollo. Por otra parte, la concentración regional del problema significa que prácticamente todos los países de América Latina y el Caribe son considerados como uno solo por los prestamistas de la banca comercial, actitud que ha reducido drásticamente la entrada de capital a la región, sin tomar en cuenta las diferencias que existen entre los países, y haciendo mucho más difícil la tarea de recuperación. El hecho de que la deuda externa se haya formado a lo largo de la última década, aunque de manera especial en los últimos cuatro años, revela que el problema no sólo es cíclico, sino que es a largo plazo. Al igual que en una catástrofe natural, las medidas de emergencia constituyen el primer paso, seguidas posteriormente por la reconstrucción y la recuperación.

Las elevadas tasas de interés de 1981-82, junto con la inesperada intensidad y duración de la recesión internacional, que resultó en un grave deterioro de las condiciones del comercio de los países en desarrollo, fueron los factores que desataron la crisis de la deuda de 1982-83. A raíz de la crisis de la deuda de Argentina y México, se interrumpieron los otorgamientos de préstamos por parte de la banca comercial internacional, forzando, como era de esperarse, la renegociación de parte de la deuda externa de Brasil, Chile y Venezuela, así como de Ecuador, Perú y Uruguay con la banca comercial.

Se cree que los pagos de los intereses de 1983 sobre la deuda externa de los países de América Latina y el Caribe se aproximarán a los 40 mil millones de dólares norteamericanos, aun cuando las tasas internacionales de interés a corto plazo no se eleven más allá del nivel en el que estaban a la mitad del año. Esta cifra deberá cotejarse con la correspondiente al proyecto de exportación de mercancías de alrededor de 96 mil millones de dólares norteamericanos, comparada con 110 millones en 1981. Aunque pudiera lograrse una importante y pronta recuperación de los ingresos de exportación como resultado de un renovado crecimiento económico en los países industrializados, el monto de los intereses sería todavía muy elevado, y probablemente continuaría durante 1984 y 1985, a menos que hubiera una afluencia compensatoria de capital. El problema inmediato para los principales países deudores latinoamericanos es, por consiguiente, simple y serio: las fuertes salidas de capital no pueden compararse con sus entradas.

Aun cuando los países en desarrollo, cualesquiera que fueran sus niveles de ingresos, sufrieron intensamente las consecuencias internacionales de la recesión de 1981-82, el aspecto del problema relacionado con la deuda está concentrado básicamente en América Latina. Evidentemente, otras áreas en desarrollo tienen también importantes problemas relacio-

nados con la balanza de pagos. Gran parte del Africa subsahariana ha estado sumergida en un problema crónico relacionado con la balanza de pagos a partir de los aumentos en el precio del petróleo a principios de la década de los setenta. Algunos importantes países exportadores de petróleo, como Indonesia y Nigeria, se han visto atrapados en problemas financieros y económicos como resultado de la caída de los precios del petróleo y la reducción de los volúmenes exportables. Otros, como Corea, Filipinas y Yugoslavia han sido duramente golpeados por la recesión internacional. Sin embargo, el problema más importante producido por dicha recesión y por las elevadas tasas de interés de 1981-82 está concentrado en América Latina. Sólo Filipinas, de entre los países que aparecen en el cuadro, tiene niveles de adeudo comparables con los de los principales prestatarios latinoamericanos. (Ver cuadro I).

El problema no es sólo de estadística. El hecho de que la mayor parte de los bancos internacionales hayan reducido tan bruscamente el otorgamiento de nuevos préstamos para América Latina sin tener en cuenta las diferencias que existen entre los países, como no sean las operaciones relacionadas con la restructuración de la deuda y los programas de estabilización apoyados por el Fondo Monetario Internacional (FMI), ha tendido a precipitar los problemas relacionados con los pagos. Aun para los países poco endeudados, como Colombia y Trinidad Tobago, resulta difícil obtener nuevos préstamos. Afortunadamente, estas actitudes de los prestamistas, que han pasado del optimismo al pesimismo, no se han extendido a las economías de Asia, de suerte que en el momento actual no existe un gran riesgo de que la crisis de la deuda pueda llegar a generalizarse.

El hecho de que el problema de la deuda sea principal, aunque no exclusivamente un problema latinoamericano, queda ilustrado por dos aspectos importantes del cuadro:

- La proporción entre el monto de la deuda pendiente y el flujo de los ingresos por exportación de mercancías, que proporcionan las divisas para el servicio de la deuda —admitiendo que ésta es una medida muy simplificada de la carga de la deuda¹— es superior a tres a uno en el caso de América Latina, comparada con alrededor de uno a uno para el resto del mundo en desarrollo.
- Como resultado, este año (1983) los países de América Latina y el Caribe como grupo tendrán que dedicar, de acuerdo con las actuales tasas de interés, alrededor del 42% de sus ingresos por exportación de mercancías para pagar los intereses de su deuda externa, en comparación con un promedio del 12% para otros países en desarrollo. Esta proporción se aproxima al 50% para los grandes deudores como Argentina, Brasil y México. La situación puede compararse al propietario de una casa que tuviera que dedicar la mitad de su ingreso mensual a pagar los intereses de su hipoteca. (Estas cifras suponen que las tasas mundiales de intereses no se elevarán durante la segunda mitad de este año, y que los ingresos de exportación están parcialmente comprometidos.) Es obvio que los pagos de capital no están considerados en estas cifras. En relación con las deudas a mediano y a largo plazo, los pagos de capital representan aproximadamente otro 20% de los ingresos de exportación de América Latina en conjunto, con arreglo a los refinanciamientos que se han acordado o que están a discusión hasta esta fecha, en 1983.

III

Desde que México anunció, en agosto de 1982, que no podía cubrir el pago de capital sobre la deuda externa de sus sectores público y privado, se han desarrollado un gran número de hechos y tendencias importantes. Aun a riesgo de simplificar demasiado, estas tendencias pueden agruparse en negativas y positivas, a pesar de que sus interrelaciones son bastante complejas. Quizás la de mayor impacto, en el aspecto negativo, ha sido la brusca interrupción de nuevos préstamos de la banca comercial a casi todos los países latinoamericanos. De acuerdo con el Banco de Liquidaciones Internacionales (Bank for International Settlements, BIS), el flujo neto (después de los pagos) de los bancos comerciales a América Latina en la segunda mitad de 1982 fue tan sólo de unos 5 mil millones de dólares norteamericanos, principalmente debido al pago de anteriores obligaciones con Brasil, comparado con una tasa anual de aproximadamente 25 mil millones contando desde 1979 hasta la primera mitad de 1982.² Los flujos netos de los bancos en este año no pueden estar muy por arriba de los 8 mil millones, en gran parte como resultado de las concesiones netas de préstamos relacionadas con la restructuración de la deuda. Las cosas han cambiado verdaderamente para América Latina; los flujos netos de los otros países en desarrollo, especialmente en Asia, también han disminuido, aunque a un paso más lento. Ya que los bancos comerciales han sido los proveedores de más de las dos terceras partes de las entradas de capital de América Latina, no sólo durante los últimos tres años, sino durante la última década, esta interrupción crea serios problemas de ajuste. El cese de los nuevos otorgamientos netos de préstamos ha sido la causa directa de la incapacidad de Brasil para cumplir con sus pagos de capital después de diciembre de 1982 y de los subsecuentes problemas similares de Venezuela, Chile, Ecuador, Perú y Uruguay, además de los que existen en Argentina y México.

Un segundo aspecto relacionado con lo anterior fue la reducción del financiamiento comercial. Los prestamistas, particularmente los bancos más pequeños, lógicamente han reducido sus líneas de crédito para financiamiento de exportaciones e importaciones, y en algunos casos las han eliminado del todo. Los organismos oficiales de exportación, que desempeñan un importante papel en el financiamiento de equipos a mediano plazo, también han reducido sus líneas de crédito. Si bien no disponemos de estadísticas claras, la escasez de nuevos financiamientos, junto con la drástica recesión económica que tiene lugar en casi todos los países de América Latina y el Caribe, ha producido una brusca caída en las exportaciones de los países industrializados a América Latina, así como en las exportaciones entre los países latinoamericanos, y entre ellos y otros países en desarrollo. En el caso de Brasil, por ejemplo, la tercera parte de sus exportaciones en 1981 se destinó al resto de América Latina y otros países en desarrollo, principalmente en Africa y el Medio Oriente, todos ellos en crisis actualmente.

Las exportaciones de los países industrializados a América Latina, que representaban la tercera parte de sus exportaciones a los países en desarrollo que están fuera de la OPEP, se redujeron en un 21% en 1982 y continuaron reduciéndose en 1983. Las exportaciones de Estados Unidos a América Latina, que en 1981 eran equivalentes a dos terceras partes del valor de las exportaciones de Estados Unidos a Europa Occidental y duplicaban las de Japón, se redujeron también en la misma proporción en 1982. Esta caída de las

ventas de exportación, de 42 mil millones de dólares norteamericanos en 1981 a 34 mil millones en 1982, tuvo un costo directo de entre 100 mil y 130 mil empleos perdidos en Estados Unidos, y se continuó en 1983.³ Aun cuando América Latina absorbe únicamente alrededor de un 7% de las exportaciones de los países industrializados, la brusquedad de la caída de las exportaciones, que afecta en particular a las industrias que ya estaban en crisis, como las que fabrican equipos y maquinaria, es sin duda un obstáculo para la recuperación económica mundial. Para algunos países europeos, la caída de las ventas a los países en desarrollo podría, en este año, implicar la diferencia entre una leve recuperación económica y la ausencia total de crecimiento económico.

Un tercer punto es el grado de la depresión económica en América Latina. Durante cierto periodo de 1981, algunas economías, en particular la de México, se protegieron de la recesión mundial solicitando importantes préstamos del extranjero para financiar la inversión y el consumo públicos. Al suspenderse los otorgamientos de préstamos y adoptarse medidas de ajuste aplazadas por largo tiempo, como la devaluación y la reducción del gasto público, la recesión tuvo un doble impacto. Las devaluaciones tuvieron que ser mucho mayores que si se hubieran hecho en su momento, dando un tremendo ímpetu a la inflación. México tuvo una devaluación de alrededor de 400% (en términos de pesos por dólar) entre mediados de 1982 y mediados de 1983. En Argentina, Chile, Brasil y Venezuela han ocurrido devaluaciones similares durante el mismo periodo.

El efecto producido en el sector industrial privado, que en todos estos casos había recibido estímulos basados en las po-

líticas de las autoridades para pedir préstamos en el extranjero, ha sido devastador: las ventas internas, en algunos casos, han disminuido en 30-40% en términos reales, ya que los ingresos han ido a la zaga de la inflación. Esto ha reducido drásticamente la capacidad de las empresas de generar flujo de efectivo, en tanto que la cantidad necesaria en moneda local para el servicio de la deuda externa ha aumentado tres o cuatro veces en el último año. No es exagerado decir que buena parte de la gran industria privada de América Latina —para no mencionar a las empresas estatales crónicamente enfermas— está, efectivamente, en bancarrota. La intensificación de las barreras comerciales a nivel mundial, como resultado directo de la recesión internacional, agrava el problema.

La política de estimulación de las economías a través del gasto público alcanzó su máxima expresión en 1982; en Argentina, Brasil y México, los déficit del sector público en proporción al Producto Nacional Bruto (PNB) alcanzaron niveles de 14, 12 y casi 17% respectivamente. Los déficit de esta magnitud fueron la causa de grandes devaluaciones de los tipos de cambio, y esta combinación ha hecho crecer las tasas anuales de inflación, hasta 1983, a quizá 300% en Argentina, alrededor de 130% en Brasil y más de 100% (aunque está disminuyendo) en México. Estas cifras estratosféricas a la larga conducen a graves tensiones sociales y políticas. De manera inevitable, el proceso de fortalecimiento de las finanzas públicas crea por un tiempo una inflación y un descontento aún mayores, al elevarse los precios de las empresas públicas y los impuestos.

CUADRO I
ESTIMACIÓN DEL MONTO DE LA DEUDA DE ALGUNOS IMPORTANTES
PAÍSES EN DESARROLLO

(cantidades en miles de millones de dólares norteamericanos)

	(a) Total deuda externa, incluido lo no desembolsado. Fines 1982	(b) Exportación mercancía FOB estimada para 1983	(c) Relación de (a) a (b). Deuda a export.	(d) Interés estimado pagadero en 1983 como % de export. (b)
Argentina	39	9	4.3	50
Brasil	86	22	3.9	46
Chile	17	4	4.2	50
México	86	22	3.9	46
Venezuela	33	14	2.3	29
TOTAL AMÉRICA LATINA ¹	330	96	3.4	42
Argelia	15	12	1.3	14
Indonesia	22	19	1.2	21
Corea	37	24	1.5	18
Filipinas	21	5	4.2	48
Nigeria	11	12	0.9	11
TOTAL OTROS PAÍSES EN DESARROLLO ²	350	330	1.1	12

¹ Incluidos los países del Caribe y otros no enumerados.

² Todos los demás países en desarrollo, excepto las economías centralmente planificadas y los países de Medio Oriente que pertenecen a la OPEP.

FUENTE: Deducido por el autor, del Bank for International Settlements, *Maturity Distribution of International Bank Lending* (July 1983); Morgan Guaranty Trust Co., *World Financial Markets* (June 1983); Fondo Monetario Internacional, *International Financial Statistics*, varios números, y Banco Mundial, varios *Annual Reports*.

NOTA: Estos cálculos están sujetos a error, y deberán emplearse con cuidado.

Nadie puede negar la urgente necesidad de una cirugía financiera mayor, particularmente en los tipos de cambio y en las finanzas públicas. Sin embargo, el carácter repentino y las dimensiones de las medidas requeridas, además de la carencia de una entrada importante de capital externo que ayude a realizar el ajuste, está creando una mezcla potencialmente explosiva de reducción de ingresos, aumento del desempleo e inflación galopante. Para América Latina en conjunto, 1983 fue el tercer año sucesivo de disminución del ingreso real por persona. Calculo que a lo largo del periodo 1981-83 el ingreso real por cabeza habrá disminuido en un 10%, y en porcentajes mayores en los grupos de medianos y bajos ingresos, como los trabajadores del gobierno y los trabajadores de servicios no sindicalizados. Las tasas de desempleo, que son realmente muy difíciles de medir en América Latina, probablemente oscilan cerca del 20% en los principales centros industriales como Buenos Aires, la Ciudad de México, Sao Paulo y Santiago, sin contar el desempleo indirecto de la gente que no trabaja de tiempo completo o que vende billetes de lotería y baratijas en las esquinas.⁴ Con el debilitamiento gradual del sistema de familias extendidas que ayudan a sus parientes, y sin contar con seguros de desempleo, esas cifras no podrán sostenerse por mucho tiempo.

¿Por qué no ha habido un estallido social hasta ahora? No existe una respuesta sencilla o general. En el caso de México, por ejemplo, el rápido aumento de los ingresos hasta 1981 ha suavizado un tanto la situación, de la misma manera que la emigración temporal o permanente a Estados Unidos. Una tradición y una organización política bien disciplinadas, con un cercano control de los principales sindicatos, han permitido al gobierno mantener los ajustes salariales tras de los aumentos de los precios, elemento clave en la lucha contra la inflación. En otros casos, la falta de reacciones aparentes puede provenir de lo repentino del cambio, que ha dejado a las poblaciones atónitas, por así decirlo. Otro elemento ha sido el análisis sostenido de los aspectos económicos en la prensa que, como resultado del aumento de la capacidad de leer y escribir en las zonas urbanas, ha creado conciencia de la magnitud de los problemas económicos que se enfrentan. El nuevo Ministro de Finanzas de Perú, por ejemplo, recibió una respuesta pública tan favorable como inesperada, a principios de 1983, a su programa, en el que reduce al máximo el gasto público. Sin embargo, en términos generales, si falta el pan en la mesa, estos aspectos positivos pueden, con el tiempo, ser anulados por las fuertes tensiones sociales. La combinación de inflación, desempleo y disminución de los salarios reales proporciona un terreno propicio para tales tensiones. Generalmente los estallidos no se anuncian.

Desde el punto de vista positivo, el acontecimiento más importante del año pasado fue el deseo incuestionable de casi todos los gobiernos de poner orden en sus estados financieros. Brasil tomó esa decisión desde diciembre de 1980, pero se necesita tiempo y un ambiente internacional acogedor para tener éxito. Todos los gobiernos de las principales economías de la región han dado pasos importantes, y en algunos casos drásticos, en los últimos seis a nueve meses. Sin duda, la interrupción de nuevos préstamos importantes por parte de los bancos comerciales ha constituido el principal estímulo para tales medidas. Sin embargo, esa interrupción es también la mayor interrogante sobre la posibilidad de que los programas de estabilización puedan tener éxito dentro de un periodo razonable. Volveremos más adelante sobre este importante problema.

El otro aspecto positivo, aunque también condicionado, es

la disminución de las tasas de interés a nivel mundial desde mediados de 1982. El tipo interbancario de Londres para depósitos a seis meses, que ha sido la base para la mayor parte de los préstamos bancarios internacionales, descendió desde un 16% en junio de 1982 hasta un 10% en el último trimestre de 1982. Después de un ligero descenso durante el primer trimestre de 1983, la tasa había vuelto a aumentar hasta un 10% para mediados del año y se elevó después hasta el 11% a mediados de agosto de 1983. Sin embargo, dos puntos condicionan este progreso: el importante aumento de las comisiones bancarias por encima de esta tasa básica, y la incertidumbre que rodea a las futuras tasas de interés.

El aumento de las comisiones bancarias es particularmente importante en el caso de México, que pagaba márgenes muy bajos sobre la tasa interbancaria. Con las nuevas comisiones, México paga alrededor del 13% a mediados de 1983 sobre el refinanciamiento de su deuda (que asciende a cerca de 40 mil millones de dólares norteamericanos de los 60 mil millones en deuda de tasa variable). Este nivel resulta de tres cambios: la tasa básica es ahora (según la opción de los prestamistas) la tasa prima sobre préstamos en Estados Unidos, que generalmente es más elevada que la tasa interbancaria (que es una tasa de intereses sobre depósitos); la dispersión sobre la tasa básica se ha elevado sustancialmente, y se han agregado a los refinanciamientos y a los nuevos préstamos relacionados con ellos diversas tarifas adicionales. En los refinanciamientos negociados para Argentina, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Uruguay se incluyen comisiones similares.

La mayor parte de estos países estaban ya pagando costos más elevados que México, por lo que el efecto producido en ellos por los cambios es menor. Además, existen razones que explican esos cambios: las tarifas del manejo de los nuevos préstamos son las normales (aunque las nuevas comisiones se cargan al lado más elevado), y el cambio a una opción a una tasa prima básica era importante a fin de convencer a los bancos regionales más pequeños de Estados Unidos de que mantuvieran los préstamos. Por otra parte, el argumento de que el alza de las comisiones se justifica debido a que los deudores ahora representan mayor riesgo es más discutible. En primer lugar, el riesgo se vuelve difícil de medir cuando un deudor no puede dar servicio a su deuda; ninguna prima puede compensar ese riesgo. De hecho, en el caso de las principales corporaciones norteamericanas y canadienses que han sufrido reestructuraciones de sus deudas en los últimos años, la tasa de interés cobrada por los bancos durante el periodo de reorganización a menudo ha estado *por debajo* de las tasas comerciales. Estas corporaciones han estado representadas por asesores financieros independientes de los bancos: hasta ahora, la mayor parte de los deudores latinoamericanos no han querido desatar antagonismos frente a sus prestamistas contratando asesores financieros independientes, a pesar de que la historia de los refinanciamientos hechos hasta el momento demuestra que una opinión del exterior pudo haber sido valiosa en relación con las posibilidades realistas de dar servicio a la deuda.

El otro problema atañe a la tendencia de las tasas de interés a corto plazo en Estados Unidos, que constituyen una influencia preponderante sobre las tasas del mercado de eurodivisas. Ya en el segundo trimestre de 1983, la tasa interbancaria del eurodólar había subido alrededor de 1%, aumentando sobre una base anual de 2 mil doscientos millones de dólares norteamericanos los pagos de los intereses de América Latina en el extranjero. Si las tasa de interés a corto plazo en Estados Unidos aumentaran un punto más en la segunda mi-

tad del año, como pronostican algunos economistas, debido a los efectos de los déficit presupuestarios norteamericanos presentes y futuros, el aumento total del costo del servicio de la deuda para América Latina a partir de la primavera de este año sería de alrededor de 5 mil millones de dólares norteamericanos sobre una base anual, suma muy significativa en un momento de reducidas entradas de capital. En resumen, la disminución de las tasas de interés —aunque es positiva en general— plantea problemas en el presente e incertidumbres para el futuro.

Un tercer aspecto positivo, que deriva de la baja de las importaciones y de los pagos de intereses, es la brusca reducción del déficit de la cuenta corriente de la región, que es de

mediados de 1982, por ejemplo —a pesar de que es muy poco probable—, anularía totalmente los adelantos logrados en el déficit de la cuenta corriente del año pasado.

El aspecto crucial del problema es que, aun cuando el rezago financiero ha disminuido considerablemente, la disponibilidad de recursos externos se ha reducido aún más. La incertidumbre acerca de cómo habrán de financiarse a sí mismos los países de América Latina y el Caribe durante los siguientes dos años constituye una seria preocupación, tanto por parte de los prestamistas como de los deudores. Las tendencias futuras de los otorgamientos de préstamos de la banca comercial son inciertas, y parte de los nuevos préstamos que han acompañado a las recientes reestructuraciones de la



hecho un requisito para obtener financiamiento del exterior y que permanece después de que la entrada corriente de capital, principalmente por la exportación de bienes y servicios, ha sido utilizada para cubrir las salidas, principalmente por importaciones y pago de intereses. La misma naturaleza de las economías en desarrollo, que necesitan importar capital con el fin de complementar sus insuficientes ahorros nacionales, implica un déficit en su cuenta corriente, y por tanto, la necesidad de obtener préstamos del exterior y atraer capitales de inversión. No obstante, América Latina y el Caribe, principalmente como resultado del amortiguamiento de ingresos y la gran disminución de importaciones del año pasado, han reducido en buena medida su necesidad de financiamiento externo. El déficit de la cuenta corriente de la región ha descendido de 38 mil millones de dólares en 1981 a 33 mil millones en 1982, y se espera que baje hasta alrededor de 18 a 20 mil millones en 1983 —suponiendo que las tasas internacionales de intereses se mantengan a los niveles de mediados del año. Si las tasas de interés llegaran a aumentar, el rezago financiero comenzaría a aumentar de nuevo. El regresar a las tasas de interés que prevalecían a

deuda a la banca comercial se usa para financiar las elevadas comisiones que están por encima de la tasa básica de interés. Las inversiones extranjeras directas, que hasta hace muy poco cubrían entre la quinta y la cuarta parte del déficit de la cuenta corriente, han bajado súbitamente como resultado de la recesión en los países industrializados y ahora también en América Latina. El retorno de los capitales que salieron de un buen número de los principales países de América Latina en los últimos años podría ser importante, aunque tomará tiempo. Por último, como se verá más adelante, las instituciones multilaterales de desarrollo —como el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID)— tienen que hacer frente a la limitación de sus recursos. Las cifras actuales son prohibitivas. Las fuentes de la afluencia neta de capital —alrededor de 8 mil millones de préstamos bancarios comerciales, aproximadamente 2 mil millones de desembolsos netos por parte de los bancos multilaterales de desarrollo, y una cantidad equivalente de créditos de proveedores negociados anteriormente— dejan un importante rezago financiero, que no podría cubrirse con las inversiones privadas. De esta manera, aun cuando el déficit de la cuenta corriente

ha disminuido, el problema que representa cubrirlo es mucho más serio.

En suma, y a pesar de los drásticos ajustes hechos por los países deudores y de las medidas adoptadas por el FMT y la comunidad bancaria, existe la seria posibilidad de que el déficit de la cuenta corriente latinoamericana para este año (y las cantidades equiparables que se prevén para 1984 y 1985) no pueda ser cubierto. El resultado no podría ser otro que el deterioro progresivo de la situación económica de los principales países latinoamericanos, con peligro de ver amenazada su estabilidad política, y una espiral de acontecimientos que podrían implicar incluso la incapacidad de cumplir con los pagos de los intereses sobre los préstamos.

IV

¿Es posible esperar que estos países resuelvan sus actuales situaciones económicas y financieras? En los últimos meses se han desarrollado varios proyectos que muestran cómo puede lograrse esta meta.⁵ Casi todos estos proyectos señalan que si las economías industrializadas crecen a un ritmo razonable (más o menos 3% por año), si las tasas de interés no ascienden por encima de los niveles de mediados de 1983 (10% para la tasa interbancaria del eurodólar a seis meses), y, de manera especial, si puede mantenerse un mínimo de afluencia de capital, la mayor parte de los principales deudores podrían reasumir su crecimiento económico y dar servicio a su deuda externa con cierta comodidad aproximadamente para 1986. Sin embargo, el panorama es muy incierto. Casi todos los proyectos destacan la excesiva limitación del espacio para maniobrar en los próximos dos o tres años.

Las relaciones entre prestamistas y deudores han creado un grado de interdependencia poco común, de manera especial con la banca comercial, que ha proporcionado el grueso del capital externo a América Latina en la última década. Estas relaciones se asemejan un poco a dos personas que se encuentran en un sube y baja: si una de ellas salta de repente, es probable que las dos puedan lastimarse. Si las pérdidas son cuantiosas, los principales bancos comerciales internacionales podrían resultar afectados en el caso de que los países fueran incapaces de resolver el problema, que concierne no sólo a los bancos de Estados Unidos, sino también a los de Europa, Canadá y Japón, así como parte de la deuda a los proveedores.

No obstante lo anterior, ya que gran parte de la deuda latinoamericana ha sido absorbida por bancos norteamericanos (alrededor de 45% de la deuda con la banca comercial), es probable que a Estados Unidos le corresponda tomar la iniciativa en este aspecto. El hecho de reducir considerablemente el ingreso neto podría afectar a algunos de los bancos más importantes si una gran cantidad de las reservas para pérdidas por préstamos tuviera que ser destinada a las principales deudas latinoamericanas, en el caso de que los pagos de los intereses se retrasaran grandemente. Los bancos han dedicado ya dichas reservas a algunas de las deudas del sector privado latinoamericano.

A fin de poder encontrar una solución a los problemas es necesario modificar el clima de desesperanza que impregna la atmósfera internacional en la actualidad, particularmente en los países deudores. Este pesimismo podría inducir a algunos de los deudores a abandonar el difícil camino de la disciplina y los ajustes financieros y verse tentados a adoptar soluciones aparentemente más sencillas, como una asociación de deudores. ¿Aumentar las exportaciones? Las cuotas

de importación sobre los hilados, el jugo de naranja, los aceros especiales, que no son más que tres ejemplos recientes, están transmitiendo un mensaje falso. ¿Más fondos oficiales? Aun el incremento del 50% en la cuota para el FMI ha tenido que librar una fatigosa batalla en el Congreso norteamericano. ¿La recuperación económica del mundo industrializado? Las elevadas y ascendentes tasas de interés real podrían obstaculizar la recuperación. Mientras que tanto los prestatarios como los prestamistas buscan soluciones, se encuentran con las puertas cerradas y los caminos bloqueados.

Otra necesidad importante es la de mantener una atmósfera de calma. Cada nueva confrontación crea un ambiente de crisis que hace difícil mantener un flujo de préstamos por parte de los bancos menos involucrados a nivel internacional. Los bancos más pequeños, conocidos como "regionales", que representan alrededor del 15% de la deuda internacional pendiente de América Latina a los bancos comerciales, obviamente desean escapar de estos préstamos, tendencia que habría de ejercer una fuerte presión sobre los grandes bancos para que aumentaran su participación aún más de lo planeado. Hasta ahora se ha evitado una confrontación, pero los rumores de una crisis inminente en determinado país afectan la confianza en forma negativa.

La sensibilidad de los problemas particulares de los países se ilustra con el caso de Brasil, que se enfrenta a un programa de ajustes muy drástico con el FMI. En la fecha en que se escribe este artículo, parece que el FMI ha restaurado la capacidad de Brasil de retirar fondos en los términos acordados anteriormente, después de que el país implementó una nueva serie de medidas antinflacionarias, principalmente con el fin de mantener los ajustes salariales por debajo de la inflación. Esto ha evitado, por el momento, un serio problema a los otorgantes de préstamos a Brasil, cuyos desembolsos sobre un préstamo de 4 mil 400 millones de dólares norteamericanos están vinculados al pago del servicio financiero del FMI. No obstante, la escasez de otras formas de afluencia de capital continúa haciendo difícil para Brasil cumplir con el pago de los intereses a tiempo. Ya que los problemas se ventilan en público, incluyendo el requerimiento inicial tan publicitado, por parte del Banco de Liquidaciones Internacionales, de que Brasil tenía que pagar un préstamo anterior de emergencia oportunamente, la tarea de evitar las confrontaciones y las posibles crisis se vuelve más difícil.

Hasta ahora, los mecanismos del mercado han manejado los problemas de los países deudores conforme se han presentado. No obstante, no se sabe si estos mecanismos puedan continuar siendo efectivos por sí mismos, sin la dirección de los gobiernos de los principales países industrializados. Para los bancos que otorgan los préstamos, surge un serio dilema: por una parte, es evidente que no pueden continuar concediendo préstamos en la forma tan arriesgada en que lo hicieron de 1979 a 1981; por otra parte, si el otorgamiento de préstamos no se expande moderadamente, será muy difícil para los prestamistas cobrar los intereses de los préstamos anteriores. Para los gobiernos deudores, la mayor parte de los cuales reconocen la necesidad de adoptar medidas de austeridad, el problema es que ésta puede implicar un alto costo en términos sociales y políticos, y que puede no ser factible aplicar un método gradual debido a la falta de financiamiento externo y a la demora en la recuperación de ingresos por exportación.

Más que discutir si estamos o no en crisis, o si se trata de una insolvencia (que los prestatarios no podrán "nunca" pa-

gar) o de una falta de liquidez (que no pueden pagar por el momento), que son cuestiones de grado y definición, sería más útil plantear las precondiciones necesarias para que tanto los deudores como los prestamistas encuentren la solución a su problema:

—En primer lugar, es útil distinguir entre el futuro inmediato y el largo plazo. El año próximo probablemente sea el más crítico, ya que los ingresos por exportación de los deudores seguirán estando a la zaga durante algún tiempo, hasta que la recuperación internacional esté en todo su apogeo, mientras que los elevados intereses serán pagaderos cuando la afluencia de capital sea muy limitada. Esto no quiere decir que no existan problemas a

flujo positivo neto de otorgamientos de préstamos por parte de los bancos, y una disciplina financiera aunada a una política de austeridad de los deudores) es contemplado con suspicacia por la otra. Sin duda, podrían evitarse serios problemas en el futuro mediante la intervención de los gobiernos de los principales prestamistas, para contribuir a estimular una mayor afluencia de capital.

—En tercer lugar, cualquier solución que se encuentre tiene que insistir en la rehabilitación de la afluencia de capital. Evidentemente, esta entrada de capital no puede depender, a través del tiempo, únicamente de los fondos de la banca comercial. Es necesario encontrar un mejor



largo plazo, puesto que los refinanciamientos que se acuerdan en la actualidad empezarán a vencerse en tres o cuatro años. Además, hay razones de carácter histórico, y que habremos de resumir más adelante, que indican que el patrón de desarrollo de América Latina no puede cambiarse fácilmente. No obstante, desde el punto de vista práctico que aconseja tratar primero los problemas más urgentes, es importante analizar las posibles acciones en términos de lo que es factible desde una perspectiva política actual, y no en uno o dos años. Quienquiera que esté familiarizado con el ambiente de los parlamentos en los principales países industrializados, especialmente con el Congreso de Estados Unidos, tiene que reconocer que no caben las grandes soluciones en las que los contribuyentes tendrían que hacer directa o indirectamente nuevas y cuantiosas aportaciones.

—En segundo lugar, una sola de las partes no puede llevar toda la carga del ajuste. Cualquier tipo de convenio debe implicar ciertos esfuerzos por parte de acreedores y deudores. Hasta ahora, este ha sido el caso, aunque el grado de esfuerzo de cada parte (como continuar con un

equilibrio entre el capital de inversión y los préstamos que el de la década pasada. Sin embargo, es obvio que las inversiones directas y de cartera necesitarán de algún tiempo para revitalizarse.

—Por último, es esencial eliminar los obstáculos que existen para la renovación del crecimiento de las exportaciones. No se sabe exactamente en qué medida el crecimiento del proteccionismo en los últimos años haya afectado a las economías latinoamericanas. Los países del sur y el oriente de Asia han resultado afectados en la misma medida, si no es que más. Sin embargo, es evidente que ciertos intereses especiales que existen en Norteamérica, Europa y Japón, por razones que son muy comprensibles a nivel local, pero que afectan tan sólo a un porcentaje relativamente pequeño de la fuerza de trabajo y del comercio, cobran fuerza al traducirse los efectos de la recesión, después de un intervalo, a procesos políticos. Los gobiernos aplican remedios que pueden ya no ser necesarios en el momento de ser implementados, pero que pudieron haber producido efectos muy significativos en la capacidad de los deudores para

vender al extranjero y obtener divisas.

Al mirar al futuro inmediato, las medidas más urgentes son mantener la afluencia de capital, reducir la carga de los intereses, y detener el avance del proteccionismo. El papel de los gobiernos de los principales países industrializados es crucial en estas tres acciones.

V

La capacidad de funcionamiento del cuerpo de bomberos financiero a nivel internacional, el FMI, tiene una enorme importancia. Es esencial que el FMI cuente, tan pronto como sea posible, con un aumento de sus recursos (el pago de las cuotas de los países). Hay varios aspectos que debemos señalar. Primero, los recursos de que dispone el FMI están prácticamente agotados. Si alguno de los grandes países industrializados necesitara una ayuda especial del Fondo en este momento, lo cual es una posibilidad, el Fondo no contaría con los recursos necesarios. Segundo, el aumento de las cuotas que está ya en curso, de alrededor del 50%, simplemente se pone al día con la inflación mundial y no contribuye en gran medida con nuevos recursos reales. Tercero, el Fondo no es, como parecen creer muchos políticos, un recurso exclusivo de los países en desarrollo. Es un consorcio monetario, que pone las divisas a la disposición de todos los países miembros (Estados Unidos ha sido un prestatario anteriormente) en condiciones bastante estrictas, con el fin de completar las reservas de divisas de los países que se enfrentan a problemas relacionados con la balanza de pagos. No es un proveedor de capital a largo plazo. Finalmente, ya que el aumento de las cuotas probablemente tome por lo menos hasta mediados de 1984 para entrar en vigor, queda todavía la necesidad de un servicio especial y temporal, financiado por los Acuerdos Generales de Préstamos, o alguna otra forma de cooperación entre los países con excedentes de capital.⁶

Si el incremento de la cuota del FMI no puede ser aprobado en la forma en que fue propuesto, e incluso si la aprobación tomara muchos meses más, tal negativa sería un claro indicio, tanto para los deudores como para los prestamistas, de que los principales países del mundo no consideran que los actuales problemas sean suficientemente importantes. Algunos deudores se verían tentados a dejar de cumplir sus obligaciones respecto a los préstamos, y los prestamistas terminarían llamando a las puertas de sus bancos centrales para solicitar una fianza que podría llegar a ser muy elevada. Por desgracia, el incremento de los recursos del FMI, que de cualquier manera era necesario, ha coincidido con un debate político, especialmente en Estados Unidos, sobre si el problema de la deuda debería dejarse en manos de los prestamistas o los deudores, siendo considerados ambos como villanos.

Un segundo camino que debería ser explorado rápidamente es la forma de estimular y aumentar la concesión de préstamos por parte del Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo. Desgraciadamente, la transferencia neta de recursos —el total de los pagos menos el reembolso de intereses y pagos de capital— del Banco Mundial a América Latina en el último año fiscal fue tan sólo de unos 500 millones de dólares norteamericanos, suma relativamente modesta, y se ha mantenido aproximadamente en ese nivel desde 1980. Aun cuando los pagos ascendieron en el año fiscal de 1983 a 2 mil 300 millones, debido a una mayor proporción de

préstamos destinados a apoyar a determinados sectores, la amortización y los intereses absorbieron el total del incremento. El BID, que tiene una combinación de fondos de menor costo gracias a las concesiones del Fondo para Operaciones Especiales, respaldado principalmente por Estados Unidos, ha podido aumentar la transferencia neta moderadamente de alrededor de 600 millones de dólares a 800 millones durante el mismo periodo.

Con el fin de incrementar los préstamos del Banco Mundial vinculados a proyectos (muchos de los cuales han sido suspendidos o han alojado su paso en los últimos dos años) existe la necesidad de mayores recursos y de políticas de préstamos más flexibles. Estados Unidos se ha opuesto básicamente a tales políticas, que pondrían el acento en los préstamos de apoyo sectorial o de "ajustes estructurales", aunque últimamente ha suavizado un poco su oposición.

El ingreso de China al Banco, y la incertidumbre respecto a las futuras contribuciones de los países industrializados, particularmente de Estados Unidos, a su ventanilla de concesiones (la Asociación Internacional de Fomento, AIF) ha alejado los fondos del Banco de los posibles préstamos a prestatarios latinoamericanos. Los países latinoamericanos están dando, de esta manera, una ayuda especial al BID. Con su recién aprobado incremento de capital, el banco regional puede ahora ampliar sus actividades considerablemente, aunque puede necesitarse una reorientación de las políticas sobre los préstamos durante los difíciles dos o tres años que se avecinan.

Tanto para el Banco Mundial como para el BID, se ha promovido una solución rápida para los futuros financiamientos por parte de quienes recomiendan duplicar la llamada "relación financiera estructural", que es la relación de las contribuciones de capital por parte de los miembros más solventes de la institución (básicamente los países que pertenecen a la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos, OCDE) con los endeudamientos pendientes. Esa relación normalmente es de uno a uno. Por consiguiente, la solución que se contempla es simplemente obtener más préstamos sin proporcionar más capital de garantía. Este procedimiento no tiene mucho valor. El hecho de que los bancos comerciales que reciben depósitos tengan una proporción de capital pagado a activos de alrededor de 5-6% no es aplicable a una institución de desarrollo a largo plazo que tiene que obtener en préstamo la mayor parte de sus recursos en los mercados de capital. Los tenedores de bonos, que consideran acertadamente que las obligaciones de ambas instituciones (así como también las del Banco Asiático de Desarrollo) están garantizadas por Estados Unidos, Japón, Alemania, etc., empearían ahora, más bien, a considerar sus préstamos a los países en desarrollo. El consiguiente descrédito de la deuda en bonos del Banco Mundial y de los bancos regionales y multilaterales de desarrollo resultaría muy costoso para los prestatarios y terminaría por ser un paso irreversible.

Lo más fácil es incrementar en cuanto sea posible el capital del Banco Mundial (y restituir sus fondos al Fondo de Operaciones Especiales del BID), sobre todo teniendo en cuenta que los incrementos de capital requieren de poco dinero en efectivo. El incremento de capital más reciente del BID representó únicamente el 4.5% en efectivo. En esencia, los bancos de desarrollo funcionan como programas de seguros o de garantías organizados con el fin de otorgar fondos a un costo relativamente bajo. Probablemente sea más fácil incrementar su capital amortizable, que de hecho es una capa-

cidad de "garantía", que establecer todo un nuevo plan de garantías, aunque esa idea no debería desecharse si se hace absolutamente necesario estimular una corriente neta adecuada de otorgamiento de préstamos comerciales.

Las nuevas concesiones de préstamos por parte de los organismos multilaterales, mientras puedan ser dirigidas hacia los problemas reales que enfrentan los países, son preferibles al hecho de insistir en el cofinanciamiento con la banca comercial. En la situación actual del mercado, el cofinanciamiento con la banca comercial no puede funcionar, simplemente debido a las cláusulas de incumplimiento de los pagos, como las que el Banco Mundial y el BID han proporcionado entre sus préstamos y los préstamos afines de los ban-

obligaciones a largo plazo con tasas de interés inferiores a las comerciales.⁷ Desgraciadamente, es poco probable que la mayor parte de estos proyectos sean factibles desde un punto de vista político, y posiblemente tendrían también efectos laterales negativos, principalmente al reducir drásticamente los nuevos otorgamientos de préstamos por parte de los bancos comerciales por mucho tiempo.

Es muy poco probable que alguno de los planes que hasta ahora han sido presentados para reducir la carga de la deuda puedan ser implementados el próximo año, puesto que requieren, en diferentes grados, de la aprobación multilateral de los gobiernos. La opinión que prevalece en los países acreedores generalmente no es favorable a dichos planes.



cos comerciales. En general, las concesiones de préstamo de la banca internacional han sido objeto de incumplimiento; es decir, la falta de cumplimiento de un préstamo puede provocar el incumplimiento legal de toda la deuda y las garantías de un prestatario en particular, si bien esto no ha evitado las demoras en los pagos y los incumplimientos *de facto*. En la situación actual del mercado, sólo podría funcionar una garantía, aunque en ese caso tanto las instituciones internacionales como los países estarían mejor manejando préstamos directos a tasas inferiores a las comerciales que los bancos multilaterales de desarrollo pueden ofrecer.

Tercero, es urgente reducir el monto de los intereses. El problema es bastante complejo. Evidentemente, mucho depende del curso de las propias tasas de interés a nivel internacional, las cuales están muy vinculadas a las tasas de Estados Unidos y son difíciles de pronosticar. Incluso si las tasas básicas se mantienen en los niveles de mediados de 1983, es obvio que la carga de los intereses es verdaderamente muy pesada. Esto ha estimulado un gran número de propuestas para otorgar nuevos fondos a la deuda de algunos (o todos) los países en desarrollo que son deudores y convertirla en

Los progresistas consideran estas ideas como una especie de fianza de los irresponsables gobiernos deudores.

Estos planes, en el caso muy poco probable de que fueran económica y políticamente factibles, también tropiezan con el problema de que probablemente habrían de interrumpir los préstamos bancarios por largo tiempo. Los cargos contra los ingresos bancarios serían muy grandes, ya que los préstamos no podrían reciclarse más que con descuentos muy considerables. Además, la idea de que las instituciones oficiales como el FMI, que con enormes dificultades está haciéndose de nuevos recursos para sus operaciones establecidas, tuvieran que soportar también esta carga adicional parece muy poco práctico.⁸ Con todo, los planes sobre el reciclaje destacan que el monto del servicio de la deuda es demasiado elevado.

Lo que sería posible, como parte de un plan de contingencia, que habría de ponerse en marcha en una situación de emergencia, sería una reducción temporal del monto de los intereses, de manera que no dañara las perspectivas de la continuidad de los préstamos en forma moderada. Para los bancos, muchos de los cuales obviamente habrían de oponer

una fuerte resistencia frente a esta medida, tendría al menos la ventaja de reducir el incremento de sus préstamos, ya que en la actualidad, antes de que se revitalice el crecimiento de las exportaciones en América Latina y que puedan desarrollarse nuevas fuentes de entradas de capital, un dólar adicional de pago de intereses por parte de los prestatarios es financiado (en términos muy simplificados) por un dólar adicional de préstamos y participación en proyectos de financiación bancarios. Pudiera ser más conveniente, al menos durante el periodo inmediato de recuperación, que los prestamistas sacrificaran los 50-60 centavos netos que quedan después de deducir los impuestos, proporcionados por un dólar de ingresos de intereses agregados, a cambio de no tener que pagar un dólar extra por concepto de préstamos.

Por consiguiente, es importante considerar si no sería mejor para los bancos llegar a un acuerdo temporal sobre los cargos por concepto de intereses que tener que elaborar paquetes de financiamiento en medio de una crisis. Insisto en que dicho acuerdo tendría que ser temporal, y que el interés reducido no podría estar por debajo del costo comercial de los fondos si ha de mantenerse el objetivo central de no interrumpir el flujo de los préstamos.

De acuerdo con varios de los amplios planes de refinanciamiento propuestos hasta ahora, la reducción de los intereses estaría muy por debajo del costo de los fondos destinados a los prestamistas de la banca comercial (hasta el 6% en una propuesta específica). Incluso si las nuevas tasas de interés, de acuerdo con estos proyectos, se fijaran en 9% —mientras que las tasas interbancarias de Londres se mantuvieron en 10%— el ahorro de los deudores latinoamericanos de aproximadamente 7 mil millones de dólares norteamericanos se lograría en grave perjuicio, si bien no irreparable, de las oportunidades de financiar el resto del déficit de la cuenta corriente de América Latina. Una proposición más modesta de reducir los cargos de los intereses, por ejemplo, a no más de 1% sobre la tasa interbancaria, incluyendo todos los otros cargos, por un periodo aproximado de dos años —hasta que la recuperación mundial empiece a reactivar los ingresos por divisas extranjeras en América Latina— habría de ahorrar a los deudores a las tasas actuales alrededor de 4 mil 500 millones anuales, sin perjuicio de las oportunidades de obtener nuevos préstamos.

Es muy poco probable que los prestamistas bancarios aceptaran por sí mismos esta reducción, incluso la más modesta que fue propuesta sobre la base de un plan de contingencia. Sin duda tendría que haber cierta labor de persuasión por parte del gobierno. Dadas las restricciones de tiempo, la persuasión directa, como ha sucedido en los recientes refinanciamientos, puede funcionar mejor que una gran conferencia internacional, que requiere de una gran preparación. Si las tasas de interés parecen estar subiendo nuevamente, será urgente considerar algún tipo de proyecto que reduzca el monto de los intereses, al menos temporalmente. Por el contrario, si los ingresos por concepto de exportación no se recuperaran como resultado de los efectos negativos de las elevadas tasas de interés en recuperación en los países industrializados, los prestamistas tendrían que hacer frente al dilema de tener que conceder más préstamos, simplemente para recibir intereses más elevados.

Otro punto que debe ser considerado es si sería necesario proponer un *quid pro quo* para la reducción de los intereses, como una forma de garantía gubernamental o internacional a mediano plazo para nuevas concesiones netas de préstamos. Sin embargo, aunque esto fuera factible desde el punto

de vista político, ya hemos advertido que tomaría tiempo poner en práctica este tipo de acuerdo. Quizá el convencimiento de que una garantía sería, como último recurso, considerada muy seriamente por los gobiernos sería un estímulo para acordar un plan de contingencia que redujera los intereses en el futuro inmediato. Esto y la continuidad de entradas de capital neto son los únicos caminos abiertos a corto plazo, junto con la continuación de las difíciles medidas de austeridad adoptadas en los países deudores.

Es evidente que las políticas que podrían producir resultados inmediatos son difíciles de establecer. Además, en cada frente hace falta algo, especialmente en lo que se refiere al reabastecimiento de recursos del FMI y a disminuir el monto de los intereses sin obstaculizar los nuevos flujos, tarea por demás difícil. Con el fin de ensamblar todas las piezas, es necesario que exista alguna forma de acción concertada por los gobiernos de los principales mercados monetarios y de capital. Es evidente que cada mes que pasa sin la presencia de una crisis importante refuerza la idea de que lo peor ha quedado atrás y que a la larga los problemas habrán de evaporarse como resultado de la recuperación mundial. Este punto de vista ofrece cierta tranquilidad, aunque no es congruente con la magnitud del problema financiero, especialmente visto desde la óptica de los países deudores.

Hasta ahora, los gobiernos de América Latina han evitado caer en la tentación de desviarse del camino de austeridad auspiciado por el FMI. No obstante, este equilibrio es bastante precario. Puede imaginarse que los grupos que han seguido las políticas económicas del gobierno puedan ser descartados a causa de una fuerte oposición política. Los refinanciamientos vinculados con las facilidades de crédito del FMI serían, en consecuencia, cuestionados y podría seguirse un periodo de confusión. En ese estado de cosas, algunos gobiernos podrían verse tentados a discutir y pensar en un cartel de deudores, en el sentido de acordar una suspensión coordinada del servicio de la deuda. Esta idea es contemplada actualmente por los que se encargan de estructurar las políticas financieras en casi todos los países, como un producto de los grupos extremistas. Sin embargo, si estos funcionarios y sus políticas no reciben ahora suficiente apoyo del exterior, existe el riesgo de que los prestamistas pudieran enfrentarse con un reparto muy diferente. Esta es la razón por la que es importante enfocarse en forma más concertada de posibles soluciones, mientras el problema parece haber entrado en receso.

VI

A mediano plazo, habría que insistir en continuar buscando maneras de estimular nuevos flujos de capital, especialmente en el futuro inmediato. Realizar esta tarea dentro del corto periodo disponible es extremadamente difícil. Ningún programa o fuente de flujos podría hacerlo, y no sería factible llevar a cabo nuevos y complicados acuerdos. Los flujos netos tampoco pueden ser simplemente cheques en blanco en los que se pueda suscribir un resurgimiento del gasto deficitario de las empresas públicas.

Además de las áreas ya mencionadas, hay otras que podrían tener una gran importancia para la recuperación económica, aunque no en forma inmediata. La ampliación del horizonte no significa que los planes de acción necesarios deban ser puestos en práctica ahora. Dos áreas importantes están constituidas por:

-La inversión privada.

Esta no es una fuente promisorio para los próximos uno o dos años, pero podría llegar a tener una gran importancia una vez que las economías se hayan reactivado. En el principio de la década de los sesenta, la inversión privada directa proveyó de alrededor del 40% de las entradas netas de capital a América Latina, principalmente a Brasil y México. En los últimos años, la proporción ha disminuido a 20-25%. Durante 1981-82, los flujos netos fueron aproximadamente de 6 a 7 mil millones de dólares anuales, suma que se ha reducido en 1983. Es esencial establecer ahora las precondiciones de la recuperación posterior de las inversiones. México ha

-Aseguramiento del crédito.

Ya que es importante mantener el flujo de los préstamos bancarios, aunque en un nivel más controlado, han sido presentados varios proyectos mediante los cuales podrían establecerse mecanismos multilaterales de aseguramiento de crédito que serían manejados por agencias del Banco Mundial o del FMI, o una combinación de ambos. Los mecanismos habrían de cubrir otros préstamos. El establecimiento de un convenio multilateral puede ser deseable, pero desde el punto de vista político es difícil y requiere de mucho tiempo.

Mientras tanto, los organismos particulares de crédito



empezado ya a tomar medidas, por ejemplo reduciendo en la práctica los requerimientos de la propiedad nacional. Perú está rompiendo con las mal calculadas restricciones del Grupo Andino sobre las inversiones directas para la industria con capital extranjero. Los programas multilaterales de garantía a la inversión, que han sido objeto de estudio durante muchos años en el Banco Mundial y en otros organismos, merecen ser considerados nuevamente.

De igual o mayor importancia es la inversión nacional privada, ya que su restablecimiento haría que volvieran a los países latinoamericanos parte de las enormes sumas que se fugaron de la región en 1981-83. Por ejemplo, se calcula que tal vez entre 20 y 25 mil millones de dólares norteamericanos salieron de México y Venezuela, los dos casos más notables, durante ese periodo. Si bien una parte del capital fugado no ha de volver más, los tipos de cambio más realistas, la estabilidad política y el resurgimiento de los mercados nacionales empezarían a atraer, en su momento, parte del capital fugado. Los flujos no registrados de este tipo podrían tener una gran importancia una vez que fueran visibles las primeras señales del progreso.

para la exportación, que trabajan con el Banco Mundial y el BID, podrían organizarse más rápidamente.⁹ Los recursos están disponibles: por ejemplo, en mayo de 1983, el Eximbank no había comprometido más que la décima parte de las concesiones que tiene autorizadas para el año fiscal de 1983, en gran parte debido a las reducciones hechas a los proyectos de desarrollo en todo el mundo. Es probable que los compromisos contraídos para todo el año fiscal estén muy por debajo de las cifras autorizadas. Sin duda, en algunos casos se requerirían ciertos cambios en la legislación, y posiblemente sería más fácil obtenerlos que lo que sería para un proyecto multilateral, y podrían ponerse en marcha, mientras que un convenio multilateral es diseñado y evaluado.

En el frente multilateral, la idea de un Fondo de Desarrollo para las Exportaciones¹⁰ tiene también un gran atractivo, especialmente si pudiera ampliarse, de la concesión de préstamos a los países en desarrollo para sus importaciones de bienes de capital, a la ayuda proporcionada para financiar las exportaciones de estos países, que representan en general transacciones líquidas, habitualmente seguras, y

adecuadas para el financiamiento comercial.

Lo único que falta es tiempo para poner en práctica las políticas que han de producir resultados hacia 1986-87, cuando el primer pago sobre el último refinanciamiento sea pagadero. La lucha para la recuperación no será fácil. Como subrayé en un artículo anterior, el problema económico de los principales países latinoamericanos no es tan sólo un problema cíclico; en parte surge de la etapa histórica de su desarrollo.¹¹ Para países como Argentina, Brasil, México y Venezuela, cuyos mercados internos son relativamente grandes en comparación con las economías de Asia Oriental orientadas hacia la exportación, la embestida del desarrollo ha significado la industrialización para el consumo interno y la construcción de una infraestructura para una población en rápido crecimiento. En ese sentido, el modelo de desarrollo tiene alguna similitud con el de Estados Unidos hace un siglo. La diferencia está en que las tasas reales de interés estaban entonces acordes con la norma histórica de alrededor del 3% en términos reales, en tanto que hoy, para los prestatarios latinoamericanos, la tasa real sobre su deuda comercial está más próxima al 9% en términos reales.

Otro aspecto importante es que las principales economías latinoamericanas durante las últimas tres décadas han sido incapaces de proporcionar suficientes empleos, particularmente para la creciente clase media baja, cuyo poder político es cada vez mayor.¹² Las presiones políticas se han conjuntado para proporcionar empleos por medio del gobierno y las empresas estatales. Hay otras presiones del mismo tipo que actúan para mantener tipos de cambio sobrevaluados y tasas de interés subsidiadas —que propician el consumo de la clase media—, todo lo cual tiende a construir déficit presupuestarios, estimula el flujo de préstamos y bloquea el crecimiento de los ingresos por concepto de exportaciones. Esta serie de políticas tiende también a obstaculizar el empleo, particularmente en la industria, donde una legislación social avanzada dirigida a una minoría de la fuerza laboral tiende a impulsar los costos salariales hasta llegar a niveles no competitivos a nivel internacional.

Estas son las políticas que explican, con cambios periódicos en su énfasis, gran parte del acelerado crecimiento económico de América Latina durante el periodo de la posguerra, y no pueden cambiar rápidamente. Existe, por lo tanto, un aspecto a largo plazo en cuanto al problema de la deuda que está más allá del problema cíclico supuestamente más apremiante.

VII

Es evidente que un proyecto nítido, simple y conceptualmente satisfactorio diseñado para "resolver" el problema de la deuda tiene un atractivo intelectual, en tanto que estos intentos que se hacen por salir del paso a duras penas están amenazados por muchos peligros. No obstante, por el momento la realidad política, particularmente la de Estados Unidos, hace muy difícil contemplar un proyecto que pueda abarcarlo todo. Hay un interés político mucho mayor en Estados Unidos por Centroamérica que por el problema de la deuda, aunque los efectos a largo plazo de esta última podrían llegar a ser muy serios.

Mientras que no ocurra ningún estallido, habrá muy poco interés por establecer mecanismos para prevenir posibles eventualidades. Sólo una crisis real, que esperamos no

llegue a ocurrir, aunque desgraciadamente es una posibilidad muy concreta, hará que se concentren poderosamente las mentes de otros políticos que no sean los principales banqueros y funcionarios del Tesoro, que están ya involucrados. Mientras tanto, todo sería mejor si los prestamistas, sus gobiernos y los más importantes prestatarios se reunieran para establecer un programa conjunto con el fin de ayudar a las instituciones oficiales ya existentes a elaborar planes de contingencia para hacer disminuir el monto de los intereses de la deuda comercial, en el caso de que no pueda manejarse el monto de la deuda.

Tanto los prestamistas como los deudores se enfrentan con un periodo muy crítico. Si bien existen, de hecho, ciertas posibilidades de que el problema pueda ser superado gradualmente por medio de la recuperación económica mundial, el riesgo de futuras y graves crisis es elevado. En consecuencia, es de vital importancia anticipar estos problemas conjuntamente y con previsión, antes que correr el riesgo de tener que hacerles frente en el último minuto.

Notas

1. Comparar montos y flujos puede conducir a conclusiones equivocadas. Sin embargo, ya que los intereses constituyen una proporción de la deuda pendiente, la comparación tiene cierta validez. De la misma manera, podría argumentarse que deberían tomarse en cuenta todas las exportaciones, incluyendo los servicios (como el turismo). Puesto que América Latina en conjunto tiene un saldo negativo en el renglón de servicios, el concepto de exportación de bienes y servicios parece ser una medida poco apropiada.

2. El *Fifty-Third Annual Report* del BIS de junio de 1983, p. 116, manifiesta únicamente 100 millones. Sin embargo, un cálculo posterior, de julio de 1983, registra 5 mil millones de flujos netos para la segunda mitad de 1982, principalmente por la razón señalada. El primer trimestre de 1983 no registró más flujos netos de préstamos a América Latina que los 2 mil 500 millones relacionados con los refinanciamientos de México y Brasil.

3. Jeffrey E. Garten, "The Big Debtors Try to Dig Themselves Out", *The Wall Street Journal*, 1 de Agosto de 1983, p. 14, informa que en los primeros cuatro meses de 1983 las exportaciones de Estados Unidos a América Latina descendieron en un 40% de su nivel de 1982, en los mismos meses. Los cálculos del autor sobre la reducción de empleos en 1981-82 están basados en una proporción de aproximadamente 12 mil a 15 mil empleos por mil millones de dólares en ventas.

4. Las estadísticas oficiales de Argentina, Brasil y México muestran cifras más bajas. No obstante, estas estadísticas dependen en gran medida de las cifras correspondientes a los empleos desaparecidos, y no fueron computadas en base a todos los que buscan trabajo.

5. Véase, por ejemplo, entre otros, Morgan Guaranty Trust, *World Financial Markets*, junio de 1983; William R. Cline, *Developing Country Debt under Alternative Global Conditions*, 1983-86, Washington, D.C.: Institute for International Economics. Los principales bancos internacionales tienen sus propios proyectos, como los tiene el Banco de la Reserva Federal de Nueva York.

6. Véase mi artículo anterior, "Latin American Debt", *Foreign Affairs*, invierno 1982/83, pp. 362-63.

7. Por ejemplo, Felix Rohatyn de Lazard Freres (en *Business Week*, 28 de febrero de 1983) sugiere que una gran parte de los créditos sean convertidos a bonos de bajos intereses a largo plazo, bajo la protección del FMI. Peter Kenen, de la Universidad de Princeton (*New York Times*, 6 de marzo de 1983) propone que un organismo especial compre los préstamos a los bancos comerciales con un descuento, utilizando el importe de los bonos a largo plazo. Richard Weinert hizo una propuesta en la misma línea en *Foreign Policy* (primavera de 1983), aunque se refería al Banco Mundial. Minos Zombanakis propuso un fondo de garantía para préstamos en el FMI (*The Economist*, 30 de abril de 1983). Existen varias otras propuestas interesantes.

8. Véase el análisis de Yves Laulan, "A New Approach to International Indebtedness", *The Banker*, de julio de 1983.

9. Véase, por ejemplo, Harold Lever, "The Lever Plan", *The Economist*, 9-15 de julio de 1983.

10. Véase William H. Bolin and Jorge Del Canto, "LDC Debt: Beyond Crisis Management", *Foreign Affairs*, verano de 1983, pp. 1099-1112.

11. Kuczynski, *loc. cit.*, pp. 354-58.

12. Véase, por ejemplo, G. P. Pfeffermann, "Latin America and the Caribbean: Economic Performance and Policies", *The Southern Review of Management and Economy*, invierno de 1982.

RESEÑAS

DE LIBROS

VIAJEROS TRANSATLÁNTICOS

Si tradicionalmente el historiador se ha ocupado de los grandes acontecimientos políticos y sociales de la vida humana, en años recientes se ha dado cuenta de la conveniencia de atender también a lo que podríamos llamar "la pequeña historia": la vida cotidiana del hombre común y corriente de tal o cual época, ese ser aparentemente insignificante que la gran historia, al ocuparse de las figuras consagradas, suele pasar por alto. *Pasajeros de Indias*, de José Luis Martínez, es un excelente ejemplo de lo estimulante que puede resultar este nuevo enfoque. Como indica el subtítulo del libro, su estudio está dedicado a los viajes transatlánticos que hicieron los españoles y portugueses en el siglo XVI; pero, en lugar de volver a contar las grandes hazañas realizadas por figuras como Cortés y Magallanes, el autor hace algo mucho más original y también mucho más difícil: reconstruye las condiciones bajo las cuales todos los viajes transatlánticos de esa época se llevaron a cabo. ¿Cómo llegaron los pasajeros a los puertos de embarcación? ¿Cuánto les costaba el viaje? ¿Qué llevaban consigo? ¿Cómo se adaptaban a la vida marítima? ¿Cuáles eran los peligros con que se enfrentaban? Todo esto y mucho más lo explica Martínez al recrear, con una eficacia realmente admirable, uno de los momentos más decisivos de la historia moderna.

Al hacer esta reconstrucción el autor maneja una bibliografía inmensa, extrayendo de ella lo que mejor sirva a su tema; pero también saca buen provecho de las crónicas de la época. Tres textos le resultan especialmente útiles: el *Libro de los inventores del arte de marear* (1539) del cronista de Carlos V, Antonio de Guevara; la *Historia de la venida de los religiosos de la provincia de Chiapa*, crónica que escribió fray Tomás

de la Torre del viaje a Chiapas que hizo el obispo Las Casas, acompañado por otros dominicos, entre 1544 y 1545; y el texto de una carta escrita en 1573 en la que Eugenio de Salazar relata a un amigo suyo un viaje que hizo de Tenerife a Santo Domingo. Por referirse a viajes hechos, no en naos y a través del Atlántico, sino en galeras y por el Mediterráneo, el testimonio de Guevara podría parecer poco representativo; sin embargo, el autor cree justificado aprovecharse de él "porque, a pesar de que las navegaciones en el mar interior pudieron parecer más civilizadas y menos riesgosas, esto sólo es relativo y las incomodidades que (refiere) son las mismas que los pasajeros transatlánticos sufrían aumentadas" (p. 16). En su libro Martínez no sólo reproduce pasajes clave de estos testimonios sino, anticipando el vivo interés que sus citas habrían de despertar, en un Apéndice documental también presenta los textos en su forma completa.

El libro empieza con un estudio de los viajes previos por tierra para llegar a los puertos de embarcación. Esta fue, seguramente, la parte más cómoda del viaje. Aunque en esa época los caminos transitables para vehículos eran muy escasos, en Europa se podía ir a casi todas partes a pie o en una buena cabalgadura; además, los caminos estaban bien servidos de ventas, donde los viajeros podían comer y descansar. Y, desde luego, en el siglo XVI era otro el concepto que se tenía del tiempo. Al padre Las Casas y su séquito no les importó tardar treinta y tres días en caminar desde Salamanca a Sevilla. Por otra parte, como señala Eugenio de Salazar, el viaje en sí podía resultar muy divertido por la variedad de experiencias que conllevaba:

El caminar por tierra en buena cabalgadura y con buena bolsa es contento; vais un rato por un llano, subís luego un monte, bajáis de allí a un valle, pasáis un fresco río, atravesáis una dehesa llena de diversos ganados, alzáis los ojos, veis volar diversas aves por el aire, encontráis diversas gentes por el camino, a quien preguntáis nuevas de diversas partes. (p. 19)

Ya que el empedrado del camino entre México y Veracruz (el puerto principal en el Nuevo Mundo) no se hizo hasta el

siglo XVII, este viaje —de unos 430 kms— también solía hacerse a pie, a caballo o en mulas; aunque (y es un dato que me deja asombrado) ante la relativa escasez de mulas y caballos, parece que algunos lo hacían a "lomo de indio", es decir, sentados en una silla que cargaba en la espalda un indio. Por lo visto, esta forma de transporte, que se extendió por muchas partes de América Latina, siguió utilizándose hasta muy avanzado el siglo XIX; una de las ilustraciones más impresionantes del libro presenta al explorador francés, Désiré Charnay, cruzando la cordillera así, todavía en 1880.

En los puertos mismos les esperaba a los viajeros un sinfín de problemas burocráticos. Con el propósito de mantener un control político e ideológico muy estricto sobre los nuevos dominios, se prohibía el paso a las Indias de moros, judíos y gitanos: "ningún reconciliado —seguía el decreto—, ni hijo ni nieto del que públicamente hubiera traído sambenito; ni hijo ni nieto de quemado o condenado por la herética pravedad y apostasía por línea masculina ni femenina, puede pasar ni pase a nuestras Indias, ni islas adyacentes, pena de perdimiento de todos sus bienes para nuestra cámara" (p. 32). Las autoridades también controlaban muy cuidadosamente las embarcaciones que iban de Veracruz a Sevilla, aunque se calcula que fueron muchos menos los que regresaban a su patria que los que salían de ella. A los extranjeros, en teoría, se les negaba el derecho de viajar a las colonias españolas; pero, en la práctica, a algunos se les vendían autorizaciones especiales que les permitían comerciar allí, concesiones que a la larga reducían notoriamente los beneficios que traía a España su nuevo imperio.

Superado el problema del permiso, los pasajeros tenían entonces que pagar el pasaje y el impuesto correspondiente. Se sabe que el precio que pagaban los religiosos (que debió ser un poco inferior al de los pasajes normales) era de 18.326 maravedís, precio que incluía la parte de una cámara y media tonelada de equipaje. Convirtiendo este precio en moneda actual, Martínez explica que cada religioso habría pagado "cerca de 539 dólares, lo cual está cerca del precio, con la tarifa mínima, de un viaje sencillo por avión México-Madrid" (p. 52). El autor hace esta con-

versión, basándose en el valor actual del oro y plata que tenían las monedas de entonces; pero reconoce que esta equivalencia resulta un poco engañosa ya que no toma en cuenta ni los salarios ni el valor adquisitivo del dinero. Así que en seguida nos da unos datos muy concretos sobre el costo de la vida en el siglo XVI. En la década de 1520 calcula que un peón (cuando tenía trabajo) ganaba 5.000 maravedís anuales, un ayudante de albañil 6.000 y un maestro albañil 12.000. De ahí deduce que el ingreso diario de un artesano medio variaba, por tanto, entre 13.7 y 27.4 maravedís: lo cual apenas si daba para sobrevivir, ya que por esos años un litro de vino costaba 4.21 maravedís, un kilo de bizcocho moreno 5.43, un litro de aceite 6.96 y un litro de trigo 1.34 (p. 53). Con esta economía un trabajador habría encontrado muy difícil reunir los 20.000 maravedís para pagar el pasaje; y es de suponerse que del promedio de 1.500 españoles que se embarcaban cada año de Sevilla al Nuevo Mundo, la mayor parte eran o nobles o sus sirvientes.

Después de conseguir el permiso y pagar el pasaje, los viajeros tenían que comprarse provisiones para una travesía que podría durar tres meses o más. El barco sólo se encargaba de proveer a los pasajeros de agua, así que ellos debían llevar consigo todo lo demás. Fray Tomás de la Torre recuerda que en Sevilla sus compañeros compraron "ornamentos, colchoncillos, camisas, aceite, vino, garbanzos, arroz, conservas, muchas vasijas de cobre, así como cántaros, ollas, sartenes, aceiteras, jeringas, vino, bizcocho y otras muchas cosas que son necesarias para la mar y para después llegados a tierra" (p. 58). Por otra parte, los pasajeros también tenían la costumbre, cuando podían, de proveerse de vacas, corderos, cerdos y gallinas, para poder comer carne fresca durante el viaje. Finalmente, como último preparativo antes de embarcarse, Antonio de Guevara recomendaba a los pasajeros que tomaran ciertas medidas con respecto a su persona:

Es saludable consejo que el curioso mareante ocho o quince días antes que se embarque procure de alimentar y evacuar el cuerpo, ora sea con miel rosada, ora con rosa alejandrina, ora con buena caña fistola, ora con alguna píldora bendita; porque

naturalmente la mar muy más piadosamente se ha con los estómagos vacíos que con los repletos de humores malos. (p. 67).

Al subir al barco la primera reacción de los pasajeros habría sido de asombro ante el espacio tan reducido en que debían acomodarse. La mayoría de los navíos de esa época tenían un desplazamiento de tan sólo 150 o 200 toneladas, pero aun así llevaban a cuando menos 30 pasajeros, además de los 30 hombres obligatorios de la tripulación. Esto indica, señala Martínez, que "hasta 60 hombres tenían que apiñarse en una cubierta de unos 23 metros de largo por menos de 8 de anchura máxima, en su mayor parte ocupada por las múltiples instalaciones y aparejos de aquellas naves, y que debía permanecer libre para permitir las continuas maniobras de la navegación" (p. 78). Este espacio resulta aún más reducido cuando se toma en cuenta también los corrales en que se guardaban los animales (los caballos de los señores, los pies de cría y los animales vivos que se pensaba comer durante el viaje). Desde luego, había cámaras; pero aquellos que podían comprarse una, apenas si viajaban más a gusto. Por lo menos, la cámara que les tocó a Eugenio de Salazar, a su esposa y a sus dos hijos, difícilmente podía haber sido más estrecha:

Y allí por gran regalo —dice con característica ironía don Eugenio— nos metieron en una camarilla que tenía tres palmos de alto y cinco de cuadro, donde en entrando la fuerza del mar, hizo tanta violencia en nuestros estómagos y cabezas, que padres e hijos, viejos y mozos quedamos de color de difuntos, y comenzamos a dar el alma... (p. 76).

El palmo —nos explica Martínez— equivalía a 21 cm; así que, durante por lo menos dos meses, la familia Salazar, habría ocupado una habitación que medía tan sólo 63 cm. de altura y 1.05 mt. por cada lado. Por otra parte, como indica el propio Salazar, si el alquiler de una cámara les daba cierta privacidad, no les libraba de los mareos que provocaba el continuo balanceo del barco. Y, en realidad, las incomodidades del viaje —los mareos, el calor, la falta de espacio, la monotonía— las compartían todos por igual.

De las terribles condiciones que prevalecían en las naves hablan casi todos los cronistas, pero quizás nadie con estilo más gráfico que fray Tomás de la Torre. Refiriéndose al barco en que viajaba él y sus compañeros, señala que "no se puede imaginar hospital más sucio y lleno de gemidos que aquél: unos iban debajo de cubierta cociéndose vivos, otros asándose al sol sobre cubierta, echados por los suelos, pisados y hollados y sucios que no hay palabra con que lo explicar" (p. 106). La vida a bordo, en fin, era bastante dura; cuando no estaban "cociéndose" bajo el sol, ni vomitando, los pasajeros tenían que pelear por guardar su espacio, por proteger sus pertenencias, o simplemente por conseguir un lugar para su olla en el fogón. Y todo el tiempo les acompañaría la terrible sensación de desamparo que sentía Salazar "viéndose al parecer rodeado siempre de un mismo horizonte, viendo a la noche lo mismo que vio a la mañana, y hoy lo mismo que ayer, sin ver otra cosa alguna diversa" (p. 97).

Así era el viaje cuando todo iba bien; es decir, cuando el barco no topaba con piratas, ni pasaba por tormentas, ni sufría plagas y epidemias. Martínez dedica todo un capítulo a la cuestión de la piratería, la cual representaba una verdadera amenaza para los barcos españoles a lo largo del siglo XVI. Por lo visto, tanto los corsarios franceses como los ingleses eran muy organizados. Ya desde antes de iniciar cada expedición, explica el autor, "especificaban la cuota que cada uno, según su rango, debía cubrir por el viaje y lo que les correspondía del botín capturado; precisábanse también las indemnizaciones que recibirían en caso de lesiones o pérdida de miembros en la lucha" (p. 112). La crueldad de los piratas con sus víctimas era legendaria; pero, como Martínez señala, los españoles eran igualmente despiadados con los piratas cuando se les presentaba la oportunidad. Según el embajador veneciano en Londres, en 1604 "los españoles en las Antillas capturaron dos barcos ingleses, les cortaron las manos, pies, narices y orejas a las tripulaciones, les untaron miel y los abandonaron, después de amarrarlos a los árboles, para que las moscas y otros insectos los torturasen" (p. 113).

De las plagas y epidemias no se ocupa mucho Martínez, aunque sí menciona el caso de una flota de 15 naves que, ya en el siglo XVII, fue invadida por una

enorme manada de ratas que, hambrientas, "atacaban a los hombres mientras comían, mordiéndoles las manos" (p. 144). Pero, a fin de cuentas, el mayor enemigo de los pasajeros era el mar. De las 106 naves perdidas durante el siglo XVI, 74 (es decir, un 70%) simplemente se hundieron debido a la violencia del mar; aunque a veces la irresponsabilidad —de las tripulaciones y de los pasajeros— tenían mucho que ver con estas pérdidas. Existían ordenanzas muy precisas acerca de la carga que los barcos podían llevar, así con respecto a las fechas en que se les permitía navegar (junio, julio y agosto eran conocidos como los meses más peligrosos por los huracanes en las zonas del Golfo). Por razones de lucro, de conveniencia o de mala organización, las embarcaciones no siempre respetaban estas ordenanzas, y el precio que pagaban por ello era a veces muy alto. En el caso del viaje entre Campeche y Tabasco que hicieron algunos de los compañeros del padre Las Casas, fueron 32 las personas que perdieron la

vida cuando un huracán alcanzó la frágil barca en la que viajaban. La descripción que hace fray Tomás de la Torre del naufragio tiene todo el dramatismo de un lienzo de Turner:

Como la barca era vieja y muy cargada hacía tanta agua que no la podían los marineros vencer (...). En esto vino una ola grande y como la barca iba muy metida pasó por encima la ola y sumió la barca tanto que les daba el agua a los pechos dentro la barca; los frailes estaban sentados encima de las cajas y como la ola fue grande y furiosa trastornó la barca un poco y dio con las cajas en el agua y con ellas muchos seglares y a fray Agustín y a fray Felipe del Castillo y a fray Pedro de los Reyes ... (p. 273)

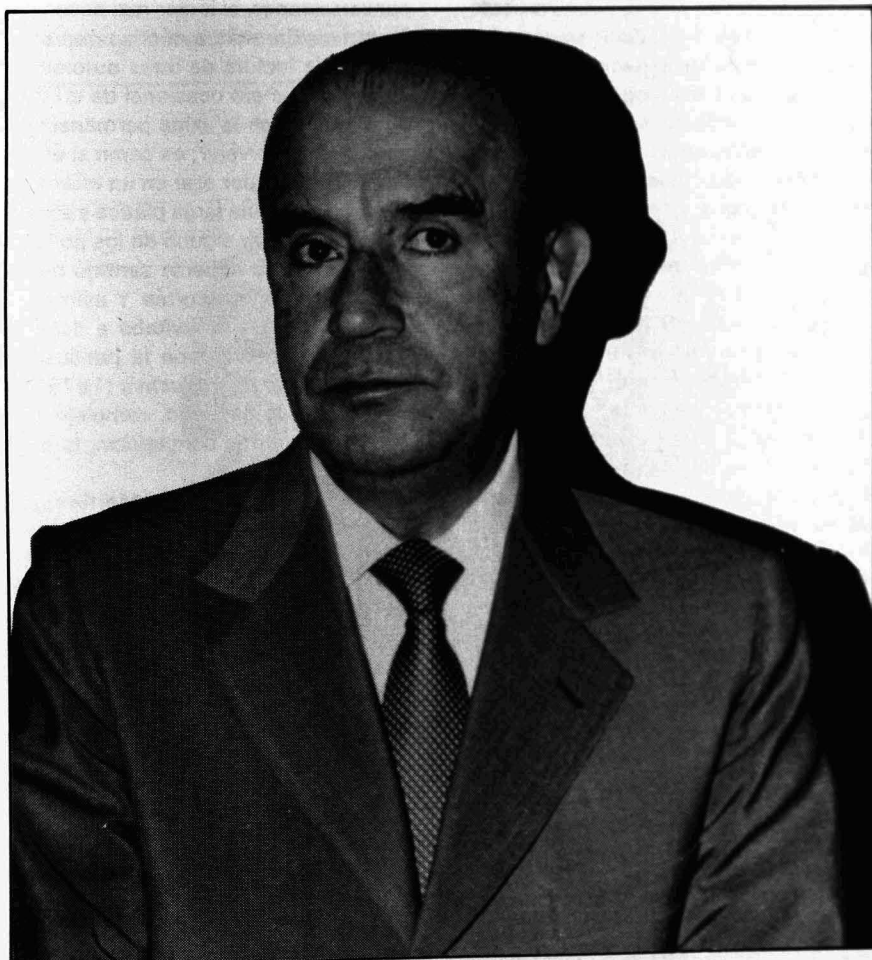
Los últimos capítulos de su libro el autor los dedica al estudio de lo que él llama "el flujo migratorio", análisis que atiende no sólo al número de los emigrantes sino también a su origen geo-

gráfico. Esto necesariamente le lleva a abordar el tema del tráfico de esclavos entre África y el Nuevo Mundo. Los datos que presenta iluminan cada aspecto de esta triste historia: la captura, las caravanas hacia las costas, los preparativos y el transporte, los precios en que los esclavos finalmente se vendían. El libro termina, sin embargo, con una nota más alegre, al referirse el autor a la formación de los nuevos pueblos que resultó de las uniones celebradas tanto entre los negros y los europeos como entre estas dos razas y los indios americanos. Para los españoles los indios tenían un atractivo físico muy poderoso; de ello hablan en sus crónicas una y otra vez. Pedro Mártir de Anglería, por ejemplo, nos ha dejado esta extática descripción de las indígenas que salieron a su encuentro al llegar él y sus compañeros a la isla Española.

Llevan el cabello suelto por encima de los hombros, y una cinta o bandolera en torno a la frente, pero no se cubren ninguna parte de su cuerpo. Dicen los nuestros que su rostro, pecho, tetas, manos y demás partes son muy hermosas y de blanquísimo color, y que se les figuró que veían esas bellísimas Driadas o ninfas salidas de las fuentes, de que hablan las antiguas fábulas. (p. 202)

Ante esta descripción verdaderamente fabulosa de las mujeres del Nuevo Mundo, ¿quién puede sorprenderse de que, después de desembarcar, los primeros españoles se hayan entregado a lo que un comentarista llama una "descomunal actividad genésica"? Después de la larga abstinencia mantenida durante el viaje, por no decir nada de los horrores sufridos a lo largo del mismo, este mundo paradisiaco habría ejercido un encanto irresistible.

En una breve reseña como ésta, resulta imposible comentar todos los méritos de *Pasajeros de Indias*. Si tuviera que resumirlos en uno solo, diría que el estudio tiene la rara virtud de dirigirse no sólo al especialista sino también al lector común y corriente. ¿Cómo no admirarse ante la agilidad con que el autor maneja cifras para replantear, por ejemplo, "el supuesto andalucismo de América"? Pero, también, ¿cómo no sentir fascinación por los relatos de aventuras que acompañan los cuadros y estadísticas? ¡Qué magnífico, por



José Luis Martínez

ejemplo, el pasaje que cuenta cómo algunos naufragos españoles, después de vivir varios meses en unas islas desiertas, al encontrar estiércol de caballo en una playa, se humillaron a besarlo por ver en él señal inequívoca de que se encontraban por fin "entre cristianos" (p. 132). Aunque el pasaje más maravilloso de todos quizás sea aquél que cuenta cómo la esposa del portugués Manuel de Sousa, al ser desnudada por unos "cafres" en una remota playa africana, "tiróse al suelo y cubrióse toda con sus cabellos, que eran muy largos, haciendo un hoyo en la arena, donde se metió hasta la cintura, sin levantarse más de allí" (p. 139). El libro demuestra, en fin, que la historia no sólo no tiene por qué rehuir los relatos más fantásticos, sino que hasta puede nutrirse de ellos: que la erudición puede conjugarse con la imaginación, así como la precisión documental con la elegancia expresiva. Sería difícil escribir un mejor estudio que éste sobre el tema

James Valender

SI TODO FUERA AMOR...

Como Antonio Machado, el poeta Gabriel Zaid inventó un personaje mediante el cual empezó a decir las cosas que no cabían bien a bien en sus poemas y que no podía dejar pasar en silencio: "solución práctica y ambigua a la vez —observa José María Valverde respecto de Machado—; la solución irónica de filosofar en cabeza ajena". Y de la misma forma que cuando Machado inventó a Abel Martín, con sus mismas iniciales, en un "acto de ironía y de humor, un verdadero chiste", el lector que vive en los ensayos de Zaid fue pensado y nació como una necesidad crítica, urgente para su autor, que corría el riesgo de oír en sus poemas otras voces, quizá discordantes allí. Y como sucede con otros personajes apócrifos, el lector inventado por Zaid siempre nos deja la duda acerca de la independencia que mantiene respecto de su autor; es decir, nunca sabemos cuánto de lo que dice pertenece todavía a lo que piensa Zaid y cuánto a sí mismo, a la autono-

mía que toda figura inventada puede exigir de su inventor. Esta estrecha relación entre Zaid y su lector despierta en nosotros, lectores reales, la vaga sensación de presenciar una polémica entre dos autores que han convenido reunirse en un terreno neutral y que sólo hablan, nobles caballeros, de lo que es pertinente en el momento justo. Tampoco sabemos cuál es la figura que corresponde a Zaid y cuál es la del otro. A veces pensamos que Zaid es una persona muy seria, aun pesimista, y de pronto sospechamos que se trata sólo de un recurso de exageración que busca conmovernos con los pormenores de un drama de apariencias. Por lo demás, no dejo de imaginarme a Zaid asomándose a un espejo y encontrando, como Apollinaire, en lugar de su cara, su propio nombre: extraordinaria visión de las dos partes que integran la figura del escritor —la poética y la prosaica, por ejemplo. De este lado del espejo hay un lector excepcional, del otro, un hábil jugador de burlas veras. Ahí el mismo Zaid se propone como un enigma matemático, como un acertijo que recuerda a Lewis Carroll. Pero Zaid queda igualmente fuera de los espacios visibles, es la sustracción o la incógnita. Podría haber sido un filósofo si hubiera nacido cincuenta años antes. Y habría escrito, como Machado: "busca en tu espejo al otro, al otro que va contigo". Busca la imagen de su lector ideal. Vislumbra una idea, escribe un poco acerca de ella y deja intocado un alto porcentaje de las demás posibilidades de esa idea. Discreta lección en un mundo de sabelotodos. A veces parece furioso; a veces, profesor, paciente, y al fin con humor suaviza lo terrible del tema y sus palabras. Cuando la gravedad del caso lo permite, propicia una sonrisa recelosa que acentúa nuestra simpatía, por lo increíble que resulta su actividad, sus discusiones. Y además porque no estamos seguros de que sea él quien reta a su lector o si es éste el que lo conduce a él a enfrentar retos mayores. Por lo menos en dos ocasiones Zaid se ha referido a esto: "En 1971 empecé a escribir un libro sin saber a dónde me iba a llevar" ("Encuesta sobre el título de un libro", 1978); "Debo decir que no me proponía hacer política literaria. Tuve que asumir esa responsabilidad al descubrir que la estaba haciendo y que no podía evadir las consecuencias" (*Cómo leer en bicicleta*, 1975). Puede decirse

que ha sido ese lector que protagoniza los libros de Zaid el que le ha tirado de la mano para llevarlo a encontrar la riqueza de su tarea, que podemos identificar como una crítica de la lectura.

Con motivo de la publicación de uno de los libros de Zaid, Mario Vargas Llosa se preguntaba (1976) si las investigaciones de Zaid no eran un "perverso desperdicio de ingenio", encontrando que "para llegar a los grandes asuntos pasa por los diminutos y marginales". Y citaba la respuesta que dio el mismo Zaid: lo que debe buscarse son soluciones prácticas, que estén de acuerdo con las diferentes opciones de las personas. Sin que el novelista explicara claramente cómo se efectuaba el tránsito de lo diminuto a lo grande, lo cierto es que entrevió parte de la cuestión. Zaid escribe sus propias soluciones prácticas, las que ha encontrado a su alcance, y para lograrlo imaginó un lector con el que puede hablar de todo tipo de asuntos, desde la interpretación de un verso hasta la de tres siglos de historia cultural. Frente a estas sucesivas conversaciones, el lector real desempeña la función, más auténtica que en el caso de la lectura de otros autores, de ser el compañero ocasional de un viaje en el que no se le exige permanecer, y ni siquiera intervenir; es como si el lector real llegara por azar en un momento cualquiera de una larga plática y se retirara antes de oír alguno de los posibles desenlaces, sin haberse sentido nunca un intruso o un descortés. Y esto a pesar de que Zaid lo invitaba a decir su opinión. De hecho, con la publicación de *El progreso improductivo* (1979) fue notorio que lo pequeño, complejo, servía a una enorme concepción, la de la oferta de progreso.

A la invención de Abel Martín siguió la del discípulo de éste, Juan de Mairena, que imaginó a un poeta, Jorge Meneses, verdadero inventor de la Máquina de cantar, y el cual esperaba, como Machado, a los nuevos poetas, a los poetas futuros (que harían una poesía de todos y para todos). Gabriel Zaid, al inventar a su lector, entró a una etapa de espera del futuro. Desempolvó la *Máquina de cantar* (1967) y observó su aparición en otros países, dándole la razón a Machado en lo que se refiere al modo de considerar la presencia del pueblo en la poesía (a través de Hölderlin leído por Heidegger y de Machado leído por García Bacca). "Martín —es-

▲ Gabriel Zaid: *La feria del progreso*. Taurus Ediciones, Madrid, 1982.

RESEÑAS

cribe Valverde— parecía hablar del problema de la poesía con vistas a su filosofía, mientras que Mairena se atiene a lo literario, aunque con profundo interés por la coyuntura cultural y social de la historia". Lo que Zaid encontró fue la computadora, no la "expresión de todo un grupo, más o menos amplio, que está presente e interviene en la elaboración de la copla, decidiendo las alternativas por mayoría de votos" (Valverde), por lo que debía demostrar las bondades de la Máquina de cantar. Vargas Llosa se refería a esto al escribir, al final de su comentario, que "quienes creen que en esta era de computadoras y robots inteligentes la literatura puede desaparecer como quehacer humano al recibir el *impacto* de la ciencia, los ensayos de Zaid les demuestran que no hay nada que temer". Es posible que el lector de Zaid se llame en realidad Juan de Mairena, pues está visto que ambos esperan una época en la que hayan fracasado las máquinas del progreso, mientras ellos piensan en ese "medio, entre otros, de racionalizar la lírica":

El poeta, inventor y manipulador del

artificio mecánico, es un investigador y colector de sentimientos elementales, un *folklorista*, a su manera, y un creador impasible de canciones populares, sin incurrir en el *pastiche* de lo popular (Machado).

Zaid y su lector, como Machado y Martín y Mairena y Meneses, están en la feria "donde todo se vende y todo se pregona como progreso —dice Zaid—: las maravillas de las computadoras y la denuncia de sus monstruosidades, la poesía de vanguardia y el retorno a los orígenes..." La feria es el mejor lugar para encontrar artefactos como la vieja máquina de cantar de Machado; es el lugar donde la fiesta adquiere su más auténtico sentido al confundirse con las operaciones del mercado; se diría que con un poco de feria hasta la risa se paga. Y a ese lugar llegó Zaid con sus libros de ensayos: *La máquina de cantar*, que trata de lo absurdo del canto mecánico frente al humano; *Leer poesía*, actividad en infinitivo, persistente y fértil, que no está sujeta a ninguna regla, excepto la de cada lector. *Los demasiados*

libros, análisis de cómo la tecnología ha vuelto imposible leer, al tiempo que permite, como nunca antes, la posibilidad de seguir leyendo. *Cómo leer en bicicleta*, donde se prueba que no se puede leer en bicicleta de ninguna manera, aunque después de usar ese aparato la lectura adquiere lo visto durante el intento de viajar leyendo. En fin, *El progreso improductivo* revela que lo que se tenía por movimiento se ha convertido en una forma de la inmovilidad. Es decir, quince años de trabajo en una selección de los ensayos de estos libros editada en 261 páginas o ¿cuántas horas de lectura?

Machado pensaba que una lírica intelectual era "tan absurda como una geometría sentimental o un álgebra emotiva"; "el intelecto no ha cantado jamás, no es su misión. Sirve, no obstante, a la poesía, señalándole el imperativo de su esencialidad". Con lo que Zaid se muestra de acuerdo: "Quizá en ninguna época se ha llegado muy lejos en poesía sin un verdadero saber. Pero hoy el umbral mismo de la poesía parece negado tanto a quienes pretenden ya saber cómo se hace un poema, como a quienes pretenden ignorar cómo, finalmente, quedó hecho". Creo que no hay duda acerca de lo que esto implica en la elección ensayística de Zaid. Para él, la diferencia entre un poema y un ensayo es algo mensurable. Lo importante es leer, porque ello nos hace más reales, afirma, y bajo esta fórmula se aclara su trabajo: salir al mundo y entenderlo representa las mismas dificultades para el poeta que para el ensayista. Si al leer se pone el marcha el pensar y el ver, el saber y el cantar, puede reconocerse en cada ensayo de Zaid el material que pudo haber compuesto un poema. Y viceversa. ¿O no es un ensayo breve este poema machadiano de Zaid?

Tener que hacer
es mucho tener,
enajena el ser.

Y no tener
es mucho saber
de lo inútil que es ser.

La frontera entre ambas actividades fue identificada por Machado en la *Poética* que hace años envió a Gerardo Diego: "Pensar lógicamente es abolir el tiempo (...) al poeta no le es dado pensar fuera del tiempo". A lo que Zaid agre-



PACHECO: LA LETRA DEL MAR

garía que "cambiar de escala cambia el tipo de verdad en cuestión"; algo filosóficamente posible, como el resumen de un pensamiento, poéticamente es imposible, diría.

Por lo demás, hace aún más años, un poeta mexicano hablaba de cierta desagradable similitud olfativa, de miasmas y de guarismos, en la atmósfera de una oficina burocrática de estadísticas. Y en el caso de Zaid, lo que sucede es que su lectura no tarda mucho en desatar una investigación convirtiéndose pronto en un ensayo, y casi sin remedio esto tiene que ver con números y estadísticas, con medidas que deben ser irrefutables gracias a su exactitud, con teoremas nada sentimentales, lo cual es notablemente una atmósfera muy distinta de la que respiraba aquel poeta, que exclamaba: "¡Ah!, si estos números fueran alguna cosa: objetos, monedas, bultos; si me dijeran algo al pasar!" Zaid, al contrario, diría: "Sin una lectura expectativa, no se producen los encuentros milagrosos", o algo parecido con lo que pondría de relieve el trabajo forzado que mataba de aburrimiento al otro poeta, condenado en su oficina-presidio, el cual rara vez se ufana: "Dejo de ser máquina por segundos y torno a ser hombre". Es en este punto donde ambos poetas coinciden. Así Zaid encuentra a su lector, al insistir, por ejemplo, en señalar los beneficios que produce el trabajar con los guarismos, exactamente para alejar los miasmas de la cultura árida, por darse el gusto de profanar los lugares comunes de la prudencia mexicana, sin olvidar que a esa prudencia le parece "poco respetable ocuparse de cosas cuantitativas". Y es una respuesta al viejo poeta blanco que dudaba, con razón, y ahora sin ironía, que hubiera "quien, mejor dotado por la educación y por el talento, lograra, con beneplácito de academias científicas y literarias, versificar teorías económicas, traducir en bellas metáforas los asuntos financieros y verter en la cratera cincelada de la poesía el vino fortalecedor de la ciencia". Algo de esto hizo Zaid en ensayos que pudieron ser, en otra escala, poemas. Suma, pues, ¿o multiplica?, *La feria del progreso* a otras célebres ferias de la bibliografía mexicana: *La feria de la vida*, de José Juan Tablada; *La feria de los días*, de Jaime García Terrés, y *La feria*, de Juan José Arreola.

Jaime G. Velázquez

Contra la poesía que sugiere, la que se hace a un lado para que pase lo dicho por otra voz, una voz que habla por el mundo o los mundos que no se ven, se levanta la poesía del *decir*, la poesía que también nombra el deseo. En la poesía latinoamericana ya no es frecuente la poesía del *decir*, después que la poesía lezamiana, maestra de lo elusivo, se convirtiera en muralla. La poesía del *decir* se replegó en sí misma pero no en sí misma en un sentido de enclaustramiento (para eso está la poesía que se dice a sí misma o la poesía que habla sobre la poesía), sino que, como la poesía del *decir* es breve, recurrió una vez más a la metáfora. En efecto, ya la poesía que se dice a sí misma, de la mano de las funciones metalingüística y poética del lenguaje, renunció a la metáfora como un elemento de segundo grado frente a otros

▲ José Emilio Pacheco. *Los trabajos del mar*. Ediciones Era, México, 1983.

que trabajan con elementos icónicos del lenguaje: la consideración del poema como un objeto replegado sobre sí mismo y, también, la utilización del juego verbal mediante la paronomasia, figura por excelencia del lenguaje poético según Roman Jakobson. Estos elementos, en términos de la teoría de la información, mantienen un índice más alto de temperatura informacional o sea tienen un mayor grado de "novedad". En cambio, la metáfora pasó a posiciones de repliegue: la metáfora, cuya ambición de simetría la hizo ser a la vez diacrónica y sincrónica: diacrónica, al seguir a ambos lados la línea del horizonte; sincrónica, al ser la vertical de un abismo que se desborda. Estamos en el mar.

Optar por el mar como metáfora, como lo hace aquí José Emilio Pacheco, es asumir una postura que cae hacia el lado mimético de la balanza entre mimesis y poesis. Es apelar a la tópic que sitúa a la naturaleza como lugar sagrado, sustitución que tiene una doble vertiente histórica: por un lado, es un motivo de cuño latino que sitúa lo natural como divino; por otro, es un tema de



José Emilio Pacheco

tipo romántico que recupera la tradición latina al hacer de la naturaleza lo opuesto de la vida urbana y para así comprobar, de paso, una rebelión frente a la revolución industrial, rebelión tardía pero no por eso menos eficaz.

La palabra mar, metaforizada, se descodifica en un proceso metonímico en *río* (pars pro toto) y *río* en *agua*: son los trabajos del agua, que lleva las cosas con su motor intemporal. Pero hay que decir antes que las metáforas náuticas tienen una vasta tradición en relación a la escritura: Curtius desvela la metáfora de esta índole haciéndola coincidir con la tarea de la escritura poética. Para los latinos, escribir un libro era desplegar las velas; terminar un libro era replegarlas.

Descodificar mar en agua sitúa este último término en su raíz filosófica y lo convierte en un elemento primario al lado de fuego, aire y tierra: es una fuerza que, como metáfora, va más allá del mar mismo creando un espacio infinito que es todos los lugares. El agua, su fluir, alargando la mano, se identifica con la corriente del pensamiento (James) y finalmente con la corriente de la escritura. Sólo por el mar entramos al poema como objeto que se elabora a sí mismo, que se va haciendo conciente de su transcurrir. De la mano del mar (de ahí la coherencia y la felicidad de la metáfora en el título de Pacheco: *Los trabajos del mar*) entramos al poema. Al poema que, mediante Heráclito-lector, nunca volverá atrás por más que la pretendida fijeza de la letra haga como que está permitido volver: será un atrás que ya no es el mismo porque han cambiado tiempo y mirada. Pero es bueno repetir que sólo mediante la desconstrucción de la palabra metáfora-mar, con una fuerza en este caso semejante a una verdadera palabra-valija, se puede llegar, al final, al elemento primario para todo poema que es su propuesta como escritura. Mediante este recorrido la desconstrucción del término que es una desmetaforización, ya que reduce a la metáfora a uno de sus semas primarios, se puede acceder al *motivo* del libro, de tradición latina, que es una de las constantes de toda la poesía de Pacheco: el tiempo, o, para ser más precisos: *tempus fugit irreparabile*, que podría ubicarse en la tópica de Curtius dentro de la *consolatio*, o sea, los lugares del discurso que se refieren a la aceptación fi-

nal de la muerte. Ahora bien, ese tiempo que huye se vuelve objetual mediante su espacialización: es un guiño relativo a la enorme masa de agua que llamamos *mar*. Esta relativización final del motivo del libro es palpable en el hecho de que sólo su primera sección alude directamente al mar: me refiero a la sección primera llamada "Aguas territoriales". Esta parte recurre todavía al *emblemata* mediante los poemas relacionados directamente con el mar o metonímicamente relacionados con ese tema: puerto, muelle, cangrejo, pulpo son texto y contexto del mar. Luego el volumen cambiará de tono dejando al mar como telón de fondo, y cuyo *emblemata* lo convierte en libro simbólico.

Eduardo Milán

DE ACTUALIDADES

CRÓNICA DE UNA AUSENCIA

Desde el 18 de agosto de 1983 el Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética no ha sido visto en público. Ausente de recepciones oficiales, ausente de la celebración del aniversario de la Revolución de Octubre y del desfile militar del 7 de noviembre en la Plaza Roja —hecho sin precedentes en la historia soviética desde la enfermedad de Lenin, en ese ciclo ritual consagratorio de una continuidad inmovilizada; todavía está presente el estuario saludo de Brejnev el año pasado, días antes de su muerte, desde lo alto del mausoleo—, ausente de las deliberaciones de fin de año del Comité Central del Partido, de la sección de invierno del Soviet Supremo que él preside, de la reunión del Soviet de la República Federal Rusa. Ausente de las pantallas de televisión.

La situación es ya insoslayable. En el cerrado mundo informativo de la capital soviética, los rumores han cobrado cada vez más densidad. Desde el "resfriado" inicial, la marea subió con el

transcurrir de las semanas: diabetes, diálisis, trasplantes de riñón, versiones de atentados fracasados y fallecimientos presuntos que conmovieron las Bolsas de las capitales occidentales, certidumbre de parálisis, especulaciones todas estrelladas en el nervioso mutismo de los voceadores oficiales. La desojarización es tan insólita, sin embargo, que hasta los altos responsables de la política norteamericana —Schultz, Bush, el mismo Reagan— se han interrogado públicamente sobre ella. ¿Quién es el interlocutor en el Kremlin? ¿Existe crisis en el mando supremo? ¿Los militares están avanzando realmente sobre el aparato partidario? Las dudas hasta hoy no se han despejado.

La salud de Andropov era un dato puesto en cuestión cuando asumió el cargo, pero nadie llegó a prever un deterioro tan rápido y marcado como el que todas las evidencias indican. Es cierto que aparentemente todo sigue igual y que el poder del secretario general no ha disminuido sino que, por el contrario, ha mostrado signos de consolidación. Su presencia indirecta en el mando soviético es reafirmada constantemente por declaraciones que llevan su firma y referencias de sus camaradas del Politburó. Pero el terco hecho de la ausencia se sigue imponiendo y se empieza a especular con una sucesión abierta en Moscú. Reaparezca o no físicamente en un plazo más o menos inmediato, el mandato de Andropov aparece signado indeleblemente. Su carácter transicional está ya presente en todos los cálculos políticos referidos a la URSS. Esto no es un hecho menor en un año que se presenta como el más tenso de las relaciones internacionales en el último cuarto de siglo, con los contactos entre las superpotencias reducidos a su mínimo desde la muerte de Stalin, con la incertidumbre de las elecciones estadounidenses de noviembre: la eventual semivacante de poder en el Kremlin es un punto desasosegante que potencia todos los anteriores. La misma Unión Soviética difícilmente puede soportar por largo tiempo una decrepitud o incapacidad acentuada de su número uno, después de la pesada experiencia del último lustro brejneviano.

El liderazgo de Yuri Vladimirovich Andropov se asentó mucho más rápidamente que lo previsto por cualquier

observador, conquistando en meses las máximas instancias del poder partidario y estatal —Secretaría General del Partido, Presidencia del Soviet Supremo, dirección del Consejo Militar—, tarea que a Brejnev había costado más de una década. Andropov se vio beneficiado, además, por la probada estabilidad del sistema una vez que ha tomado sus opciones y por una indiscutida preeminencia intelectual y política sobre los demás integrantes de las instancias superiores: "Han elegido al más inteligente", fue el comentario de Raymond Aron sobre el cónclave moscovita de noviembre de 1982. Pese a todo esto, y por supuesto acentuado por el curioso episodio de su ausencia prolongada, la situación no deja de ser equívoca, gris, en lo que hace a las líneas maestras de su política a la cabeza de la superpotencia comunista. Sus primeros doce meses se vieron caracterizados por una fuerte falta de imaginación y de un nítido perfil innovador, decepcionantes para todos los que pusieron alguna expectativa en el cambio de guardia.

Es cierto que los problemas planteados en Moscú son complejos. La degradación política, económica y moral del régimen alcanzó niveles peligrosos en el largo "fin de reinado" brejneviano y la rectificación de la situación es tarea, si posible, ardua: sus resultados sólo podrían apreciarse en el mediano plazo. Opción penosa para un hombre que como Andropov, y la confirmación vino antes de lo previsto, está urgido por el tiempo. De hecho, el cúmulo de cuestiones sin resolver en noviembre de 1982 —propias de un momento coyuntural difícil pero también rezago superlativo de la inercia de un sistema excesivamente centralizado, trabado por la irreversible pero lenta enfermedad de Leonid Ilich— era enorme. Hacía previsible, e inevitable, una ofensiva correctiva de cuya necesidad pareciera haber existido consenso en el Politburó elector. Los golpes de timón vinieron, pero no tuvieron ni la fuerza ni la espectacularidad con la que se ilusionaron quienes aceptaron, un tanto ligeramente, la versión cautelosamente filtrada en los momentos iniciales que hacía del nuevo Secretario un "liberal", un reformista difuso, un eco de los tiempos de Jruschov.

En un artículo publicado en estas páginas en el momento inicial del régimen¹, me mostré escéptico respecto de

las posibilidades innovadoras, no desde una dogmática perspectiva negadora de toda alternativa de cambio en la Unión Soviética —aunque reconozco fuertes indicios de una sociedad bloqueada, postrada excesivamente por la burocracia y la represión— sino desde el análisis concreto de la herencia de Brejnev y las fuerzas políticas y sociales que elevaron a la cúspide al hombre que por más tiempo regenteara la KGB en toda su terrible y desolada historia. La dinámica del poder y de la sociedad soviética en el cuarto de siglo transcurrido desde el XX Congreso y el célebre informe secreto que "destapó la olla", como dice Paz, no dejan espacios abiertos a reales modificaciones desde arriba, tales como las arriesgadas entonces por Nikita Sergueievich para demostrar el terror estalinista y liberalizar la vida soviética. El sentido de la elección de Andropov fue "la necesidad de poner orden en la enorme gama de problemas que acosan a la URSS, especialmente los económicos, que ponen en cuestión su capacidad para llevar adelante su lucha por la hegemonía mundial, que sigue siendo el eje fundamental de la línea de Moscú". La vieja burocracia partidaria, encabezada todavía por Chernenko, que dio claros síntomas de agotamiento en las postrimerías del periodo de Brejnev, no podía garantizar el éxito en esta tarea. El poder del nuevo jefe de la Nomenklatura se fundamentó en una coalición todavía no definitivamente cristalizada, pero ya lo bastante poderosa como para imponerse a las viejas estructuras partidarias, integrada por el ejército, la KGB y la moderna y agresiva tecnocracia estatal. La poderosa figura del mariscal Dimitri Ustinov —ministro de Defensa de la URSS— apareció como un factor fundamental en el nuevo ordenamiento de fuerzas.

Las cuentas no muy claras

Debemos intentar un rápido balance del año inicial del nuevo régimen. En el equilibrio del poder puede haberse mantenido el acuerdo precario de la coalición andropoviana con la burocracia brejnevista de Chernenko. Es cierto que la campaña anticorrupción en las altas esferas del partido y del Estado golpeó, en ocasiones con rudeza, a hombres muy vinculados al pasado régimen. El caso más notable fue el del general Sholokov, ministro del Interior

e íntimo amigo de Brejnev, cesado en su puesto, luego expulsado del Comité Central y, quizás, procesado. Otros blancos fueron el secretario de la región de Krasnodar, también apañado por el viejo secretario general, y algunas figuras del aparato ideológico, miembros de un clan en descomposición, el de Suslov. Trascendió también una campaña moralizadora en el ejército, sin mayores detalles.

Sin embargo, nada de esto alcanzó una magnitud tal que alterara radicalmente el equilibrio de fuerzas en el Politburó, tal como se componía en noviembre de 1982. Allí mismo, en el máximo centro de poder, las cosas han cambiado pero no demasiado y, es más, sin un signo claro. La incorporación de Aliev como miembro de pleno derecho y la previsible muerte de Pelshe, viejo "duro" bolchevique no demasiado simpatizante de Andropov, fortalecieron personalmente al secretario general. De allí en más, una figura avanzó muy claramente: Gregori Romanov, promovido de secretario de Leningrado al Secretariado del Partido, encargado de la industria pesada, y que como miembro del Politburó reúne todas las condiciones para ser un eventual sucesor. Portavoz del complejo militar-industrial, de los "devoradores de acero", tomó el lugar de Andropov en el acto central de aniversario de la Revolución en el Kremlin y pronunció un discurso nada circunstancial: un verdadero programa de futuro estuvo en sus palabras. Es cierto que Vitali Fedorchuk, el reemplazante de Andropov en la cabeza de la KGB cuando su jefe inició su ascenso final hacia el puesto de Brejnev en abril de 1982, fue nombrado ministro del Interior y esto fue un éxito del actual número uno. También puede considerarse una afirmación de su posición la promoción fulgurante de Vitali Vorotnikov del modesto puesto de embajador en Cuba al de presidente de la Federación Rusa y miembro de pleno derecho del Politburó elegido en la reciente reunión de diciembre del Comité Central, y quizás el prospecto personal de Andropov para su sucesión. Otros dos éxitos en las nominaciones: Nikolai Rizkov y Eugueni Ligachev en el Secretariado del Partido. Si bien el primero resultaría un competente economista sin mayor relevancia política, miembro de esa nueva y exigente tecnocracia modelada por Kosigyn, el se-

gundo estaría a cargo de las designaciones, de los cuadros, y esto sería un serio recorte al poder de Chernenko. Sin embargo, el nombramiento de Viktor Chebrikov, actual jefe de la KGB, como miembro suplente del Politburó debe adjudicarse más bien a los adversarios: siempre fue el hombre de control de Brejnev en la KGB dirigida por Andropov. También puede reflejar la importancia alcanzada por ese aparato en el esquema del poder soviético, de tal manera que su patrón no puede quedar excluido de las instancias decisivas del mando. Un último integrante recién electo del Politburó, Mijail Solomentsev, fue postergado siempre por Brejnev y es previsible que sus simpatías no se dirijan hacia el grupo con ese signo.

En resumen, los cambios y promociones en el máximo nivel, apuntan por un lado a un descenso de poder de la vieja burocracia brejneviana y de Chernenko en particular, pero no tan espectacular como para motivar su definitivo desplazamiento: Gorbachev, hombre ambicioso, el más joven del Politburó, miembro además del Secretariado, puede pasar a encabezar las aspiraciones de este poderoso sector del poder soviético constituido por los cuadros del Partido. Por otro lado, existe una ló-

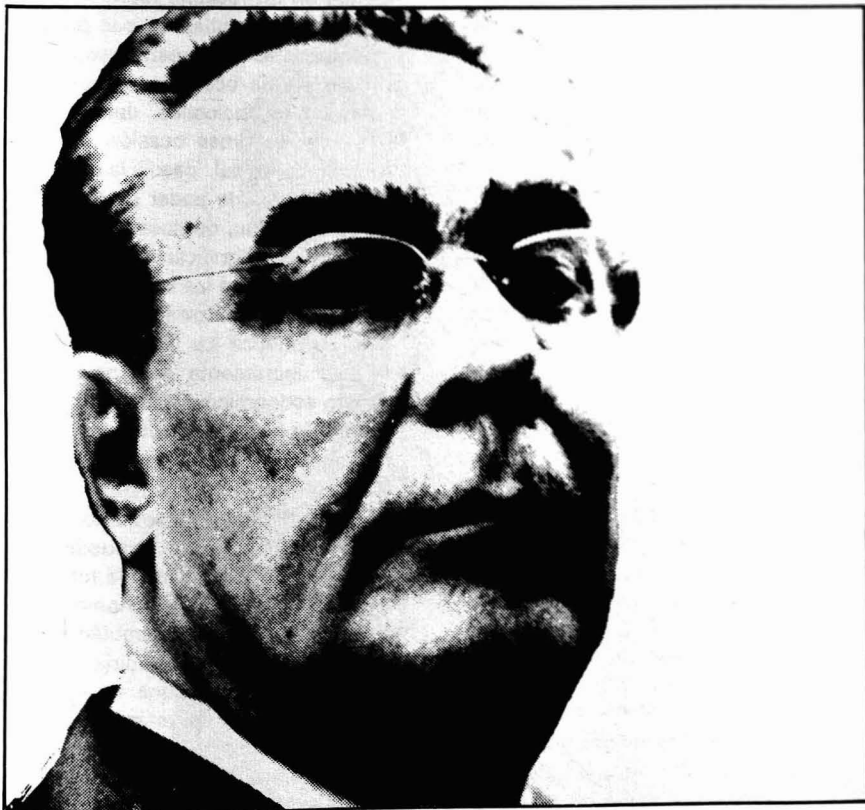
gica afirmación del poder personal de Andropov, amenazado posiblemente por su enfermedad, y que no indica necesariamente que se transmita automáticamente a quien él deseara ver en su lugar luego de su alejamiento. El ejemplo de Brejnev con Kirilenko y Chernenko sucesivamente alerta sobre una identificación apresurada. Finalmente, el peso del ejército y la industria militar, encarnado por el veterano Ustinov, puede ser decisivo en el comportamiento de la coalición mayoritaria en caso de una sucesión: Romanov aparece con fuerza frente a posibles competidores.

En el terreno de las medidas de gobierno, el régimen de Andropov logró algunos moderados éxitos, tales como el crecimiento industrial a una tasa del 4.1% y agropecuario de un 3.6%, que superan bastante los bajos rendimientos de 1982. Las medidas tomadas incluyeron la represión de la "vagancia", del ausentismo, y una mayor disciplina laboral, junto con estrictas exigencias a los responsables de las empresas en cuanto al cumplimiento de las metas. Se crearon nuevos incentivos materiales a la productividad y se amplió la capacidad de decisión de las empresas, en un plan piloto que ahora se aplicará

experimentalmente en empresas electrónicas ubicadas en Bielorrusia, Lituania y Ucrania. También, con el ánimo de fomentar la innovación tecnológica, se crearon fondos especiales e incentivos financieros para las empresas que apliquen invenciones y nuevas tecnologías. En lo que hace a la organización, se aprobó la legislación de los "colectivos laborales" destinada a ampliar la participación obrera en la planificación de las actividades de la empresa, y a la vez se reforzó la autoridad del GOSPLAN —la poderosa Comisión Central de Planificación— en detrimento de los poderes de la burocracia intermedia. En consonancia con lo anunciado por Andropov en su discurso inaugural se avanzó muy tímida y cautelosamente, en una estrecha vía de compromiso entre la rigidez ideológica y un pragmatismo económico que dista mucho de asemejarse al relativamente exitoso y liberal intento húngaro, del que se decía el jefe del Kremlin tomaría como modelo. En la política hacia los disidentes y la emigración el nuevo régimen se mostró muy rígido, aumentando aún más la represión y congelando completamente los permisos de salida de la Unión Soviética. En el balance entre las fuerzas inmovilizantes y las dinamizadoras, resulta claro que el peso de las primeras ha constituido una traba hasta el momento, insuperable para la implementación de reformas profundas, si es que éstas —como algunos todavía sostienen— figuran de alguna manera en los proyectos de Andropov.

En política exterior, el primer test propuesto en torno a las presuntas intenciones de distensión del nuevo jefe se situó en Afganistán. Se especuló sobre el propósito de retirar o reducir sustancialmente las fuerzas soviéticas de ocupación de ese país islámico. Posibilidad discretamente alentada por voceros oficiosos en coyunturas oportunas, sólo ha resultado un espejismo: la guerra prosigue con toda intesidad y Moscú, con sus prisioneros de Kabul al unísono, sigue declarando que su presencia se prolongará en tanto prosiga la "intromisión" estadounidense y paquistaní contra la "revolución".

La apertura diplomática con China, es cierto que iniciada por Brejnev pero subrayada inmediatamente después de sus funerales por Andropov en persona, ha alcanzado un éxito formal discreto, pero en lo sustancial las conver-



Leonid Brejnev

saciones siguen estancadas. El tono de los intercambios entre las dos capitales comunistas se ha distendido, pero el cambio dista de ser espectacular y mucho menos prometedor de alguna perspectiva más profunda que un cierto apaciguamiento de la controversia. Pekín se solazó de la derrota de la diplomacia soviética a raíz del inicial despliegue de los euromisiles estadounidenses. Es más, pese a cierta política provocativa de la Administración Reagan respecto de Taiwan, los dirigentes chinos parecen decididos a proseguir con su acercamiento a Washington y el viaje de Zhao Ziyang así lo acredita. La "carta rusa" de China, de existir, no fue jugada en esta ronda. En Medio Oriente, resulta cada vez más evidente el progresivo hundimiento de Estados Unidos en el pantano libanés, pero los soviéticos están lejos de tomar la iniciativa y sus cartas son reducidas, con Siria como la única posición relativamente firme. En Centroamérica, Estados Unidos prosigue sin encontrar resolución a una crisis que amenaza algunos de sus vitales intereses y que lo erosiona y desprestigia, pero la URSS y su aliada Cuba sufrieron un golpe rudo en Granada y su situación estratégica y diplomática es ambigua. En el resto del Tercer Mundo la credibilidad y el prestigio soviético no han mejorado, y lo más posible es que haya continuado descendiendo.

Sin embargo, el verdadero terreno de confrontación con la otra superpotencia fue colocado por Moscú en la cuestión de los euromisiles. Allí, Andropov se comprometió personal y reiteradamente y las presiones políticas y diplomáticas ejercidas sobre los gobiernos de Europa occidental fueron enormes. El despliegue pacifista de masas ha sido y es importante, especialmente en Alemania Federal e Inglaterra, dos países claves en la estrategia atlántica. Nadie duda de la justicia abstracta de sus postulados, como también resultan evidentes —aún para dirigentes pacifistas claves como E. P. Thompson²— los dividendos políticos que esperaba obtener Moscú de estas gigantescas movilizaciones, aprovechándose de cierta ingenuidad básica de sus planteamientos. La "ofensiva de paz" de Andropov fue dirigida claramente a capitalizar la presión que este proceso antinorteamericano y anti-OTAN ejercería sobre la conciencia po-

lítica europea occidental, pero su fracaso fue notable. El laborismo británico y la socialdemocracia alemana recibieron espectaculares derrotas electorales pese a haber inscrito en lo central de sus programas el cuestionamiento a la estrategia nuclear de la alianza occidental. Y puntualmente se inició en diciembre el despliegue de los Pershing³ y Crucero que responden a la amenaza de los SS20 incesantemente incrementados por los soviéticos mientras que agitaban sus consignas de desarme y paz.

El inicio del despliegue de los euromisiles ha constituido un serio revés diplomático y político para la URSS, quizás el más importante desde la crisis de 1962, aunque por cierto menos espectacular. Es cierto que la alianza atlántica ha recibido duros embates, que por primera vez su unidad esencial fue cuestionada y que muchos piensan que bien puede resultar una victoria pírrica. Pero el despliegue operativo de los nuevos misiles ha reafirmado la voluntad esencial de resistir a la línea expansionista de los soviéticos, en un punto mucho más crucial que el planteado en 1979 por la agresión a Afganistán. Ha significado el fracaso de cuatro largos años invertidos por Moscú para evitarlo y ha colocado a la diplomacia de Gromiko a la defensiva luego de su unilateral ruptura de las conversaciones de Ginebra. Resulta claro que la paz mundial es ahora mucho más precaria que hace seis meses, que la actualización de la guerra fría es ya una dolorosa realidad, pero sería injusto achacar a Occidente y a su supuesto o real belicismo toda o la mayor responsabilidad el arsenal de SS20 que pende sobre Europa, que se inscribe en el intento soviético de aprovechar el desbalance estadounidense luego de Vietnam para incrementar su hegemonía, fue el verdadero desencadenante de esta peligrosa espiral de confrontación. La retórica anticomunista de Reagan no es apaciguadora, pero no dista del lenguaje agresivo de Moscú y de su ofuscada reacción al fracaso de su política europea: la brutal e inmediata búsqueda de respuestas militares indica claramente el real contenido de las intenciones del Kremlin.

La confrontación situada en su nuevo umbral resultará enormemente pesada para la Unión Soviética, y la política de rearme a ultranza de Reagan, Bush y Weinberger la ha colocado en

un nivel de desafío vertiginoso, singularmente oneroso para su economía, ya maltrecha, y la del bloque, que lo está todavía más. El éxito obtenido por la administración republicana al ver aprobado su gigantesco presupuesto para el Pentágono de 253 mil millones de dólares, votado por amplio margen en un Congreso supuestamente renuente al incremento del gasto bélico, constituye un serio desafío a la capacidad de respuesta del Kremlin. Programas tan debatidos y postergados como el del portador estratégico MX y el bombardero B1, entraron en etapa de concreción. El desarrollo de la capacidad bélica espacial recibió atención prioritaria. El crecimiento de fuerzas convencionales muy sofisticadas fue atendido. Más allá de la retórica envejecida o de percepciones sobre el papel de Estados Unidos en el mundo desfasadas o erróneas, la afirmación soviética de que la correlación de fuerzas global está inclinándose a favor del "socialismo" resulta por lo menos aventurada.

El liderazgo soviético se enfrenta a una difícil disyuntiva: ceder frente al rearme occidental o aceptar la nueva espiral de desafío, correr el riesgo de que Estados Unidos "traduzca su poder económico en militar", como amenazó Reagan en un reciente discurso si sus adversarios persistían en sus políticas armamentistas y expansionistas. Lo primero podría ocasionar nuevas presiones de los "halcones" del Pentágono y una peligrosa ocasión para los propugnadores del "paso a la ofensiva" de los círculos de poder de Washington. Esta opción, de desarrollarse, podría llegar a significar un cuestionamiento profundo a las aspiraciones globales de la Unión Soviética que han dirigido su política los últimos años. Lo segundo incrementa sustancialmente el costo económico y político de la carrera por la hegemonía, aumentando la posibilidad de que el ya vapuleado frente interno, especialmente en los países del Pacto de Varsovia, sea todavía más vulnerable. No se puede dejar de especular, además, con la hipótesis de que un genuino y autónomo movimiento pacifista cunda también en estos países, lo que contribuiría ampliamente al trazado de una perspectiva más razonable en las relaciones internacionales. El descontento existente en Alemania Democrática y Checoslovaquia, países huéspedes de los nuevos

SS20 que el mando soviético decidió instalar para contrarrestar la supuesta ventaja adquirida por la OTAN con los Pershing y los Crucero, pareciera ser muy fuerte y hay que sumarlo al fuerte rechazo del nuevo despliegue misilístico soviético expresado por el líder rumano Ceausescu, en una actitud inédita frente a una decisión tan importante para Moscú.

En suma, esperan a Andropov o a quien llegue a ser el jefe soviético, decisiones de un alto grado de problematización, pero que en cualquier caso distan mucho de la perspectiva optimista con la que la dirección moscovita podía ver la situación apenas dos años atrás. Esperemos que la histeria defensiva que privó en el episodio del *jet* coreano —confuso en cuanto a su real intencionalidad y destinatario final— no resulte la nota dominante al tomar opciones que señalen rumbos más decisivos para la propia Unión Soviética y para todo el mundo en que vivimos.

La visión de un disidente

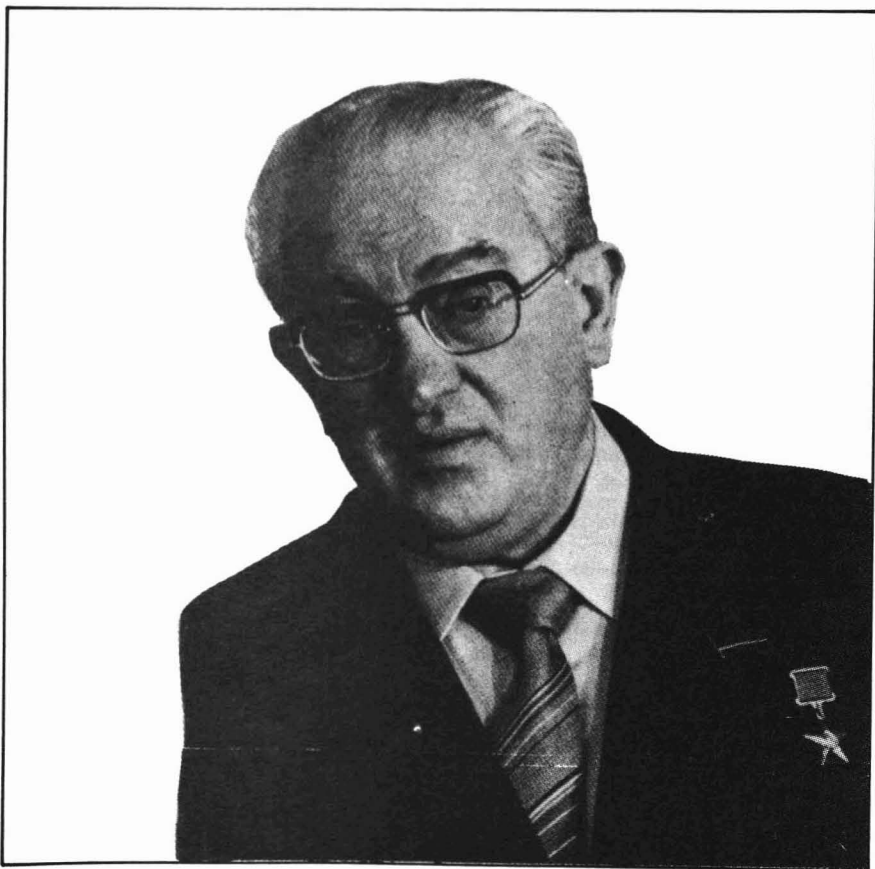
El análisis precedente fue motivado por la lectura de un libro sugerente, polémico

en sus afirmaciones, sutil y comprometido: *Andropov au pouvoir*, del disidente soviético Jaurès Medvedev⁴. Es un ágil recorrido que transcurre desde la reseña de la lucha por el poder que precedió a la muerte de Brejnev a los primeros seis meses de gobierno de su sucesor, con una penetrante mirada a la biografía de Andropov y observaciones originales, aunque ciertamente discutibles, sobre la naturaleza del régimen de su país. El texto alumbra situaciones, analiza el personaje en su genio y figura, desentraña algunas posibilidades de acción futura, practica una manera de ver a la Unión Soviética. Es de justicia reconocer una ardua lucha de Medvedev contra los prejuicios que podrían justificarse, o al menos resultar comprensibles, en un hombre brutalmente perseguido y hostigado por la represión. Su padre murió en un campo de concentración de Stalin, su hermano Roy —figura importante en los restringidos círculos intelectuales disidentes que aún sobreviven en Moscú, historiador, autor de una significativa obra sobre el estalinismo e informante permanente del libro que comentamos— se encuentra cercado por la KGB y la

justicia soviética y amenazado en su condición de escritor independiente. El joven hijo de Jaurès ya conoció la prisión por "vagancia" y "malas costumbres", y él mismo vive exilado en Londres luego que se le quitó la ciudadanía soviética en el transcurso de un viaje que efectuaba a la capital inglesa por razones académicas.

El libro es la obra de un político profundamente comprometido con la idea de que la socialdemocracia tiene algo que decir también en la Rusia soviética, que el sistema comunista es susceptible de democratización desde su propio interior. Jaurès, al igual que su hermano Roy, quedó profundamente marcado por la experiencia liberadora del jruschovismo, a la que dedicaron un penetrante ensayo. Es natural entonces, que su preocupación central sea la de verificar los posibles cambios a partir de la desaparición de Brejnev, la orientación transformadora del nuevo dirigente. Medvedev rechaza —correctamente— el análisis de Andropov como un simple represor, al que podría confinarse apriorísticamente; para el autor es un político fino, de envergadura, que eventualmente dirigió la policía y los servicios secretos, y que se aprovechó de ello como de un instrumento político para alcanzar el poder supremo. Esto reveló toda su astucia y sus recursos, ya que hasta él la dirección de la KGB había resultado un *handicap* insuperable para cualquier postulante a los cargos máximos: Beria y Shelepin resultan buenos recordatorios.

El libro de Jaurès no contiene revelaciones sensacionales. Sin embargo, la figura de Andropov está trazada sobre la base de algunos episodios poco conocidos y que dibujan adecuadamente su figura. Vale la pena relatar alguno. En los últimos meses de vida de Brejnev resultaba muy importante para Chernenko y su grupo mostrar al Secretario General pleno de vigor físico y mental, mientras afirmaban sobre su voluntad la sucesión. En este contexto es programada una visita a Bakú. Un secretario alcanza a Leonid Ilich el discurso que debía pronunciar. El jefe habla durante siete u ocho minutos ante el desconcierto cada vez más evidente de su auditorio: el discurso no correspondía a la ocasión, pero Brejnev proseguía su perorata sin inmutarse, sin percatarse de nada. Finalmente, alguien lo detuvo y sólo pudo proferir:



Yuri Andropov

"Es necesario recomenzar todo". El ayudante fue por cierto severamente reprendido y alejado del equipo de Brejnev y previsiblemente de por vida de cualquier cargo que entrañara la más mínima responsabilidad. Sorpresa; reapareció promovido junto a Andropov no bien éste ocupó la vacante dejada por Brejnev. Otro ejemplo de la sutileza andropoviana: Tolstikov, secretario de Leningrado, era un obstinado opositor del entonces jefe de la KGB. En 1970, Tolstikov —reputado *play boy* en la antigua capital de los zares— sale de *week-end* en su yate por el Báltico, con un grupo de amigos. En la distracción del jolgorio la embarcación atraviesa el límite de las aguas territoriales soviéticas y es detenido por un guardacostas. Inmediatamente el secretario de Leningrado reclama ser liberado dada su jerarquía, pero no podía identificarse adecuadamente. El aduanero se comunica con Andropov —hay que recordar que la custodia de las fronteras depende en la URSS de la KGB—, quien naturalmente ordena dejar libre a Tolstikov y compañía. Todo el asunto, como tantos otros, podría haber pasado a un discreto olvido, salvo por un detalle: Andropov publicó una nota oficial en los periódicos de Moscú felicitando al guardia fronterizo por su celo en el cumplimiento del deber en un episodio tan difícil, etc., etc. Tolstikov fue liquidado políticamente y enviado de embajador a China.

El mismo tipo de sutileza palaciega de griego del Bajo Imperio, de compleja estrategia de golpes oblicuos que revelan estos episodios, estuvo dirigiendo Andropov contra sus adversarios en la lucha interna de 1982. De ninguna manera agredió directamente a Chernenko, su principal rival. Sistemáticamente se dedicó a debilitar la figura de Brejnev, sabiendo que al hacerlo erosionaba la principal base de fuerza, casi la única, de su delfín. De allí, el *affaire* de los diamantes y del amigo gitano de Galina Brejneva, el suicidio de Tsvigun, la puesta en evidencia de la decrepitud del Secretario General, de la ineficiencia, de la corrupción. La acertada conclusión de Medvedev ya la mencionamos: Andropov fue el único de los jefes de la KGB que a lo largo de su historia la utilizó para edificar un poder personal. Si recordamos este historial, si consideramos las exigencias increíbles que plantea la lucha por alcanzar el po-

der y mantenerlo en el socialismo real —"siempre hay viento en las altas cumbres" decía Mao para fijar en una imagen poética la despiadada realidad de los conflictos en la alta jerarquía comunista— debemos respetar las dotes políticas del hombre que tras la gris fachada de un *aparatchiki* burocrático llegó a ser el cuarto sucesor de Lenin.

Medvedev, si sostuvo ilusiones de liberalización al inicio del periodo de Andropov fue rápidamente desengañado por los seis meses transcurridos hasta junio del año pasado, momento en que cierra su libro. Sin embargo, en el fondo se desliza una visión optimista —para llamarla de alguna manera— de la sociedad y del poder soviético, visión compartida por muchos en Occidente y que se equivoca en la caracterización de la naturaleza profunda del totalitarismo de Moscú. No la comprende, en la medida en que adjudica la represión, la intolerancia, el visceral rechazo al pluralismo, el autoritarismo, los problemas de la dinámica social y económica a episodios contingentes y no a una lógica necesaria instalada en la matriz básica del régimen. De allí el carácter de algunas de sus afirmaciones y reclamos. Por ejemplo: "Es lamentable que el nuevo equipo dirigente no haya aprovechado la ocasión para efectuar una amplia amnistía política a los disidentes" (pág. 176), o afirma que el nuevo secretario general comete "un grave error político" con el endurecimiento represivo (¿desde qué óptica?), no cala hondo en la esencia expansionista de la actividad exterior soviética adjudicando muchas de sus decisiones a reflejos defensivos o con cierto candor cree que los problemas de la economía se resuelven en la URSS "simplemente redefiniendo las prioridades, procediendo a algunas modificaciones y mejoras de gestión" (pág. 149). De allí la enorme distancia entre su análisis y el efectuado por un Soljenitsin, un Voslensky, un Castoriadis.

Sin embargo, el debate está abierto y debe ampliarse, especialmente cuando, como en nuestro medio, se desarrolla sujeto a tabúes y groseras mistificaciones, cuando el peso de los mitos ideológicos se confunde con los engaños deliberados. La naturaleza de la Unión Soviética, la práctica real de su política, el significado de sus opciones profundas, no debe ser rehuida como tema en virtud de consideraciones

cada vez más faltas de sustento. Por el contrario, abordarlas es fundamental para las alternativas que no divorcian democracia de socialismo. Si son posibles deben demostrar ser capaces de encararse con esa realidad terrible de nuestro tiempo patentizada por el hundimiento de la Utopía en la opacidad de la opresión totalitaria, para exorcizarla y recobrar así el futuro.

Horacio Crespo

Notas

1. Crespo, Horacio, "Sucesión en la URSS: continuidad y cambio", en *Revista de la Universidad de México*, Volumen XXXVIII, Nueva Epoca, número 23, Marzo/1983

2. *Ib.*, pág. 38

3. Afirma el historiador inglés: "El propósito de la diplomacia soviética es convencer a las naciones euro-occidentales que se retiren de la influencia estadounidense, mientras los soviéticos refuerzan su propia influencia en Polonia y el resto de las naciones de Europa oriental. El Kremlin piensa que este año la diplomacia soviética apoyada por los movimientos pacifistas occidentales, logrará un éxito al cambiar el balance de poder que quedó establecido en la postguerra. Moscú piensa utilizar la opinión pública para impedir el emplazamiento de proyectiles nucleares de mediano alcance, y así aislar a Europa de las estrategias estadounidenses. La ofensiva soviética de paz es únicamente para exportación. Dentro de sus fronteras se ha declarado una guerra fría contra el movimiento pacifista (...). La Unión Soviética y los Estados Unidos son como dos chicharos en la misma ensalada, dos ideologías similares en cuanto a sus opiniones sobre equilibrios y seguridad nacional por medio de la fuerza. Es inútil para el movimiento pacifista depositar su confianza en cualquier nación que está poderosamente armada, en especial una en la que la información sea estrictamente controlada y la opinión pública no tenga influencia sobre los gobernantes". Transcribo *in-extenso* porque esta versión del pacifismo es casi desconocida para el público mexicano. El artículo de E. P. Thompson fue publicado en *The Nation*, 26/1/1983 y reproducido parcialmente en *Excelsior*, 27/2/1983.

4. Medvedev, Jaurès, *Andropov au pouvoir*, Paris, Flammarion, 1983. El autor es biólogo y enfrentó decididamente en la época de Juschov las mistificaciones de Lissenko. Colaboró en el periódico de *samizdat* *Politicheskij Dnevnik* (*Crónica política*), dirigido por su hermano Roy entre 1964 y 1971. Es autor de un libro sobre la ciencia soviética, publicado por el Fondo de Cultura Económica.

Miró

La *Revista de la Universidad de México* lamenta profundamente el deceso de Joan Miró, un pintor que contribuyó a diseñar los lineamientos mayores del arte de nuestro siglo y que fue dueño de una sensibilidad impar.

Nuestro México

150 PESOS

EL INICIO DEL SIGLO

1

LAS HUELGAS DE
CANANEA Y RIO BLANCO

2

LA REVOLUCION
MADERISTA

3

LA DECENA TRAGICA

4

LA OCUPACION DE LA
CIUDAD DE MEXICO
(1914-1915)

5

LAS BATALLAS DE
CELAYA Y TRINIDAD

6

EL CONGRESO
CONSTITUYENTE

7

MEXICO Y LA PRIMERA
GUERRA MUNDIAL

8

LA MUERTE DE ZAPATA

9

LA REBELION DE
AGUA PRIETA

10

DE LA HUERTA CONTRA
OBREGON Y CALLES

11

EL MOVIMIENTO
INQUILINARIO EN
VERACRUZ (1922)

12

EL CONFLICTO RELIGIOSO

13

SERRANO Y GOMEZ:
LA OPOSICION LIQUIDADA

14

LA AUTONOMIA
UNIVERSITARIA

15

LA CAMPAÑA DE
VASCONCELOS

16

EL ASESINATO DE
TROTSKY

17

LA REPUBLICA ESPAÑOLA
Y EL EXILIO

18

LA EXPROPIACION
PETROLERA

19

MEXICO DURANTE LA
SEGUNDA GUERRA
MUNDIAL

20

Publicación quincenal
DE VENTA EN LAS
LIBRERÍAS UNIVERSITARIAS
TIENDAS UNAM
Y EN LAS TIENDAS
conasupo

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Imprenta Madero, S. A. de C. V.



REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DE MEXICO